



La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga; una apuesta por el acceso libre al conocimiento y la cultura, que consideramos imprescindible en una sociedad en la que las desigualdades sociales también se traducen en desigualdad a la hora de acceder a los contenidos culturales. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, suelen tener importantes límites económicos, que en ocasiones afectan a su sostenibilidad o impiden asumir proyectos más costosos o arriesgados. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto:

- a) [Puedes hacerte soci@ de Virus](#) ingresando un mínimo de 50 € a modo de cuota anual, recibiendo una novedad de tu elección y obteniendo descuentos en tus compras en nuestra web.
- b) [Puedes suscribirte a Virus](#) durante un año, aportando 200 €, recibiendo todos los libros de Virus durante 12 meses, dos libros de fondo y descuentos en tus compras en nuestra web.
- c) [También puedes hacer una donación](#) de cualquier cantidad a través de Paypal.

RAUL ZELIK

VENEZUELA MÁS ALLÁ DE CHÁVEZ

Crónicas sobre el
«Proceso Bolivariano»


VIRUS
editorial
colección crónica

VENEZUELA MÁS ALLÁ DE CHÁVEZ

Crónicas sobre el
«Proceso Bolivariano»

Título original:

Raul Zelik/Sabine Bitter/Helmut Weber

Made in Venezuela

Notizien zur »bolivarianischen Revolution«

Assoziation A, Berlín/Hamburgo/Gotinga, marzo de 2004

Traducción del alemán:

Raul Zelik/Virus editorial

Maquetación: Virus editorial

Cubierta: Xavi Sellés

Fotografía de la cubierta: Sabine Bitter y Helmut Weber

Primera edición en castellano: octubre de 2004

Copyright © Raul Zelik

Copyright © de la presente edición:

Lallevir, S.L./VIRUS editorial

C/Aurora, 23, baixos

08001 Barcelona

T./fax: 93 441 38 14

C/e.: virus@pangea.org

http: www.viruseditorial.net

www.altediciones.com

Impreso en:

Imprenta Luna

Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.

48003 Bilbo

T.: 94 416 75 18

Fax: 94 415 32 98

C/e: luna-im@teletel.es

ISBN: 84-96044-49-1

Depósito legal:

El presente libro es el resultado de una estancia de seis meses en Venezuela, dentro de un proyecto financiado en el año 2003 por la *Kulturstiftung des Bundes* y el *Caracas Urban Think Tank*. Bajo el lema «La cultura de la ciudad informal», 16 arquitectos, urbanistas y artistas de 13 países fueron invitados a Caracas para reflexionar acerca del desarrollo de esta capital sudamericana de 5 millones de habitantes.

A toda la familia Goikoetxea, particularmente a Teresa y Txus, a Kilxu, mi futuro compañero de viajes, y, claro, a la gente de Caracas: pana Francisco, sus padres, hermanos y sobrinos, Andrés "Catire" A., Juan, el amigo peruano, Carol, Greg, Sofía, Blanca, la camarada Doña María, Arturo, los comités de tierra y todos aquellos que siguen alcanzando las estrellas.

Breve historia de Venezuela

Antes de la conquista por los españoles, en Venezuela (a diferencia de México o de la región de los Andes) no había habido ningún reino precolombino. Coexistían numerosas culturas indígenas diferentes.

1498: en su tercer viaje a América Cristóbal Colón fue a parar a la costa venezolana. Debido a las pequeñas construcciones sobre postes de madera en el golfo de Coquivacoa, los españoles denominaron al país “la pequeña Venecia”: *Venezuela*.

Época colonial: dentro del imperio colonial español el país no tuvo ninguna relevancia económica, razón por la cual —a diferencia de México, Colombia (Nueva Granada) y Perú— nunca llegó a adquirir el estatus de virreinato. Decenas de miles de africanos serían acarreados a Venezuela para trabajar como esclavos en las plantaciones de caña de azúcar y de cacao. (La influencia afrovenezolana en la cultura continúa siendo muy grande hasta nuestros días.)

1560-1570: los indígenas teques y los caracas mantuvieron una resistencia tenaz, bajo la dirección del cacique Guaicaipuro, contra la conquista española, especialmente en la región de la actual Caracas. (En el año 2001, el nuevo gobierno hizo trasladar los restos de Guaicaipuro, en un acto simbólico, al Panteón Nacional, a fin de honrar oficialmente la resistencia indígena como parte de la historia de Venezuela.)

1810-1830: hacia mediados del siglo XVIII crecieron las desavenencias entre España y los criollos, los blancos nacidos en Sudamérica. En 1810, parte de las clases dominantes venezolanas aprovecharon la ocupación de España por tropas francesas para declarar la independencia de Venezuela. El criollo Simón Bolívar lideró en los años posteriores toda una serie de guerras contra las tropas coloniales, hasta que en 1825 toda Sudamérica se deshizo del yugo español. Bolívar, un republicano progresista, defensor de la abolición de la esclavitud y de otras reformas

sociales, a pesar de las tremendas derrotas sufridas, consiguió rehacer sus ejércitos siempre de nuevo, atrayendo también para la causa anticolonial a las clases más desfavorecidas. Con la independencia se formó primero la llamada Gran Colombia, que Bolívar consideraba un primer paso hacia una Latinoamérica unida. Sin embargo, los esfuerzos de Bolívar por la consecución de la unidad continental y de una república progresista fracasaron ante los intereses de las elites criollas. En 1830 murió Bolívar, derrotado políticamente y aislado, en Santa Marta (Colombia). Con posterioridad, sería elevado a la categoría de héroe nacional en los países en los que habían luchado ejércitos comandados por él: Venezuela, Perú, Colombia, Ecuador y Bolivia. Desde los años setenta ha habido un proceso acusado de apropiación de Bolívar por parte de la izquierda. En Colombia, Ecuador y Venezuela se formaron grupos guerrilleros que reivindicaron para sí un Bolívar antiimperialista y anticolonial.

1830-1935: caudillismo. Durante un siglo, el devenir del país estuvo marcado por las guerras civiles encabezadas por líderes militares para hacerse con el poder. Esta fase culmina con el dominio de Juan Vicente Gómez, que gobernaría el país de manera directa o a través de hombres de paja entre 1908 y 1935. Gómez representa hasta el presente en Venezuela una forma muy característica de dominio personificado.

Desde 1914: boom petrolero. Una nueva era comienza con los inicios de la explotación petrolera en 1914. Este país completamente marginado se transforma, gracias a la extracción de crudo, en el Estado con mayores perspectivas de desarrollo de toda Latinoamérica. Entre 1930 y 1975 se llevan a cabo en todo el país grandes proyectos que reflejan estas expectativas de modernización. Llegan emigrantes procedentes sobre todo de las Islas Canarias, las Azores, Madeira e Italia.

Con el *boom* petrolero se inicia una rápida urbanización de Venezuela. En la actualidad, sólo cerca del 10% de

la población vive en el campo. Las estructuras económicas están organizadas casi exclusivamente en torno a la explotación petrolera. Con una cuota de extracción de aproximadamente 3,4 millones de barriles diarios, Venezuela es el quinto productor de petróleo del mundo.

Los años 1935-48 son denominados con frecuencia los años de “transición”. Son desmanteladas las estructuras dictatoriales del régimen de Gómez. En 1941 es fundado el partido socialdemócrata Acción Democrática (AD), cuyo candidato, el escritor Rómulo Gallegos, ganaría las elecciones en 1948.

A finales de 1948, una junta militar derroca al presidente elegido. Marcos Pérez Jiménez, un militar de pose populista, acaba por apartar del poder a sus acólitos y se hace en 1952 con la jefatura del Estado.

1958: pasarán diez años antes de que un movimiento popular y guerrillero, apoyado fundamentalmente por el Partido Comunista y por AD, consiga expulsar al dictador del poder. El impulso democrático, sin embargo, no dura mucho tiempo.

Con el pacto de «Punto fijo», Acción Democrática y la cristianodemócrata COPEI acuerdan repartirse el poder durante los próximos decenios. Como consecuencia de ello, diferentes grupos comunistas retoman la lucha armada. La guerrilla venezolana figura entre las más importantes del continente en los años sesenta, pero acaba por sufrir una serie de derrotas estratégicas. Bajo el gobierno del cristianodemócrata Rafael Caldera (1969-1974) se llega a un acuerdo con la mayoría de grupos guerrilleros. Las organizaciones que no se legalizan son diezmadas o quedan aisladas políticamente.

Venezuela saudita: Venezuela participa en la fundación de la OPEP junto con Irán, Irak, Arabia Saudí y Kuwait en 1960. La disminución coordinada de la producción tiene un efecto positivo sobre el precio en el mercado mundial. En los años setenta, hacia las arcas estatales fluyen sumas inmensas de dinero que conducen a un sistema de «acumu-

lación de capital dentro del Estado», en palabras del ex viceministro de Planificación Roland Denis.

Bajo el gobierno de AD de Carlos Andrés Pérez (1974-1979) el modelo populista alcanza su cenit: mientras que las elites sacan tajada de las arcas estatales y el presidente distrae miles de millones, la población (con derecho a voto) es aplacada con alimentos subvencionados y pequeños “favores” (regalo de materiales de construcción, terrenos, empleos...). La pertenencia a uno de los dos partidos que se alternan en el gobierno se convierte en mucho sitios en la condición para poder beneficiarse de los programas estatales de vivienda. El gobierno insufla en la población la esperanza de que es posible alcanzar la integración en el “Primer Mundo”. En el sur de Venezuela se edifica la central hidroeléctrica entonces más grande del mundo. En todo el país se construyen autopistas y se hace crecer de la nada una industria del aluminio. Bajo la presión de la población y de la izquierda, en 1976 es nacionalizada la industria petrolera.

Los años ochenta: vuelve a bajar el precio del petróleo y, la deuda pública alcanza niveles inéditos. La corrupción y la falta de estrategias productivas (la otrora Venezuela agrícola importa a finales del milenio cerca del 60% de los alimentos que consume) hacen aflorar, finalmente, la crisis. Con la esperanza puesta en una repetición de los dorados años setenta, los venezolanos eligen a Carlos Andrés Pérez, en 1989, por segunda vez, como presidente. Pero el gobierno de AD se somete a los programas de austeridad diseñados por el Fondo Monetario Internacional. Se eliminan las subvenciones alimenticias y sube el precio de los transportes.

1989, el “Caracazo”: la desviación de la crisis hacia los sectores más populares conduce el 27 de febrero de 1989, tras una subida de los precios de los transportes públicos, a un levantamiento espontáneo de las barricadas. En varias ciudades venezolanas se producen saqueos que se prolongan durante días. El gobierno de Pérez hace

aplantar el levantamiento por medio de las armas. Mueren entre 1.000 y 1.500 personas. En algunos barrios la población resiste durante dos semanas la intervención de la Guardia Nacional.

El nacimiento del “movimiento bolivariano”: tras el “Caracazo”, el sistema político de Venezuela se viene abajo en los años noventa. Los partidos gubernamentales AD y COPEI quedan totalmente desacreditados. Pero también el partido socialdemócrata de izquierdas MAS, surgido en 1971 de la desmovilización de una de las guerrillas, o grupos armados clandestinos como Bandera Roja pierden representatividad. A partir de las asambleas vecinales, redes alternativas de medios de comunicación, proyectos pedagógicos y grupos de base, grupúsculos izquierdistas y comités de derechos humanos surge una nueva oposición desde abajo, que con el tiempo acabará por identificarse como “movimiento bolivariano”.

1992, intentos de alzamiento o de cambio de régimen: también dentro del Ejército se deja sentir el descontento. Hace años que en el Ejército hay movimientos conspirativos de pequeños grupos de suboficiales progresistas o, como mínimo, opuestos al régimen. En febrero y noviembre de 1992 se producen dos alzamientos, apoyados —al menos en parte— por organizaciones barriales de izquierdas y que gozan de una considerable simpatía entre la población. El líder del intento de alzamiento de febrero de 1992 se llama Hugo Chávez Frías. Cuando se hace evidente que la rebelión ha fracasado, Chávez negocia una entrega pacífica de las armas. Se entrega a la justicia y realiza un breve alocución en la televisión que lo convierte en un símbolo de la resistencia.

1993: la dirección de Acción Democrática hace caer a Carlos Andrés Pérez. El político demócratacristiano Andrés Caldera, que había sido presidente de 1969 a 1974, abandona su partido, COPEI, y se presenta con una coalición que intenta distanciarse de los dos partidos tradicionales. En la coalición participan también políticos

del MAS. Sin embargo, el gobierno Caldera continúa con las políticas de ahorro neoliberales.

1998: tras su salida de la cárcel, en 1994, Chávez comienza a construir un movimiento político propio llamado Movimiento Quinta República (MVR) que acaba por presentarse a las elecciones, a pesar de las amplias resistencias por parte de la base. En 1998, de manera totalmente inesperada, la coalición formada por el MVR, el partido formado por sindicalistas de izquierdas Patria Para Todos (PPT), el Partido Comunista de Venezuela y el MAS gana las elecciones presidenciales. Chávez recibe el 56,5% de los votos.

1999, la «Revolución Bolivariana»: los esfuerzos del nuevo gobierno se concentran de entrada en erigir un nuevo orden político. La aprobación de una nueva Constitución se torna una de las prioridades a abordar de inmediato, lo que recibe un amplio apoyo de los movimientos de base y de la población en general. La Constitución aprobada en 1999 fue el fruto de una amplia discusión y fue sometida a referéndum. Los partidarios del gobierno destacan que en la nueva Constitución se da cabida a principios políticos antineoliberales, a la autonomía de las comunidades indígenas y de color, así como al reconocimiento del trabajo doméstico como actividad productora de plusvalía.

La Constitución define Venezuela como una «democracia participativa y protagónica»; es decir, que pretende ampliar las posibilidades de participación y de acción para comunidades, iniciativas de base y ciudadanos en general.

La “Revolución Bolivariana” toma como referentes políticos, además de a Bolívar, a su maestro, Simón Rodríguez (1769-1854), autor de varios escritos sobre pedagogía en las sociedades postcoloniales, y al general de la guerra civil Ezequiel Zamora (1817-1860), bajo cuyo gobierno se realizó por primera vez una reforma agraria en Venezuela.

Después de 2001, polarización de la sociedad: las reformas siguen limitadas a la esfera política. Aparte de la

aprobación de la nueva Constitución, el gobierno de Chávez parece ganar puntos sólo por lo que se refiere a su política exterior. Aumenta la distancia respecto a EEUU, Venezuela contribuye de manera muy importante a la reconstrucción de la OPEP, en el conflicto colombiano Chávez apuesta por una solución política (resistiéndose al Plan Colombia y a la presión estadounidense). Además, el nuevo gobierno intensifica las relaciones con Cuba. Sin embargo, apenas se ponen en marcha transformaciones económicas o sociales.

No es hasta el año 2001 que se realizan las reformas en el sector agrario y en la educación que han de contribuir a mejorar la situación de las clases desfavorecidas. Como reacción a estas reformas se forma una amplia coalición opositora, encabezada sobre todo por los medios de comunicación privados, en la que convergen también la central sindical CTV, controlada por AD, la organización patronal FEDECAMARAS, una serie de oficiales de alta graduación así como sectores del MAS y Bandera Roja, lo que contribuye a aumentar la confusión en el exterior. En el año 2002 se producen numerosas manifestaciones masivas y dos intentos de derrocar al gobierno.

Abril de 2002: cuando el gobierno intenta intervenir en el consorcio petrolero estatal Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA), el verdadero centro del poder del país, la oposición organiza un golpe de Estado, bajo el amparo de Washington, que fracasa gracias a las movilizaciones de los sectores populares y a la falta de apoyo dentro del Ejército.

Desde el fracaso del golpe de Estado se inicia un proceso autoorganizativo desde abajo, por parte de pequeñas organizaciones campesinas, sindicatos de base y organizaciones barriales, que —no sin conflictos— se alimenta y alimenta, a su vez, las reformas iniciadas por el gobierno.

En diciembre de 2002, la oposición intenta de nuevo derrocar a Chávez, esta vez recurriendo al *lock out* empresarial y a una huelga de la industria petrolera, que

provoca pérdidas de ingresos por valor de cinco a siete mil millones de dólares.

2003: también este intento de derrocamiento falla. El gobierno se hace en enero con el control de la producción petrolera e inicia una profunda reestructuración de PDVSA.

2004: la oposición intenta jugar la carta del plebiscito popular para acabar con Chávez. Consigue recoger 2,4 millones de firmas, proceso no exento de conflictos, para convocar un referéndum revocatorio, figura recogida en la por la oposición denostada Constitución Bolivariana a fin de permitir destituir al presidente a mitad de su mandato. El 15 de agosto, con una participación que ronda el 80% y con cerca de diez millones de votantes, Chávez se ve confirmado en el cargo con el 59% de los votos, lo que le asegura la presidencia hasta el año 2006.

La oposición sigue sin darse por satisfecha y acusa ahora a Chávez de «fraude gigantesco», a pesar de la supervisión del plebiscito por parte de observadores internacionales “independientes” de la Fundación Carter y de la OEA. El conflicto prosigue, por lo tanto.

Todo parece girar en torno a la figura del presidente, pero el proceso social en marcha en el país no se puede reducir a este aspecto. Los movimientos surgidos al calor de este proceso no desaparecerían simplemente de la faz de la Tierra, si la oposición consiguiera acabar con el gobierno de Chávez por medio de unas elecciones o de la violencia. Es de este proceso de apropiación desde abajo de lo que se ocupa el presente libro.

Delante del televisor en Caracas

Mediodía del domingo, *Aló Presidente*. De fondo, la hidroeléctrica de Guri: masas de agua que se precipitan por las turbinas, nubes de gotas arremolinadas, promesa de modernización. Delante: el presidente. Un rostro ancho, oscuro. Los presidentes suelen ser blancos aquí. Comienza su *show*-programa-telenovela con una actuación musical. El grupo Madera canta *Ubb, abb, Chávez no se va*. Salsa-hip hop. Un videoclip: millones de personas llenando la calle, gente de fiesta en los barrios, Chávez en persona y como muñeco. La bandera nacional, un rapero y varias veces el Che: en banderas, camisetas, paredes. Después de la canción, Chávez hace que se le acerquen dos miembros de Madera. Sigue cantando un poco. Charla con los músicos. Muestra el CD del grupo a la cámara de televisión, lee los títulos de las canciones. La estructura recuerda un *late night show*: un grupo musical, invitados, monólogos y al lado de Chávez, como asistente del presentador del programa, la ministra de Comunicación Nora Uribe. Callada, discreta, sin sentido de la ironía; cuatro meses después será reemplazada. La función del asistente: romper los monólogos, asistir al presentador, pasarle informaciones cuando las necesite.

Uno de los músicos también lleva una camiseta con la cara del Che. Chávez lo destaca. Al presidente le gusta cultivar el espíritu revolucionario. Cita frases de Fidel Castro, dice «este proceso». Los tres bromean un poco, hablan sobre proyectos musicales. Y luego un gesto que me parece una excentricidad, pero que aquí no resulta tan insólito, como me comentarán luego. Chávez echa agua de su vaso sobre el CD y lo bendice: «En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo», dice sonriendo. No sé hasta qué punto se toma en serio a sí mismo en ese momento, pero los músicos se santiguan. Otra vez repite el título del disco y de las canciones. Eso también suele ser así en los *shows* televisivos: el público debe

acordarse de lo que se ha dicho. Chávez ya puede cambiar ahora de tema.

Habla sobre la central hidroeléctrica que se ve de fondo, sobre la reanudación de los trabajos de construcción y la necesidad de ahorrar agua. Hace tres años que no llueve suficiente en Venezuela. El nivel del embalse que provee de agua a Caracas está veintitrés metros por debajo de lo normal; hay un racionamiento estricto. El presidente elogia la región desde donde se transmite esta emisión de *Aló Presidente*, en el sur de Venezuela, tocando a la frontera brasileña. Hace propaganda del programa de retorno con el que el gobierno trata de frenar la urbanización del país y de promover el asentamiento de pequeños campesinos en las zonas menos pobladas. «Vengan acá. Hay tierra, hay agua. Aquí, uno puede construirse su futuro. Les daremos títulos y créditos». El sonido falla varias veces, por algunos segundos. Se hace patente que el Canal 8, la televisión estatal, carece de recursos; es la emisora menos profesional y, por tanto, también una expresión de las relaciones reales de poder en el país. El viento barre los papeles de la mesa. El presidente los recoge con una sonrisa, dice: «¡Qué brisa! ¡Qué brisa sabrosa!» Levanta sus brazos, a modo de confirmación, habla despacio, repite lo dicho. Muestra optimismo y combatividad.

Intercalan un clip de cinco minutos sobre la central hidroeléctrica: esta vez la promesa de modernización es explícita. Chávez habla de la crisis. De los intentos de desestabilización, los actos de sabotajes y los atentados. Habla con un tono florido y apasionado, sin ocultar su ira. Uno sabe que en el fondo tiene razón. En los lugares de los atentados de hace una semana contra los consulados de España y Colombia se han dejado comunicados falsos de organizaciones comunitarias de izquierdas; en el occidente de Venezuela grupos paramilitares desestabilizan la frontera y realizan atentados contra representantes de los sin tierra; cada semana hay nuevos rumores de golpe de Estado. A la ultraderecha le interesa una esca-

lada de la tensión, provocar confusión y hacer circular informaciones falsas, desmoralizar y ahondar en las contradicciones. Aun así, suena extraño cuando el presidente habla de la «conspiración»... a teoría conspirativa, pues...

Otro videoclip: propaganda del Ejército. Soldados que presentan sus armas, el locutor destaca la importancia del entrenamiento militar, cada una de las diferentes ramas de las Fuerzas Armadas tiene su espacio. Militarismo sin disimulos. «El Ejército: garante de la soberanía». Pero también esto habría que matizarlo: al fin y al cabo se trata de un ejército del que nació una rebelión social, porque muchos de sus oficiales se negaron a seguir disparando contra el pueblo. Un ejército en cuyas filas se habla, como en el Portugal de la Revolución de los Claveros en 1975, de una «alianza cívico-militar».

El presidente regresa a la pantalla. Es la hora de las llamadas telefónicas. Doña Lisa está al otro lado del hilo telefónico. Chávez pregunta por la familia, el trabajo, los vecinos, la escuela de los hijos. Doña Lisa hace sugerencias, elogia y luego pide un favor. El presidente promete darle instrucciones al ministro responsable del asunto. Línea de atención al ciudadano, apoyo anímico de carácter político. Supuestamente, la «Revolución Bolivariana» busca promover el autogobierno y la responsabilidad popular, «una sociedad solidaria y participativa», pero el paternalismo no se supera tan rápidamente: el presidente y el Estado se ocupan de todo.

Cuatro, cinco llamadas. Luego el presidente vuelve a cantar. Le han regalado una pequeña figura de una garza. Chávez pregunta si el público conoce la canción *La garza blanca*. La cámara enfoca las filas de los espectadores sentados delante del presidente. Algunos asienten con la cabeza. Dice que cantó hace poco con Castro, pero que el cubano tenía una voz terrible. El presidente da las gracias por la estatua que le han regalado y entona la canción. No sólo un par de estrofas, la canta hasta el final. Después narra la historia de la garza blanca. De los Llanos, de donde

proceden —según dice— tantas canciones venezolanas. Se acuerda de una segunda canción. También la entona. Se ríe, la gente ríe con él. Explica los próximos proyectos del gobierno. Abre su agenda y menciona los compromisos más importantes. La política es rebajada de la esfera de lo hercúleo a lo casi ridículo. Pienso: mucho más banal de lo que me imaginaba. El presidente menciona algunas fechas señaladas de la semana siguiente, momentos de la historia que se deben recordar. Fija objetivos de su política, repite la cuota petrolera que se quiere volver a alcanzar hasta finales de mes. De diciembre de 2002 a febrero de 2003, la oposición paró la industria petrolera y llevó así al país al borde del abismo. Chávez vuelve a bromear con su ministra de Comunicación. Y llega así el tiempo para una nueva actuación musical.

En el avión: Allende

Durante el vuelo, me acuerdo de Chile. En 1973 tenía cinco años, pero el año, no obstante, supuso un hito para mí. La historia es de sobra conocida: el 11 de septiembre, militares apoyados por Washington derrocan el gobierno socialista de Salvador Allende. La dictadura acaba con la intelectualidad crítica chilena, los movimientos juveniles y los sindicatos. Imágenes, canciones, textos: la cara de los presos ante los cañones de los fusiles, las fotos del Palacio de la Moneda bombardeado, los discos de Inti-Illimani. Cuando tenía once años, alguien me regaló un fragmento impreso del *Canto General* de Neruda. Lo coloqué en mi cuarto encima de la cama. Al cumplir los doce, para mí ya era algo que sabía que no debía olvidar.

En el Chile de 1973 no tiene lugar un simple golpe de Estado, sino que arranca una operación de alcance global. Existe la esperanza o la amenaza —eso depende del punto de vista— de que el parlamentarismo sea algo más que una maquinaria de legitimación de las clases domi-

nantes. El gobierno de Allende empieza a tocar las relaciones de poder: nacionalización de las minas de cobre, profundización de la reforma agraria, reestructuración del poder político. La oposición se moviliza: los empresarios organizan paros patronales, la prensa burguesa habla de la amenaza comunista, las capas medias se manifiestan «contra la amenaza marxista». El país cae en una profunda crisis económica, las malas noticias son el pan de cada día, el gobierno ya no puede llevar su programa a la práctica. Queda demostrada la gran diferencia entre el control del gobierno y el poder real.

En 1973, el asunto se presentaba diferente de lo que puede parecer al hacer un análisis retrospectivo. Menos claro (y en este sentido similar al conflicto venezolano). No parecía que asistierámos a una lucha entre «demócratas» y la “derecha dictadora”, sino a una “amenaza marxista contra la oposición burguesa” o incluso “ciudadana”. Fueron muchos los chilenos que recibieron la noticia del golpe de Estado con alegría. Por fin, alguien actuaba contra el caos, restituía el orden y ponía fin a la terrible guerra de clases. Una de las primeras medidas del régimen de Pinochet consistió en la ilegalización de escritos y organizaciones que hablaran de la existencia de conflictos de clase.

Hoy día, se sabe que Chile fue sólo el comienzo. Tras la eliminación de la intelectualidad keynesiana y marxista sudamericana, el neoliberalismo podía empezar su paseo triunfal por el mundo, partiendo de la periferia del Cono Sur. Mientras que, por un lado, recortaba los gastos sociales y privatizaba las industrias claves —porque al Estado «no se le ha perdido nada en la economía»—, por el otro, el gobierno de Pinochet socializaba las deudas de la banca chilena en dos ocasiones. Los presupuestos para la Policía y el Ejército son incrementados. A fin de mejorar el clima de inversión y eliminar los obstáculos para la acumulación de capital, el gobierno golpista se dedicó a liquidar todo rastro de cultura obrera de solidaridad y conciencia política. Seis años después, Thatcher siguió la

senda de Pinochet; y, al poco tiempo, hizo su aparición Reagan en los EEUU.

Reflexiono sobre todo esto en el avión. Aquel septiembre de 1973 puede influir de maneras muy distintas sobre la vida de uno. Y me pregunto, si aquello que me espera en Caracas tiene algo que ver con Chile. «Apenas si tienen nada en común», le dije a Carol, una amiga venezolana, cuando estuvo en Berlín en diciembre de 2002. Chávez y Allende, la reestructuración de la industria petrolera y la vía democrática al socialismo. «¿Por qué no?», me contestó. «¿Por qué no tienen nada en común?... Exactamente ése es nuestro objetivo... La vía democrática al socialismo». Me encogí de hombros. Carol tiene una cierta debilidad simpática por las exageraciones. Un carácter bastante eufórico. Pero cuanto más se fija uno, más semejanzas descubre. Nos encontramos con la lucha por la renacionalización de los ingresos petroleros en Venezuela y la nacionalización de las minas de cobre en Chile; con la revuelta de las clases medias y altas venezolanas tras el despido de la antigua dirección de la empresa estatal Petróleos de Venezuela S.A. y el paro de los transportistas contra el gobierno socialista de Allende en Chile. En Venezuela, en abril de 2002, tiene lugar un intento de golpe de Estado apoyado por los EEUU y España; mientras que en el derrocamiento del gobierno chileno, en 1973, los Estados y multinacionales occidentales tuvieron igualmente un papel clave. Y, finalmente, incluso hay un personaje particular —seguramente no mucho más que un símbolo, pero tampoco insignificante—: Charles Shapiro, diplomático estadounidense. Antes del golpe de Estado de 1973 pertenecía al cuerpo diplomático en Chile, a mediados de los años ochenta se encuentra en misión especial en Centroamérica y en marzo del 2002, poco antes del intento de golpe de Estado en Venezuela, es nombrado embajador norteamericano en Caracas.

Sobrevolamos el mar. Los celajes son inquietantemente oscuros y se encuentran demasiado altos. 11.000 metros.

Durante horas, el Teide de Tenerife aparece como el punto de tierra firme más cercano en la pantalla. Sobre el mar hay menos accidentes que sobre la tierra y, con todo, la idea de estar a 2.000 o 3.000 kilómetros del próximo aeropuerto siempre me produce temor. Atravesamos una zona de turbulencias y me pregunto si las sacudidas son más fuertes de lo normal. No obstante, por primera vez siento algo así como satisfacción al ver la indicación de distancia en la pantalla: *Flying Dutchman*, programa para los clientes habituales de KLM. Cada milla me reporta un punto a mi cuenta. Cuando alcance los 25.000 puntos, me regalarán un vuelo europeo. Mejor hubiera sido comprar un billete hasta Chile de una vez. 3.500 puntos más, por lo menos.

El taxista

El aeropuerto: más degradado de lo que lo recordaba. La cola ante el control de pasaportes es larga y caótica. Vengo a pasar siete meses en Venezuela y a participar en un proyecto sobre urbanismo, arte y arquitectura.

En la terminal me topo con Sabine y Helmut. Trabajan en un ámbito intermedio entre el urbanismo crítico, el arte y los nuevos medios de comunicación. Son austriacos, defensores de la construcción de viviendas sociales. Mis aliados durante los meses que vienen. Como comprobaré con el paso de los días.

Tomamos un taxi hacia el centro. Es bueno no llegar sólo. El taxi parece un frigorífico grande y negro; aire acondicionado. No nos hemos movido ni 500 metros, cuando el chofer me dirige la palabra. Me pregunta qué pienso del «proceso». Contesto con reserva: «Hay que formarse primero una opinión». Pero el taxista prosigue con el tema. Dice que con el gobierno de Chávez, por primera vez en la historia la democracia, la soberanía y la justicia social son tomadas en serio. Traduzco para Sabine y Helmut. La carretera sube serpenteando hacia Caracas: 1.000

metros de diferencia de altura desde la playa caribeña hasta el pie del Ávila, el monte que se eleva 2.600 metros junto a la ciudad de Caracas; tres cuartos de hora en carro. Los cerros están reseco, la zona parece semidesértica. Después de quince minutos comienzan las estribaciones de Caracas. Casas de ladrillo sin revoque, barrios que se agarran a los cerros, pequeñas plantaciones de plátanos. Preguntamos al taxista por qué entonces hay tantas manifestaciones antigubernamentales. Si el gobierno, cómo él dice, defiende la democracia y la justicia. «Cada proceso de transformación», responde, «genera sus enemigos. La gente que tenía su puesto bien remunerado no quiere perder sus privilegios».

Pasamos un alto. El carro rueda por la autopista al este, hacia Chacao, el municipio donde nos debemos establecer, según nos han aconsejado los responsables de nuestro proyecto. El resto de la ciudad sería demasiado peligroso. La autopista es como una línea de demarcación: al norte están las zonas residenciales y los centros comerciales, al sur los barrios en los que todos tienen que ser expertos: arquitectos, urbanistas, oficinas de empleo; todos los días en busca de una fuente de ingreso. «Estuve varias veces en Europa, pero mi casa es Venezuela». El taxista nació en el sur de Italia y emigró con sus padres siendo todavía un niño. «Aquí hay inmigrantes de todas partes. De todos los países, con todos los colores de piel». El sol penetra a través de la ventana trasera, es última hora de la tarde.

Cuando le digo al taxista donde vamos a quedarnos, «plaza Francia», él responde con una mueca compasiva: «Pues entonces tendrán a la canalla justo enfrente de casa... Pero bueno, esta gente ya no mueve mucho».

“Esta gente”: la oposición, clase media alta, los protagonistas de CNN.

Chacao, este de Caracas

Los primeros días: *gated community*, comunidades valladas. Los bloques de viviendas de diez pisos proyectan largas sombras, bajo los mangos reina una calma absoluta. Chicharras: un chirrido largo y penetrante. La sensación de haber llegado realmente al trópico. En el Magdalena Medio, bien adentro de la serranía colombiana de San Lucas, una vez un chamo cogió uno de estos animales ruidosos de una mata y me lo puso en la palma de la mano. Cuando la chicharra se puso a cantar, la solté asustado. Cuando chirría, todo el bicho se pone a vibrar.

Bajo por la avenida Andrés Bello. Ambiente normal en la calle: mujeres en pantalones ceñidos, los hombres con camisas de manga corta, familias sentadas en la terraza del Café St. Honoré comiendo alguna minucia. Un tipo con un *walkman* pasa haciendo *jogging*.

Normal: lo que a uno le parece normal como centro europeo. Después del paro de tres meses —que en realidad fue más bien un *lock-out* organizado por los propietarios y las direcciones de las empresas—, los centros comerciales, cafeterías y McDonald’s vuelven a abrir de nuevo sus puertas. Uno puede cuidar su línea en el centro de *fitness* Florida, del garage de la Residencia St. Moritz salen los Toyota Corola, los todoterreno Cherokee y las camionetas Chevrolet, ya no hay que hacer cola en las gasolineras.

Normal: un vigilante custodia la farmacia “Farmatodo” que tiene sucursales en toda la ciudad, un vigilante de parking ha tomado posición al lado del Café St. Honoré, la policía municipal de Chacao patrulla por las calles. Llego a la avenida Luis Roche. El tráfico es denso, hora punta. No resulta fácil atravesar la calle. Al otro lado, los bloques de viviendas ceden su lugar a quintas, villas y chalets sobre cuyo aspecto se puede decir más bien poco desde la calle. Muros de tres o cuatro metros de altura, alambradas, focos dirigidos hacia la calle. Un tipo de urbanismo en sintonía con la naturaleza: enfrente de una casa hay un árbol,

creo que es una ceiba. Unos cincuenta centímetros la separan del muro de la casa. Teóricamente, uno podría subir por el tronco y saltar el muro. Al parecer, los constructores no quisieron modificar el recorrido de la pared ni cortar el árbol, por lo que se limitaron a hacer continuar el alambre de espino del muro por el árbol, pasándolo como una espiral alrededor del tronco. Así se concilia la protección de la propiedad con la del medio ambiente.

Unos cientos de metros más arriba —la silueta oscura del Ávila, la montaña de referencia de Caracas, se perfila en el horizonte— se encuentra la quinta de un conocido arquitecto venezolano que nos ha invitado esta noche. Él mismo diseñó la casa: una construcción alta y posmoderna con un jardín grande en el que confluyen la zona verde y un bar cubierto. Una entrada abierta que se alza dos pisos, una amplia cocina alargada, que recuerda una capilla, un estudio con grandes ventanales hacia los cuatro puntos cardinales que apenas se distingue desde abajo. Y alrededor del edificio y de su terreno, también un muro que rebaja el diseño arquitectónico de la fachada al nivel de un detalle insignificante.

Hace calor. Bebemos vino de importación, whisky de importación y cerveza nacional, helada. Ambiente extraño. Marijetica, una artista eslovena y becaria también de nuestro proyecto, afirma que en el futuro las ciudades consistirán en *gated communities*, las zonas residenciales valladas de los privilegiados, y en *ranchos*.

Apenas si podría ser más absurdo: cuestionar el encierro, a la vez, que se integra como algo natural en la propia vida cotidiana.

Greg, Carol y Sofía

Me he instalado en el cuarto de la doméstica, en casa de unos amigos. Greg me ha preguntado si me siento incómodo en la pieza, «es tan pequeña». Niego con la cabeza.

«Así por lo menos puedo hacer como si...»

Como si no formara parte de esta zona residencial.

Greg es periodista. Su padre es alemán, su madre viene de los EEUU. Me gusta como escribe y habla Greg. Con prudencia. Me gustaría ser más prudente también. En abril de 2002 fue de los primeros que informó sobre el golpe de Estado; ya incluso antes del golpe. En realidad, le gustaría trabajar de sociólogo, pero no hay trabajo. Así que vive como amo de casa y periodista; trabaja para la *New Left Review*, el *Z-Magazine* y la *WOZ* suiza. Despertar a Sofía, su hija de cuatro años, preparar el desayuno, llevar a la niña al *kindergarten*, sentarse luego a trabajar en el escritorio. Carol, su compañera, mientras tanto, se encarga de los ingresos familiares. Trabaja para el Consejo Nacional de Derechos del Niño y del Adolescente, una institución semiestatal.

Me echo en la cama. La brisa de la tarde me acaricia la piel. Caracas tiene un clima increíble. De día puede hacer un calor tremendo, sobre todo cuando no corre el viento. Pero por la mañana y la noche casi siempre se siente una brisa fresca y suave. Uno se cobija sólo bajo una sábana y se siente como en la playa. Delante de la ventana, incluso en la misma ciudad, se escuchan los pájaros. Es decir, los pájaros, las bocinas y las alarmas. En los alrededores siempre hay algún carro sonando, porque alguien se le acercó demasiado o porque la alarma simplemente está averiada.

Una ciudad sensual. Doce meses de verano que se sienten en la piel. Es como si alguien te acariciara.

Altamira, municipio de Chacao, plaza Francia

«Paro»: hace un mes los comercios en esta parte de la ciudad todavía estaban cerrados. Aquí donde viven los directivos y los empresarios la gente se alzó contra la reestructuración de la empresa petrolera estatal PDVSA. Ahora el paro, el

levantamiento de las clases medias y de los directivos ha pasado. Pero el estado de guerra imaginado sigue vigente. Un ambiente tenso, casi psicótico. Una mezcla de frustración, ira, miedo y desprecio. La asamblea de propietarios de nuestro edificio ha aprobado un plan de emergencia: vigilancia permanente, instalación de un botiquín de medicinas, cierre de las puertas de acceso las veinticuatro horas del día. Greg cuenta que la mayoría de nuestros vecinos se han aprovisionado de armas. Quieren protegerse contra los “Círculos Bolivarianos”, los comités de apoyo al gobierno de los que se habla tanto en los media, pero con los que me toparé una sola vez en seis meses de estancia en el país. Creo que los motivos verdaderos de este pánico son más difusos. De carácter más bien fóbico. El temor a la pérdida de la posición conseguida, una ira que tiene que ver con el imaginario creado del enemigo: esa masa de piel oscura e iletrada, que dice no necesitar más de las elites tradicionales. Miedo a los millones de pobladores marginados de las barriadas que construyen sus habitáculos y accesos “como hormigas” alrededor de los céspedes immaculados, aparcamientos y centros comerciales de la “ciudad formal”. Ya una vez, durante la revuelta del hambre de febrero de 1989, recordada hasta hoy como “el Caracazo”, los pobladores de los cerros bajaron hasta el centro de la ciudad para darse satisfacción por sí mismos a las promesas de consumo incumplidas por el Estado. Se apropiaron de los frigoríficos, televisores, vídeos y muebles que les habían sido prometidos. Carlos Andrés Pérez, el otrora vicepresidente de la Internacional Socialista, declaró el estado de emergencia e hizo intervenir a la Policía y el Ejército, con un balance de entre 1.000 y 5.000 personas muertas, para recuperar el control...

Fue el mismo año de la matanza de la plaza de Tiananmen, en Pekín; pero con la diferencia, ciertamente, de que en el caso venezolano nadie habló de matanza.

Deambulo por la plaza Francia donde la opositora Coordinadora Democrática ha instalado sus carpas. La plaza, ubicada a tres cuadras de mi casa, consta de un

pequeño parque en pendiente hacia el norte. En la parte superior se levanta un obelisco de unos quince metros; la oposición ha colgado en él largos pendones con los colores nacionales. Abajo, justamente en el punto de convergencia de la plaza, ha sido emplazada una tarima con una estatua de la virgen María. A la derecha, un marcador digital: 3.055 horas, 45 minutos, 18 segundos de resistencia. Pequeñas carpas y mesas alrededor de la plaza. Aquí es donde la autodenominada «sociedad civil» ha montado su centro de resistencia contra el gobierno: militares «institucionales», grupos de mujeres, asociaciones de maestros, el partido socialdemócrata Acción Democrática, que dominó los destinos del país durante décadas junto con su central sindical la Confederación de Trabajadores Venezolanos (CTV). Carlos Ortega, jefe de la CTV, se ha refugiado en la embajada de Costa Rica esta mañana. Poco después le concederán asilo político y saldrá del país.

Me paro frente a la tarima para escuchar un discurso. Una tibia noche tropical. Al lado de la virgen María, un oficial insurrecto de las Fuerzas Aéreas, vestido de uniforme, menciona un supuesto documento gubernamental: «Tenemos que ejercer nuestra influencia sobre los maestros porque la indoctrinación durante la niñez es la más eficaz»; y: «más difícil es el asunto en las universidades porque los estudiantes piensan ya con demasiada autonomía». La falsificación es tan burda que quisiera reír. Pero la gente reunida en la plaza —amas de casas, ingenieros petroleros, directivos y militares— no se ríe. Están completamente convencidos de vivir en una dictadura «castro-comunista» o, por lo menos, de estar abocados a ella.

Delante de una carpa me pongo a conversar con una persona que resulta ser ingeniero. Le pregunto qué quiere la gente en la plaza. Le digo que vengo del extranjero y que no entiendo muy bien lo que pasa. El hombre me mira con desconfianza, pero al final se decide a explicármelo: que el sistema político se habría venido abajo hace siete u ocho años, que todo el mundo habría perdido la

confianza en los partidos tradicionales y que en estas circunstancias apareció un oficial, un golpista, de nombre Hugo Rafael Chávez Frías, el cual supo canalizar este descontento. Que este hombre, que como se supo más tarde recibía ayuda de Fidel Castro Ruiz —el ingeniero vuelve a pronunciar el nombre entero—, tuvo el apoyo de una gran mayoría de los venezolanos, aunque el ingeniero dice no haber votado por él porque un golpista no debería ser presidente. Es extraño: si uno habla con los partidarios de la oposición, siempre dicen que la mayoría abrumadora votó por Chávez en 2000, pero que ellos mismos no forman parte de esta mayoría porque un militar no debería estar en el gobierno. Que este tal Hugo Rafael Chávez Frías —por tercera vez el ingeniero pronuncia un nombre completo, y me pregunto si es por un anhelo de desprecio o de exactitud— conquistó el control absoluto de todas las instituciones: la Corte Suprema, la Asamblea Nacional y la Fiscalía. Pero que la gente no se revolvió hasta que este presidente puso sus manos en el sistema educativo.

Siento el impulso de contradecirlo. Para constituir la Corte Suprema y el resto de instancias judiciales, el gobierno tuvo que llegar a un acuerdo con los partidos tradicionales porque el Polo Patriótico, la coalición gubernamental, no obtuvo la mayoría de dos tercios necesaria para ello. Es por eso que muchas organizaciones comunitarias se quejan de que la Justicia sigue en manos de las antiguas elites.

Sin embargo, no le contradigo; he venido para escuchar. El ingeniero sigue contando que empezaron, «hará unos tres años», con su campaña «*Con mi hijo no te metas*», porque el gobierno había planeado colocar fotos del Che en las aulas de clase.

«¡Imagínate, fotos del Che!» Me examina nuevamente con desconfianza. «Bueno, en mi juventud también apoyaba a Castro. ¡En la universidad! Pero esto era allá», el ingeniero señala en dirección de la universidad, «y no aquí».

Me quedo desconcertado por un momento: de dónde habrá sacado el ingeniero su historia de las fotos del Che. Llama la atención cuántas discusiones giran en Venezuela alrededor de imágenes, símbolos y códigos, y no de contenidos: Castro, Cuba, fotos, militares en funciones gubernamentales.

Pregunto, con cuidado, si no tuvo que ver todo también con la cuestión del petróleo. En el extranjero se habría hablado mucho acerca de la industria petrolera. El ingeniero responde con una mueca de rechazo. «No, tuvo que ver con la educación».

«¿Y qué pasó entonces en PDVSA?»

Esto habría venido a sumarse a lo anterior más tarde. El ingeniero mira su reloj. Parece que está harto de responder a mis preguntas. Asiento atentamente con la cabeza para motivarle a seguir. Añade algunas frases. Cuenta que Chávez nombró a militares como directivos de las empresas estatales, tipos que no tenían la más mínima idea del negocio. «¿Dónde se ha visto algo así?» Me enteraré, días más tarde, que Guaicaipuro Lameda —uno de los generales nombrados directivos de PDVSA por Chávez— tras ser revocado por el presidente se convertiría en un dirigente de la oposición. El ingeniero dice que todos los indicios apuntan hacia la formación de un Estado autoritario.

«¿Como en Colombia?», le pregunto.

«No, como en Cuba», responde y agrega que lamentablemente ahora tiene que irse. Que puedo preguntar, sin embargo, a cualquiera en la plaza, que hay muchos académicos que me podrían explicar la situación, que sería bueno escuchar otras versiones, sobre todo acerca de las detenciones. «El régimen caza a los líderes de la oposición». Pero que la gente seguirá luchando. «Muchos pasan la noche en la plaza». Me aconseja dirigirme a la señora de la carpa de al lado, la del movimiento obrero.

«Buenas noches».

El ingeniero desaparece rápidamente. Me doy cuenta de que me tiene por un infiltrado. No está mal. Nunca me

había pasado antes. Y entonces me pregunto si el hombre flaco de enfrente —está sentado en una silla de camping y es el único en la plaza que parece ser jornalero o vendedor ambulante— recibirá dinero por estar aquí. Uno de los clichés más extendidos entre las clases adineradas venezolanas es el de que los pobladores de las barriadas reciben dinero por participar en las manifestaciones pro-gubernamentales. Ahora yo ya empiezo a argumentar de la misma manera, pero en sentido opuesto. Aunque lo cierto es que la oposición no sólo tiene más necesidad de comprar el apoyo de los pobres, sino que también tiene más medios para hacerlo. Decido no hablar con la señora. Me supone un estrés excesivo tener que esconder mi opinión.

Entretanto, otro oficial se ha subido a la tarima. Habla sobre febrero de 2003. Entonces, tres “militares institucionales” —como se denomina a los militares opositores— fueron asesinados. La oposición afirmó que había sido un intento de intimidación del gobierno. Hubo protestas indignadas. Unas semanas más tarde, sin embargo, dos implicados en el crimen, reconocidos por una superviviente, declararon haber recibido la orden del asesinato del general Rodríguez, uno de los “militares institucionales” celebrados por la oposición. Y que también las instrucciones para los atentados contra las embajadas de Colombia y España, cuya responsabilidad fue atribuida por los medios de comunicación a diferentes organizaciones izquierdistas, provinieron de este general Felipe Rodríguez. A veces resulta grotesco lo reales que pueden llegar a ser ciertas teorías conspirativas.

Me quedo mirando la estatua de la virgen. Tiene la altura de una persona, es de color blanquiazul y dirige su mirada ligeramente hacia abajo. Hacia donde está el público.

23 de Enero

El viaje de Chacao al centro es como una excursión a otro planeta. El color de piel de la gente cambia, la ropa, la manera de moverse; imágenes que no se ven en las televisiones privadas, a no ser que se trata de reportajes sobre delincuencia. Con dificultad, voy esquivando los puestos de los *buboneros*, los vendedores ambulantes. Huele a aceite rancio, gases de escape y basura. Hay niños mendigando, los perros callejeros se pelean por los restos de comida, las pintadas en las paredes ya no dicen «Chávez arderás», sino «Profundizar la revolución».

Tengo la impresión de haber recorrido entre las estaciones de Altamira y Capitolio, apenas quince minutos de viaje en metro, una distancia más larga que entre Europa y Caracas. Tendría que haber venido antes aquí y no dejar pasar una semana.

En la novela de ciencia ficción *Diamond Age*, Neal Stephenson desarrolla una visión de Estados desterritorializados, que son como manchas distribuidas por todo el planeta. El Estado victoriano-anglosajón, por ejemplo, dispone de una comunidad en Shanghai, otra en Nueva York, Londres, Ciudad del Cabo, etc. Estas comunidades están conectadas unas a otras, pero entre los distritos de una ciudad existen más barreras que vías de conexión. La nanotecnología suministra las barreras que, de una manera invisible, impiden el acceso a las personas no autorizadas.

La nanotecnología —pienso— o la ropa, el dinero, los códigos de comportamiento, la policía privada.

Voy caminando el último trecho. Cerca de la estación de metro de Caño Amarillo hay un sitio raro donde la ciudad parece convertirse en un *collage*: el trazado del metro que, como una estación espacial, atraviesa la ciudad de Este a Oeste —en la mayoría de sitios de manera subterránea, aquí por la superficie—, algunos barrios, edificios vacíos de la primera década del siglo XX que no pueden

esconder la influencia colonial, el Palacio Miraflores, el blanco palacio presidencial en lo alto de un cerro, y enfrente, como un pequeño castillo, en otra elevación, el Museo Militar. Justo a mi lado hay un carruaje vacío: polvoriento, cada movimiento de los animales levanta una nube. Y detrás de éste se divisan los bloques del 23 de Enero. Los bloques se levantan en los cerros como fortines, como una amenaza y/o promesa. Su apariencia despierta una mezcla de obstinación y orgullo.

El 23 de Enero es como un contraproyecto, en el doble sentido de vivienda social y apropiación. A mediados de los años cincuenta, el dictador Marcos Pérez Jiménez encomienda la dirección de un proyecto ambicioso de viviendas al arquitecto de más prestigio de su época, Carlos Raúl Villanueva. Los ranchos, cerca del distrito gubernamental de Caracas, deben ser reemplazados por vivienda social. Se construyen 56 bloques grandes y 42 pequeños de 15 y 4 pisos respectivamente. Si uno ve las fotos de los años cincuenta, apenas si puede creer que se trate de los mismos edificios: construcciones estériles y funcionales con grandes áreas de estacionamiento, algunos pasajes comerciales y canchas deportivas. Desiertos de arquitectura de control, pero sin renunciar a cierto confort. Los apartamentos son espaciosos, claros y aireados. Nada que ver con las construcciones características de Villanueva. No hay rastros de experimentos, de formas flotando libremente, de la integración del arte con los espacios públicos. Son simplemente estructuras prácticas, poco costosas.

Pero, antes de que los edificios puedan ser entregados del todo, una serie de disturbios conmueven el país. Marcos Pérez Jiménez, quien se hizo confirmar en el poder el 2 de diciembre de 1952 a través de unas elecciones manipuladas, ya no puede entregar los últimos bloques —bautizados entonces con el nombre de «2 de Diciembre»— a sus futuros habitantes. El 23 de enero de 1958, las masas derrocan la dictadura. Venezuela se convierte, por algu-

nos meses, en el epicentro revolucionario de América Latina; más que Cuba. A diferencia de la isla caribeña, son socialdemócratas y comunistas quienes impulsan la insurrección (y no un movimiento nacionalista poco definido). Las viviendas de 2 de Diciembre, que luego pasa a llamarse «23 de Enero», son ocupadas. La población, es decir las partes más rebeldes del movimiento de protesta, se apropian de los desiertos de la arquitectura de control y los convierten en espacios de continuo movimiento: la reinterpretación de lo formal. En los años siguientes el 23 de Enero se convierte en un bastión subversivo. No hay protesta o disturbio en Venezuela que no encuentre su eco aquí. En los espacios libres del complejo, diseñado originalmente para hacer desaparecer los *ranchos*, se extienden los barrios. Nuevos *ranchos*, casas sencillas de cartón, aluminio y luego ladrillo, se convierten poco a poco en vecindarios comunes y corrientes. Pero en una parte de la ciudad, donde los recién llegados pueden tomar como referencia la estructura de una edificación planificada. Unas 60.000 personas viven hoy en los bloques; unas seis veces más en las casas populares situadas entre éstos. Los edificios de quince pisos se levantan como torres en un mar de barriadas de color ladrillo, habitado por centenares de miles de personas.

Me encuentro con Juan y Pibe. A Juan lo conocí hace unos tres años. Es el vocero de la Coordinadora Simón Bolívar, una de las organizaciones comunitarias más antiguas de Venezuela. La prensa dice que antes estuvo en la clandestinidad. La policía allanó su casa en cuarenta y nueve ocasiones, un récord en la ciudad. Pero nunca pudieron condenarlo. Pibe es argentino, tiene unos veinticinco años. Vagabundó por el continente, pasó una temporada primero en Cuba y luego fue a parar a Venezuela. En la isla tiene una esposa, aquí una compañera. Paseamos por el barrio, subiendo los cerros. El superbloque encima del metro de Agua Salud es considerado un área difícil: narcotráfico. Los límites entre la zona de influencia de la

organización comunitaria y la de los narcotraficantes están bien definidos. Antes éste era el bloque de los «Siete Machos», dice Pibe. Siete hermanos, siete malandros. «Pero ahora apenas vive uno». Los conflictos en el barrio se produjeron siempre entre la organización comunitaria, por un lado, y el narcotráfico y la policía, por el otro.

«¿Narcotráfico y policía?», pregunto.

«Narcotráfico y Policía Metropolitana», responde Pibe, «la del alcalde Peña, el de la oposición».

No estoy sorprendido. Que los aparatos de seguridad se aprovechen de las pandillas y los narcotraficantes para destruir a los movimientos sociales es un fenómeno que he visto ya en Colombia. Una mezcla entre intereses comerciales y la delegación de funciones de control. El Estado informal, por llamarlo de alguna manera.

Llegamos hasta unas escaleras y, a continuación, a una iglesia franciscana, desde cuya plaza se puede observar el oeste de la ciudad. En Caracas ocurre fácilmente lo mismo que en Bogotá. Uno se mueve entre la calle 20 y 100 dirección norte, y se olvida totalmente de que la ciudad vuelve a empezar en la calle 0 dirección sur. Lo que desde las zonas residenciales de clase media de Caracas parece ser el oeste, en realidad es el centro, desde el cual uno puede percibir de verdad la inmensa extensión de los barrios. Nos encontramos enfrente de la iglesia y los barrios se extienden hasta allá donde alcanza la vista. Juan señala hacia un instituto, cuyos bancos él mismo pobló en su día, según creo. Juan dice que el Liceo Manuel Palacio Fajardo tiene fama de ser particularmente rebelde. En 1976, dos estudiantes fueron asesinados aquí en el curso de una manifestación contra la visita de Henry Kissinger. El golpe militar de Chile todavía estaba reciente.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por una bolsa de basura que cae desde el octavo piso de un bloque. En los bloques hay bajantes para la basura. No en el interior de los edificios, como sucede normalmente, sino afuera. Muchos tubos se han oxidado con el tiempo y la basura va a parar a

cualquier lado. Sin embargo, en este caso, habían optado simplemente por tirar la basura desde algún balcón.

Es extraño cuando uno entra en las viviendas de los bloques del 23 de Enero. Adentro todo parece bastante acomodado: buenos muebles, televisores, DVD. Clase media baja, como dice Juan, muchos profesionales. Pero entre los bloques uno a veces tiene la sensación de vivir en una favela, en un barrio de viviendas sociales degradado.

«A los barrenderos les deberíamos levantar un monumento». El padre franciscano Coro: otra sorpresa. El hombre sonríe. Le miro a los ojos: de un verde claro, muy impactantes. «Cuando realizamos una mesa redonda con las empresas municipales, nosotros siempre estamos con exigencias respecto al agua y la luz. En cuanto a la basura, es lo contrario. Ahí son ellos los que nos exigen a nosotros. Realmente no tenemos cultura en este aspecto. En este bloque hay dos señores mayores más abajo que limpian todas las mañanas temprano y, sin embargo, siempre hay basura por ahí».

Los tubos que sirven de bajantes de basura en los bloques desembocan en un pequeño cuarto en la planta baja. Debajo de los cuartos hay emplazadas unas rampas sobre las cuales se puede empujar la basura hacia unos contenedores. Un sistema extraño.

«Podría ser un problema del sistema también», digo. «Tubos, rampas, contenedores; es un poco raro, ¿no?»

«No, no». Coro niega con la cabeza. «Esto es culpa nuestra. Es culpa de la vecindad». Coro se dirige, buscando asentimiento, hacia Juan que está sentado a su lado.

Me gusta este concepto franciscano. Ser parte de la comunidad, fortalecer la solidaridad, trabajar para el colectivo. La misión religiosa no juega un papel mayor, es decir, la misión se expresa en las acciones y no en el intento de convertir a los demás. En el 23 de Enero los franciscanos colaboran con las organizaciones comunitarias, no se asustan de la práctica política. O expresado de otra manera: la comunidad franciscana es parte de los procesos organizativos.

Juan y Coro se conocen desde hace mucho. Juan estudió en un colegio religioso.

«¿Qué hacen aquí concretamente?», le pregunto al cura.

Pibe se ha encontrado con Alicia. Los dos están a unos metros, a la sombra de un mango. Alicia proviene de una organización estudiantil. Su compañero fue expulsado de la universidad hace un año. Habían ocupado el rectorado para presionar por la reforma del sistema educativo. El ochenta por ciento de los estudiantes procede de colegios privados, es decir, la sociedad financia el estudio universitario gratuito a las personas de mayores ingresos porque sólo éstas pueden pagar los colegios privados y los cursos preparatorios para los exámenes que filtran el ingreso.

«Las actividades normales», contesta Coro. «Además, todo tipo de proyectos que logren unir a los vecinos: fiestas, rifas, trabajo con los jóvenes. Muchas cosas contra las drogas». Drogas, siempre las drogas como sinónimo de descomposición social. «Tenemos un problema cultural. No todas las cosas que vienen de afuera son malas. Pero lo que podemos ver aquí es que los jóvenes rechazan lo propio e intentan copiar un modelo importado». “Lo propio”: pienso en lo diferente que argumentaríamos desde la izquierda en Alemania. En el fondo, justo lo contrario: se evitaría cualquier discurso que pudiera sonar a nacionalista o identitario. «Es una forma de odio hacia sí mismos» —Coro se refiere a la cultura de las pandillas— «que se expresa en forma de agresividad. Tratamos de convencer a los jóvenes de que nuestra cultura tiene un valor propio». “Nuestra cultura”: otro término que también me provocaría rechazo en Europa. Suena xenófobo. Pero las estructuras comunitarias, por un lado, y la cultura de las pandillas y el consumismo, por el otro, se presentan aquí muchas veces, respectivamente, como lo propio-resistente frente a lo impuesto-conforme.

«¿Y el trabajo religioso? ¿Cómo es el trabajo religioso?» Pregunto porque me gusta escuchar a este cura. Tiene una voz suave y agradable.

«Hay algo como un centro de solidaridad. La gente deja ropa, muebles, comida, y los que lo necesiten, lo pueden recoger. Además organizamos discusiones sobre la Biblia. Discusiones colectivas, en las casas de los vecinos. Por turnos».

Le pregunto si alguna vez le podré acompañar.

«Claro. No tenemos miedo de nadie. Ni siquiera de la guerrilla urbana». Coro sonrío irónicamente hacia Juan. Juan le devuelve la sonrisa.

Cuando me despido, nos damos cuenta de que tenemos conocidos comunes. Coro hizo una estancia con los mismos franciscanos en Bogotá con los que me encontré en el campo colombiano hace un año, en una zona cercana por el Ejército, intentando organizar a las comunidades. Siempre me crea un sentimiento de cercanía ver cómo se extienden las redes y que la gente por la cual uno siente simpatía son amigos de amigos.

Cuando bajamos las escaleras frente a la iglesia, escuchamos una explosión. Como si quisieran confirmar la frase de Juan sobre el liceo rebelde, algunos estudiantes del Manuel Palacio Fajardo están librando una lucha callejera con la Policía Metropolitana. Pero ni Juan ni Pibe ni Alicia me pueden explicar lo que está pasando.

«Clase media en positivo»

Mis compañeros de piso, Greg y Carol, me llevan a una charla. La iniciativa «Clase media en positivo», partidaria del gobierno, organiza un evento informativo sobre «el acuerdo de libre comercio y la propiedad intelectual». Dejamos a Sofía —que esta semana se tiene por Rapuncel y anda todo el tiempo con unos *pantys* de color claro en la cabeza— en casa de una tía suya y nos dirigimos en carro y no en metro, como todo buen representante de las clases medias, al sitio de la conferencia. Bajamos por una vía rápida en dirección al Valle, pasando por la terminal de

autobuses. Tres vistas diferentes desde la autovía: torres de apartamentos con plafones publicitarios de tarjetas de créditos y enormes fotos de mujeres en bikini: «¿Te arrugarás?»; las pintadas en los muros cercanos a la terminal: «No volverán» —las viejas elites, no los viajeros—; y, finalmente, la amplia avenida de los Próceres que lleva al Círculo Militar, con sus grandes monumentos a los héroes de la independencia. Paramos. El club militar es una típica construcción ostentosa: pilares, grandes vidrieras, sillones de cuero, arañas de cristal y espejos en el portal de entrada. La conferencia tiene lugar en una sala de teatro cuyo palco de honor está cubierto de terciopelo azul. Cortinas grandes, un cuadro sobre la conquista de América al fondo de la tarima y sillas nuevas tapizadas, también azules. Esperamos un rato ante una mesa de libros al lado de la entrada de la sala. Hojeo la Constitución Bolivariana, que aquí tiene el estatus de la biblia de Mao —casi todos los activistas llevan un ejemplar de los pequeños libros azules consigo—, varios textos de leyes recientemente aprobadas, los discursos de Chávez sobre el «golpe de Estado fascista contra Venezuela», el programa de los Círculos Bolivarianos y el *Manifiesto Comunista*. En la cubierta: «¿Poco actual? ¡Qué va!» Ya sabía antes que Chávez es el único jefe de Estado actual que cita a Antonio Gramsci, Paulo Freire y Toni Negri. Sin embargo, la combinación me asombra. Escuchamos los aplausos que llegan desde dentro. Subimos al anfiteatro. 300 personas escuchan entusiasmadas a Gustavo Arreazu: el cantante de música ligera entona *Hubo un tiempo*. Sonrisa brillante, gestos ampulosos, la frente teatralmente arrugada, mirada romántica. Me pregunto dónde están los violines que se escuchan; en la tarima no se ven más de cuatro músicos. Hasta que me doy cuenta de que los sonidos de los instrumentos de cuerda provienen de una cinta. *Playback* romántico en un acto político reivindicativo; no está mal.

Después de la música comienza el programa político. Cinco de los seis conferenciantes son mujeres. Aurieta

Caponi, vicepresidenta de la Universidad Experimental Simón Rodríguez —el primer intento de crear una escuela superior accesible para las mayorías—, da una charla sobre los fundamentos del comercio libre y el ALCA. Caponi, una mujer rubia y fornida, critica la mercantilización de los bienes públicos y compara el liberalismo con la lucha entre un boxeador de peso pesado y un enano. Un discurso claro, bien estructurado. Le sigue Librada Pocateerra del Consejo Nacional Indio; hacía tiempo que no había escuchado la palabra “indio”. Habla sobre la explotación del saber tradicional por las transnacionales farmacéuticas. Los indígenas pasan sus conocimientos de generación a generación y no de vendedor a comprador. Iris Valera, diputada del partido gubernamental Movimiento Quinta República, pronuncia una filípica contra los gobiernos de los EEUU y Colombia. El auditorio da gritos de júbilo cuando Iris maldice al imperio. Aunque otros observan irónicamente que el auditorio también da gritos de júbilo cuando Iris echa para atrás sus rizos. Y finalmente toma la palabra Eduardo Samán, profesor de Farmacología y director del Servicio Autónomo de Propiedad Intelectual, departamento del Ministerio de Producción y Comercio. Samán, un hombre delgado y vestido con un traje claro, se mueve como en un auditorio de estudiantes. Con una actitud pedagógica y alegre, siempre buscando el diálogo: «¿cierto?» Explica que el derecho de patente del ALCA posibilita a las transnacionales prorrogar sus patentes de medicinas por décadas. Y eso a pesar de que las empresas hoy día ya aplazan la liberación de las patentes prevista en los acuerdos internacionales, modificando de vez en cuando los campos de aplicación de las mismas medicinas. «Sólo hay una alternativa al ALCA», el profesor amable se pone combativo, «el ALBA, la Asociación Libre y Bolivariana de las Américas, una cooperación de los latinoamericanos en todas las áreas».

No plantean el socialismo, pienso, pero algunos pasos notables que en el contexto global actual tienen una nada

despreciable fuerza explosiva: la contención del mercado, la defensa de bienes de acceso público, las relaciones solidarias internacionales, una alternativa económico-social.

Después de dos horas, las personas organizadoras de «clase media en positivo» dan por finalizado el acto. Ya no se canta, ni siquiera en *playback*. En el portal de entrada la gente charla relajadamente. Diputados, varios ex ministros, gente de los movimientos sociales: las mujeres maquilladas, los hombres en trajes o camisas almidonadas, pero sin excesos. William Fariñas, asesor de Chávez y oficial del Ejército—regordete, barbudo y de aspecto bonachón—, sentado en un sofá de cuero, dice que la revolución tiene que tener un carácter humano. «Tenemos que esforzarnos en las relaciones entre la gente, en lo cotidiano, la vida normal». Si todo el gobierno es así, pienso, hay por lo menos una observación de la oposición que es cierta: que aquí todo es improvisado. Improvisado e informal. Lo que también se puede considerar una oportunidad. Una expresión de apertura y transformación. La utopía siempre está mal organizada.

«Recuerda un poco a la Nicaragua de los años ochenta», le digo a Greg.

El compañero se queda sorprendido. ¿Que qué quiero decir con eso?

¿Que qué quiero decir? Llevo dos semanas en Venezuela. Durante el vuelo decidí no tomarme todo esto demasiado en serio. La Revolución Bolivariana me parecía un proyecto republicano cargado de sentimentalismo nacionalista. Una *nation building*, una construcción nacional tardía. Pero conforme pasan los días se refuerza en mí la sensación de que algo se ha puesto en marcha en este país. Algo completamente inesperado. Algo que va más allá de todas las categorías usuales sobre reforma política o revolución.

Strike on Iraq

Ha comenzado la guerra contra Irak. Camino de casa descubro una pintada: «¿Quién será el próximo? ¿Venezuela?» Michael Klare, profesor de Estudios por la Paz en Amherst (EEUU), escribió hace unas semanas en *Le Monde Diplomatique* sobre el control de los recursos energéticos estratégicos globales y los tres objetivos principales de la política estadounidense: Asia Central, Irak y Venezuela/Colombia.

Canal 8 trata de suministrar informaciones críticas con recursos mínimos. Apenas se ven imágenes, pero la locutora Vanesa Davis, una de las cabezas más visibles y a la vez capaces de la izquierda venezolana, lee noticias de las agencias árabes. Luego discute con dos diputados del gubernamental Movimiento Quinta República. La tesis de los tres: «un movimiento global contra la guerra». Los canales privados mientras tanto se muestran indiferentes. Emiten telenovelas, dibujos animados o reportajes de CNN. Paso directamente al canal de Atlanta. Se ven imágenes de tranquilidad. Son de Kuwait, como me enteraré más tarde. Aunque CNN anunció no querer integrarse ciegamente en la maquinaria de guerra como lo había hecho en 1991, su línea de información no parece muy diferente. El titular de CNN en español es: «Crisis en Irak», en inglés: «*Strike against Iraq*». Durante un año y medio todo fue guerra: «*War on Terrorism*». Hasta los controles en los aeropuertos eran *War on Terrorism*. Ahora ha empezado la guerra y de repente el órgano central del capital norteamericano habla de «crisis» y «golpes».

La Vega, suroeste de Caracas

Otra excursión, esta vez al sur. Cuanto más alto subimos a los cerros, más provisional parece la ciudad. Más provisional o más rural. La Vega, uno de los barrios más grandes de Caracas, está a un buen trecho del 23 de Enero, en un

cerro situado enfrente. Los barrios parecen pueblitos, dan la impresión de estar bien lejos de la ciudad. Andrés y Francisco, dos amigos de mi compañera de piso Carol, nos muestran la zona. Caminamos sobre la cima, en fila, al lado de un gasoducto. Un lugar polvoriento, hace mucho calor. Por el lado del cerro que no da al centro, los ocupantes, supuestamente de Ecuador, han construido nuevos *ranchos* de cartón. Miro hacia el noreste. Chacao y Baruta, las partes de la ciudad que se tienen por funcionales, organizadas y ejemplares, se hunden bien lejos en la neblina. Ante nosotros, en las faldas de las cuevas cercanas, se ven plataneros, palmeras y algunos mangos. Esas cosas que la gente planta para embellecer su entorno.

Por la mañana, hemos estado conversando con gente de las barriadas sobre planificación urbanística. La mayoría de nosotros, todos extranjeros, estábamos sorprendidos. Habíamos esperado encontrar gente que nos hablaría de pobreza y migración. En vez de esto, nos hablaron del carácter rural de las barriadas, de la desaparición de la división de espacios privados y públicos, y, además, de las funciones de control de la planificación urbanística. Mencionaron París donde Hausmann, en el siglo XIX, introdujo avenidas a modo de cortafuegos en los barrios densamente poblados por razones de contrainsurgencia; criticaron la lógica funcionalista de los espacios urbanos y sonrieron irónicamente cuando alguien introdujo en la conversación los conceptos opuestos de “ciudad formal/ciudad informal”, la ciudad “regulada” y la ciudad “desregulada”. «Un encubrimiento», respondieron, «un encubrimiento de relaciones de dominación y exclusión. ¿Qué tiene de formal una urbanización de casas unifamiliares construida ilegalmente por los especuladores inmobiliarios y que contraviene todas las disposiciones oficiales sobre construcción?»

Me quedo parado. El gasoducto pasa junto a nosotros, siguiendo la carretera. Si un *carrito* se saliera de la vía y chocara contra él, seguramente estallaría. Sabine, Helmut y Andrés discuten en inglés sobre ocupaciones de tierra

o, mejor dicho, lo intentan. Estamos por encima de un par de terrazas nuevas. Andrés mira atentamente a través de sus lentes.

Alguien le pregunta de qué trabaja. La respuesta es tan sorprendente como el discurso de la mañana. Andrés responde que enseña Criminología en la universidad. Un sobreviviente de la izquierda de los años setenta: clase media, radicalización, organización de cuadros, el viraje hacia el trabajo de base. Desde hace veinte años es activista de organizaciones barriales, participó en la comisión que presentó la Ley de Regularización de la Tenencia de Tierra Urbana, siempre está liado en alguna cosa.

«¿Y tú?», pregunta Liyat, la arquitecta israelí, a Francisco.

Francisco se parece a Andrés y, sin embargo, es totalmente diferente. Un loco de veintiséis años, bastante guapo: *piercing* en los pezones, busto de jugador de basket. Expulsado de varios colegios, no terminó sexto, tiene problemas con la ortografía española, trabaja de diseñador de páginas web, es fotógrafo. Hace año y medio, ayudó a montar la primera emisora indígena de Venezuela en el estado de Amazonas, que luego pasó a manos del Ejército porque —como él explica— los indígenas empezaron a hablar en sus emisiones sobre décadas de violencia por parte de los militares; y porque el Ejército no estaba dispuesto a permitir tanta revisión histórica. «El Consejo Nacional Indígena acordó entonces la creación de una nueva emisora en el oeste de Venezuela». El cierre de la vieja emisora provocó una indignación moderada en Francisco. Un grado de serenidad que me sorprende.

Francisco trabaja actualmente para el Ministerio de Planificación y Desarrollo promoviendo la constitución de organizaciones comunitarias, una tarea por la que no cobra desde hace seis meses, pero que no deja porque, al fin de cuentas, «se trata de algo más que de un empleo». Antes de que el viceministro Roland Denis lo pusiera a trabajar para él en el Ministerio, Francisco se ganaba la vida como buhonero. Uno de esos tipos a los que se refiere la

gente de la oposición cuando dice que con Chávez son los conductores de autobús los que gobiernan el país.

"Conductores", pienso, o "intelectuales orgánicos", como los llamaba Gramsci. Gente que ha ido adquiriendo sus conocimientos y capacidades en el día a día.

Traduzco para Helmut y Sabine, y soy feliz. Lo que encuentro más increíble del proceso de transformación venezolano es que gente como Andrés y Francisco sean los verdaderos protagonistas: los activistas comunitarios y no los funcionarios de partido.

De repente, vemos un grupo de hombres bajar caminando por la carretera. El corazón me da un vuelco. No tanto por las advertencias que nos habían hecho en la oficina respecto al camino —para la mayoría de nuestros colegas de proyecto venezolanos las barriadas son sinónimo de violencia ciega—, sino porque en momentos así me acuerdo de Colombia: atracadores, una pandilla, paramilitares. Sabine sigue sacando sus fotos tranquilamente. Andrés acaba de contar que alguna gente se ha especializado en cavar terrazas en las laderas —terrenos en los que apenas si cabe un rancho— y en venderlas luego. «Es inmoral», dice, «un negocio mercenario. No todo debería convertirse en mercancía». Sabine saca fotografías.

Los hombres que bajan por la pendiente, levantando una nube de polvo, parecen irritados. Me empiezo a preguntar si no vendrán a por nosotros. El calor aprieta más todavía. Me fijo en la reacción de Francisco y Andrés. Parecen concentrados. Esta situación también me recuerda a Colombia: mi continua búsqueda de referencias, de puntos de orientación. Los hombres gritan algo en tono no muy agresivo. No entiendo nada de lo que dicen.

«¿Qué hacen aquí?» Los hombres están exhaustos. «¿De dónde son?» Señalan hacia nosotros. Nosotros, los extranjeros.

«¿Éstos?», responde Francisco, «son amigos nuestros».

«¿Y por qué están haciendo fotos?»

«Sólo quieren conocer la zona».

Los hombres parecen desconcertados. «Cuando alguien viene aquí a sacar fotos, nunca sabemos lo que pretende. Un proyecto de construcción, una orden de desalojo...»

«No, no. No son de ninguna empresa. Sólo están haciendo una excursión... Nosotros somos gente como ustedes...»

Les saludamos con un apretón de manos e intentamos no parecer especuladores inmobiliarios, lo cual no es tan fácil cuando uno es el único blanco del lugar.

«Tienen un sistema de alarma», explica Andrés cuando proseguimos el camino. «Si viene la policía o la gente de las constructoras, convocan a todos los vecinos».

Bajamos hasta un pequeño valle: Los Encantos. Tengo que pensar otra vez en lo de "formal" e "informal", conceptos con los que se puede convertir una ciudad en material estético u objeto de política urbanística. Antes, los urbanistas y arquitectos entendían la informalidad sobre todo como una ausencia de control estatal a la que hay que poner fin; y por eso se planificaron colonizaciones de terrenos y se construyeron urbanizaciones "reguladas". En el último decenio, y como consecuencia del cortejo triunfal del neoliberalismo, la informalidad ha pasado a ser considerada algo positivo en tanto que fuente inagotable de inspiración y de iniciativa empresarial. Para los pobladores de estas barriadas, no obstante, lo importante es otra cosa. Para ellos —por muy inofensiva que parezca— cada imagen representa ante todo una relación de poder. El arquitecto puede quedar fascinado por la creatividad constructora de los barrios y el senador alemán, responsable de Desarrollo Urbano, puede destacar el gran potencial económico de las pequeñas actividades informales. Para los pobladores de los barrios pobres, en cambio, la "informalidad" significa sobre todo miedo. En la ciudad "formal" están concentradas todas las instancias de poder, que pueden convertir al poblador en un sin techo de un momento a otro. Es absurdo hablar de formas, si no se es consciente del contenido.

Los Encantos. El nombre no le está mal, dejando aparte el riachueloapestoso que recorre el valle. Es todo verde:

cañaverales, frutales, aguacates, plataneros. Andrés y Francisco saludan a los vecinos. Sensación de estar en casa. Esta tarde, se ha constituido un comité de tierra en la vecindad. Desde que el gobierno aprobó el Decreto de Regularización de Tierra Urbana, que permite la legalización de terrenos ocupados, Caracas vive una verdadera ola de iniciativas autogestionarias. En todas partes los vecinos se organizan para conseguir títulos de propiedad y discutir sobre proyectos de reforma en sus barrios: planificación urbanística desde abajo. Llegamos cuando la reunión acaba de terminar. El portavoz del grupo es homosexual. Me pregunto si podrá vivir abiertamente su homosexualidad y hasta dónde llega el respeto de los vecinos por él. Los pobladores nos muestran un solar donde quieren construir un pequeño centro comunitario y una cancha deportiva multiuso. Sería más fácil conseguir financiación si pudieran presentar planos de construcción, dicen. Liyat responde espontáneamente que les ayudará a delinearlos.

Continuamos con nuestro paseo y llegamos a un lugar donde se ha parado un proyecto de construcción del municipio de Caracas. «Alcalde del Municipio Libertador Freddy Bernal», se puede leer en un letrero. Bernal es un ex policía y militante del chavista Movimiento Quinta República, que fue elegido alcalde de la Ciudad de Caracas (no confundir con el Área Metropolitana). En la izquierda tiene sus detractores, aunque pertenece al ala más cercana a los movimientos sociales dentro del partido del gobierno. «La revolución avanza», asevera el letrero. El proyecto, sin embargo, no avanza nada. Estaba previsto construir un sistema subterráneo de desagüe. «Se lo encomendaron a gente de otros barrios», afirma una mujer que camina a mi lado. «Eso es una estupidez. Lo deberían hacer los habitantes del propio barrio. Tendrían más interés en hacer bien el trabajo y habría el control de la comunidad». Nuestra acompañante nos invita a cenar en su casa. Sopa de pescado. La familia que nos

acoge viene de Sucre, de la costa oriental. La mayoría del barrio procede de allá, nos cuenta el hermano mayor. Nos paramos frente a la ventana. La casa está ubicada en una pequeña loma que se adentra en el valle de La Vega. Miramos hacia abajo.

Cuando salimos de la casa después de cenar, siento felicidad, casi euforia. Las luces de los laderas de enfrente brillan. Un escalofrío, la tibia noche tropical. Sabine saca una foto que expresa exactamente lo que siento en ese instante. La gente del barrio nos pregunta cuándo volveremos. Liyat, de Israel, responde que pronto.

Foro Mundial de Solidaridad

Palacio Miraflores, palacio del presidente. En la misma sala en la que el empresario Pedro Carmona se juramentó hace poco menos de un año, tiene lugar un encuentro preparativo del Foro Mundial de Solidaridad con la Revolución Bolivariana. Un nombre horrible, y peor parado saldría todavía el cartel oficial: héroes de la independencia delante de una mujer tirada en el suelo pidiendo ayuda.

En la entrada del palacio no noto nada del tan cacareado militarismo del gobierno de Chávez. Los soldados de guardia parecen más bien una cuadrilla de amigos que se juntó para jugar a cartas. Uno de los reclutas que no está de servicio se burla de la guardia de honor: muchachos de diecinueve años con uniformes del siglo XIX que parecen caminar haciendo equilibrios con sus sombreros voluminosos. El recluta a mi lado sonríe.

Carol y yo cruzamos el terreno y nos topamos con dos gringos que aparentemente se perdieron. Afortunadamente pasa otro chamo, también fuera de servicio, y nos muestra el camino. Poder que no se rodea con el aura del poder.

La sala de conferencias se encuentra en el sótano. También aquí el mismo ambiente relajado. Sesenta representantes de organizaciones comunitarias y colectivos

partidarios del gobierno, así como alguna gente del aparato estatal: la Fuerza Bolivariana de Trabajadores —sólo unos días después se fundará la nueva central Unión Nacional de Trabajadores (UNT)—; la Coordinadora Popular de Caracas, intento fracasado de unificar las numerosas organizaciones comunitarias de la ciudad; el Consejo Nacional Indio, representación de los indígenas venezolanos; y la Unión Cívico-Militar, la alianza entre soldados y ciudadanos chavistas. La reunión de un foro social europeo no es muy diferente. Tomo asiento entre la Sociedad de Amistad Cuba-Venezuela, un afrovenezolano con rastas y algunas mujeres de proyectos de comunicación alternativos. La asamblea discute si la conferencia prevista para el primer aniversario del intento de golpe de Estado del 11 de abril 2002 debe celebrarse en el centro de la ciudad o en las escuelas de los barrios populares.

«¿Quién fue el protagonista hace un año?», pregunta Alicia, la estudiante que conocí hace poco en el 23 de Enero. «¿Dónde se venció a los golpistas? ¿En el Hilton o en los barrios? ¿Y qué le interesará más a Ignacio Ramonet, José Bové o Tarik Ali? Echar discursos en la sala plenaria de Parque Central o discutir con gente de las organizaciones de base?»

Toda la sala le da sonoramente su apoyo. Guadalupe, también vecina del 23 de Enero y militante de la Coordinadora Simón Bolívar, presenta un programa provisional. Ruedas de discusión, presentaciones de películas, testimonios. «Lo haremos en ocho barrios al mismo tiempo», dice, «tenemos que llevar la conferencia a la ciudad y a la gente». La representante de la Fuerza de Mujeres Bolivarianas —lleva un sombrero con los colores nacionales y el eslogan «Chávez los tiene locos»— aplaude efusivamente. También el hombre de la Unión Cívico-Militar asiente afirmativamente con la cabeza.

Toda la sala excepto Rafael Vargas. Vargas, de unos cincuenta años, es el responsable del equipo organizador. Hace poco fue cesado como ministro por Chávez, lo que no

quiere decir nada, porque en este gobierno los ministros cambian —sin razón o estrategia aparente— más rápido que el tiempo que se necesita para memorizar sus nombres. Vargas está sentado con otros cuatro coordinadores del comité organizador tras una mesa voluminosa en la tarima medio metro por encima de nosotros. Condiciones de partida poco favorables para una conversación entre iguales. «La conferencia no puede tener lugar en los barrios. Para la organización de un evento como éste teóricamente se necesita un año», Vargas levanta su mano y cierra los puños, «nosotros apenas tenemos un mes». Muestra una hoja. «Éste es el programa y lo seguirá siendo». Venezuela, pienso, es una democracia participativa y protagónica. Ya me he contagiado de la fiebre reinante en el país de pensar siempre en clave de citas de la Constitución. Parece que el afrovenezolano de las rastas está pensando lo mismo que yo. Se levanta para dirigirse a la puerta. «Hubieran debido avisar de que necesitan subordinados. No habría venido entonces». El ambiente se pone más que tenso.

«Nosotros no queremos mandarle a nadie». Rafael Vargas se muestra indiferente a las protestas. «Es sólo que no tenemos tiempo. ¿Estuviste en la última reunión? ¿Sabes de las preparaciones? Llevamos tres semanas discutiendo. No podemos cambiar todo cada semana».

El afrovenezolano estuvo en las últimas reuniones, pero Vargas no lo recuerda o no lo quiere recordar.

«Quisiera proponer», el hombre de la Coordinadora Popular de Caracas interrumpe la disputa y se dirige a los miembros del comité organizador, «que creemos un ambiente más horizontal. No es necesario que ustedes siempre respondan, cuando alguien de la plenaria haya dicho algo. Si no hablan solamente ustedes».

Vargas asiente y se calla. Atiende una llamada de su móvil y se pone a telefonar animadamente un rato.

Cuando salgo de la reunión, un poco más tarde, una amiga que trabaja para la televisión alternativa Catia TVE me para: «No creas que todo el proceso es así. Ese hom-

bre es una vergüenza». Su compañero Álex, un francés que también es miembro del comité organizador del foro, asiente con la cabeza. «Pero eso ya lo arreglaremos de alguna manera».

Algunos días más tarde, Juan, del 23 de Enero, me contará más detalles sobre Vargas. «Es uno de los tipos que supuestamente apoyan el proceso pero que en realidad representan su obstáculo más grande. ¿Sabes lo que hizo durante el golpe de Estado, cuando todo el pueblo estaba en la calle? Se tiñó el pelo y se escondió».

La “revolución” venezolana: burocracia, ineficacia, corrupción, nuevas elites. Nada particular. Pero hay una diferencia grande con Nicaragua, Angola, la Unión Soviética o Vietnam: la gente se toma menos en serio a las autoridades. Se mantiene una cierta actitud crítica frente al gobierno. No se habla del centralismo democrático, no hay ningún partido que pueda ejercer seriamente de vanguardia y dirección política. En vez de eso: «Este proceso existía antes de Chávez y seguirá existiendo después».

Buhoneros, Sabana Grande

Las tres de la tarde. Helmut y yo paseamos por el centro. Zona peatonal, Sabana Grande. Helmut se para cada dos por tres frente a edificios horrorosos y me explica su valor arquitectónico en dialecto vienés. Pienso que al final del proyecto habré aprendido sobre todo inglés y austriaco.

Las crisis económica no puede ser más evidente. Los puestos de los buhoneros están colocados en tres o cuatro filas, sin dejar apenas espacio para los transeúntes. La mayoría vende ropa, CDs y bastoncillos de incienso. Me pregunto quién comprará tantos CDs, ropas y bastoncillos de incienso. Entre un sesenta y un setenta por ciento de los venezolanos vive, según se dice, de la economía informal. Aparte del sector petrolero y la industria del aluminio, el país apenas si dispone de producción pro-

pia. La gente se gana la vida como pequeños comerciantes. El comercio informal funciona de la misma manera que los otros sectores. Los puestos pertenecen a unos pocos empresarios. Los vendedores acostumbran a ser sólo empleados y ganan más o menos el equivalente a un salario mínimo, unos 150 euros.

Con esfuerzo, conseguimos abrirnos paso entre la multitud. Estrépito de sonidos. Los vendedores de CDs ponen hip hop, salsa, pop latino sentimental y, evidentemente, Shakira. La insoportable Shakira.

Pasamos al lado de la estación de metro de Sabana Grande. Miro a mi alrededor. Recuerdo este sitio como una zona peatonal grande y ancha. Ahora sólo se ven puestos metálicos y mercancías. Como que no estoy seguro de si me confundo de sitio, me dirijo a un puesto y me pongo a hablar con la gente que está conversando detrás, sentada en sillas de cámping: una negra, un hombre mayor y el propio vendedor. No entienden mi pregunta de si aquí siempre ha sido todo así. Si siempre han estado los puestos del mercadillo.

«Claro, aquí siempre ha habido buhoneros», dice el hombre mayor.

«Pero hace unos años había más espacio», puntualiza.

«En toda América Latina hay vendedores ambulantes».

«En Panamá y Colombia también», agrega el vendedor.

«Pero en los países árabes no», dice el hombre mayor.

«O hay menos», responde el vendedor.

Tengo la impresión de que se sienten ofendidos. Después de todo, ellos son buhoneros. En el mejor de los casos, tolerados. Les digo que no tengo nada en contra de la venta ambulante, sólo que tenía un recuerdo diferente de la zona. «Menos vivo», digo.

El vendedor afirma que tiene su puesto en la zona peatonal desde 1998 o 1999.

«Entonces no había siempre buhoneros», apunto.

«Sí que había», contesta el hombre mayor, «pero no aquí».

La negra interviene para explicar que la Alcaldía de Cali, en Colombia, hizo construir mercados municipales en toda la ciudad, y que las calles ahora ya no se llenan tanto. “Cali”, pienso, la mujer es inmigrante. El diez por ciento de los veinticinco millones de habitantes en Venezuela proviene, entretanto, del país fronterizo. «Antes era como aquí. Tan estrecho todo que apenas se podía pasar». Me sorprende que sea precisamente una buhonera la que se exprese críticamente acerca de la venta ambulante.

La cuestión acerca del sentido de los mercados municipales no resulta fácil de resolver. El centro de la ciudad colapsado de Caracas volvería a ser accesible para los peatones si hubiera una organización municipal del pequeño comercio. La ciudad recuperaría así espacios, pero los vendedores informales serían desplazados de las mejores zonas y, además, tendrían que pagar tasas. Hace unos años, hubo una discusión parecida en El Salvador. Una de las primeras luchas a las que se que tuvo que enfrentar la entonces recién legalizada guerrilla del FMLN, como gobierno municipal, fue la de los vendedores ambulantes. Como que una parte de éstos no se mostraba dispuesta a trasladarse a los mercados municipales, el FMLN los expulsó de la calle a la fuerza.

«¿Y por qué desde 1999?»

«Porque para los alcaldes de la Cuarta República la zona peatonal de Sabana Grande era sagrada», contesta el vendedor.

La Cuarta República: el período antes de Chávez y de la Reforma Constituyente.

«¿Sagrada?», pregunta Helmut.

«No querían tener buhoneros aquí», dice el vendedor, «porque hay demasiadas tiendas de franquicia. Empresas grandes que pagan impuestos. Los buhoneros simplemente están acá y les quitan los clientes».

Pregunto si nos encontramos en Chacao.

«No, Libertador», contesta la mujer.

La estructura administrativa de Caracas no es fácil de

entender. El Área Metropolitana está dividida en cinco partes. Los municipios menos poblados, pero más ricos —Chacao, El Hatillo y Baruta— son gobernados por la oposición, al igual que el Área Metropolitana como tal. Por el contrario, las Alcaldías de los municipios de más habitantes —Sucre y Libertador (ciudad de Caracas)— están en manos del Movimiento Quinta República (MVR). Esta estructura posibilita, además, la segregación administrativa de la ciudad. Los ricos no corren peligro de ser gobernados por candidatos elegidos por los pobres ni de perder el control del presupuesto municipal.

«Entonces aquí gobierna Freddy Bernal».

«Sí, aquí es Freddy», dice el vendedor.

Continúo sin saber qué pensar de Bernal. Los policías me caen todavía peor que los militares, y hay bastantes acusaciones de corrupción contra la Administración municipal de Bernal. Además, los gobiernos —como dice un amigo venezolano estos días— no son más que el campo donde los poderes fácticos de una sociedad organizan su hegemonía. Sin embargo, el papel del alcalde Bernal tampoco ha resultado insignificante, pues los vendedores ambulantes han sido reconocidos como actores normales de las zonas comerciales. Como pasa con frecuencia, cuando se trata del partido gobernante MVR, su trabajo no acaba de convencer nunca del todo, pero uno se alegra de que esté en el gobierno. Después de todo, no “combate” las consecuencias de la crisis recurriendo a políticas de orden y de expulsión de los pobres. Acabas por defender al gobierno casi más por lo que *no* hace que por lo que *hace*.

Helmut pregunta un poco impaciente si podemos proseguir nuestro camino. El señor de más edad señala que lo de los vendedores ambulantes no es más que un problema económico. «Es decir, un problema social». Se han hecho ya las tres y media de la tarde. El tiempo pasa rápido cuando uno comienza a hablar en Venezuela. Cada frase sirve de motivo para una conversación relajada.

Nos despedimos de los comerciantes y nos vamos. Al lado de la estación de metro de plaza Venezuela, unas cuarenta o cincuenta personas están sentadas en una mesa cubierta por un techo metálico y juegan al ajedrez. Me recuerdan a Gabriel García Márquez y a la importancia del ajedrez en sus novelas. Y a los amigos latinoamericanos que lo juegan para mantenerse mentalmente en forma. Me pongo a observar las partidas. No sé interpretar la posición de las piezas. Pero me gusta que en plena zona comercial, entre puestos de buhoneros y tiendas de franquicia, la gente se siente tranquilamente en las mesas y trate de pensar estratégicamente.

Delante del televisor

Chávez ante la Asamblea General del PPT. El partido Patria Para Todos es más pequeño que sus aliados de coalición en el Polo Patriótico, el MVR y el partido socialdemócrata de izquierdas Podemos, pero sigue ocupando posiciones claves. Entre otros, los ministros de Educación, Medio Ambiente y Trabajo, y el director de la empresa estatal petrolera PDVSA, Alí Rodríguez, un veterano de la izquierda marxista, provienen del PPT.

Chávez arremete contra el gobernador del estado de Zulia. «Un gobernador que está armando a la policía de su estado con miles de armas, que organiza grupos paramilitares y que mantiene relaciones con los paramilitares colombianos, y que es responsable de la persecución de pequeños campesinos y sin tierra.». Unos 150 dirigentes campesinos han sido asesinados por escuadrones de muerte en Venezuela, en los últimos años, la mayoría de ellos en el estado de Zulia.

Me acuerdo de una conversación que tuve hace unos días con un taxista. Uno que admitió haber votado por Chávez y que, por consiguiente, no podía ser de la oposición, pero que no quería volver a votar por el actual presi-

dente. Dijo que estaba en contra de Chávez porque consideraba que un jefe de Estado era responsable de todo lo que pasaba en el país. Según mi entender, no puede haber un malentendido más grande. Rossana Rossanda escribió del gobierno de Allende, en 1972, que su problema más grande consistía en que estaba en el gobierno, pero no en el poder. En Venezuela, la situación es bastante parecida. No hay un vacío de poder en el país, como algunos afirman, sino una extraña coexistencia de poderes paralelos. Los alcaldes y gobernadores de la oposición no sólo disponen del apoyo de los medios de comunicación, sino también de órganos armados —legales e ilegales— propios. Así, por ejemplo, hay unidades regionales de policía que, como la Policía Metropolitana, en Caracas, disparan contra manifestaciones de partidarios del gobierno; y grupos paramilitares que, como en el estado de Zulia, gozan de la impunidad del gobernador local.

Me quedo mirando la pantalla del televisor. Chávez obliga a transmitir “en cadena”, su respuesta a la participación de los media privados en los intentos de golpe de Estado del año 2002: cuando el Ministerio de Comunicación —en tanto que administrador de las licencias de emisión— lo ordena, los canales comerciales tienen que conectarse a la emisión de la televisión estatal, y así Chávez está simultáneamente en todos los programas durante quince o veinte minutos. Una presencia mediática inimaginable de otra manera. El presidente habla esta noche y lo volverá a hacer a la mañana siguiente. Creo que ésta es la razón de por qué tantos corresponsales de prensa extranjeros lo tienen por loco: sus discursos de varias horas, su manera de expresarlo todo en las palabras más sencillas. Pero el estilo de Chávez tiene mucho que ver con el panorama político de Venezuela. Los partidos no tienen una gran fuerza en los barrios o en los movimientos sociales. Son organizaciones fantasma, entre las que el PPT parece la más real. Es como si Chávez tuviera que llenar él solo el vacío que dejó el derrumbamiento de los partidos políticos.

Cuando estuve por primera vez en Venezuela, en 1985, mi acompañante de viaje ya planteó la pregunta: «AD, COPEI; no veo dónde está la diferencia». El comentario me pareció algo engreído. Después de todo, en Alemania tampoco queda muy claro donde está la diferencia entre socialdemócratas y demócratacristianos. O dicho de otra manera: los parlamentos no son los sitios donde realmente se articula la política. Pero en Venezuela el asunto es todavía más extremo.

Años cincuenta: la resistencia contra el régimen de Marcos Pérez Jiménez es encabezada sobre todo por la socialdemócrata Acción Democrática (AD) y el Partido Comunista. Después de la caída de la dictadura, AD y el demócrata-cristiano COPEI firman el acuerdo de «Punto fijo», que busca aislar a los comunistas y reglamentar el acceso a las arcas públicas durante las décadas siguientes. Las organizaciones guerrilleras que surgen como respuesta a este pacto son derrotadas y, en parte, absorbidas por el sistema. La riqueza petrolera, los regalos electorales y las subvenciones a los alimentos sirven para salvaguardar la paz social en el país. Son los tiempos felices del populismo. Hasta que AD y COPEI caen en una crisis profunda a finales de los ochenta. La caída de los ingresos petroleros, las medidas neoliberales de austeridad y la represión brutal del “Caracazo”, la revuelta espontánea de las masas, en febrero de 1989, llevan a una clara crisis de legitimidad del sistema.

En Caracas y entre los trabajadores del metal de Ciudad Guayana un nuevo movimiento consigue el apoyo popular: Causa R, la causa radical. Poco después gana la Alcaldía de Caracas y el gobierno del estado de Bolívar, limítrofe con Brasil. Cuando Chávez prepara su rebelión contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez, en 1992, trata de llegar a un acuerdo con Causa R. Pero la izquierda política no quiere cooperar con los militares insurgentes. Los oficiales quedan aislados, la insurrección popular planificada se queda en un intento de golpe de Estado y

Chávez es encarcelado. En Causa R, partido nacido del movimiento sindical y esperanza de una nueva forma de hacer política, se agudizan las contradicciones, el partido se divide. La izquierda funda el PPT. Chávez, al salir de la cárcel en 1995, empieza a aglutinar un movimiento político que acabará por denominarse Movimiento Quinta República (MVR) e intenta crear una alianza de oposición; pero el jefe del PPT, Pablo Medina, se muestra reacio. Tres años después, la coalición dirigida por Chávez gana las elecciones. Se conforma un gobierno de unidad, esta vez incluyendo al PPT. Hasta 2001, la alianza es relativamente estable. Aquel mismo año, Pablo Medina quiere presentarse a la elecciones de la central sindical CTV como candidato de la izquierda. Los partidos gubernamentales, sin embargo, designan a Aristóbulo Istúriz, el otrora alcalde de Caracas y actual ministro de Educación, también militante del PPT. Medina no soporta el rechazo, se sale del partido y se encuentra poco después en las filas de la oposición. En una oposición que realiza un sangriento intento de golpe de Estado en abril de 2002.

¿Cómo se va a entender un panorama político así?

Teatro Municipal

Cruzo la plaza Caracas, uno de los muchos complejos modernos de la ciudad: un edificio gubernamental construido en los años sesenta y una inmensa plaza en la que actualmente se apiñan los puestos de venta ambulante.

Normalmente, la modernidad latinoamericana se interpreta como una manifestación de las esperanzas de progreso abrigadas entre 1940 y 1975 y, por lo tanto, como un fenómeno político-cultural. Pero probablemente resulta más clarificadora una explicación económica: como mecanismo de financiación de las elites. A través de los grandes proyectos de construcción públicos, éstas pudieron canalizar los recursos estatales hacia sus cuentas privadas. Se

dice que sólo Carlos Andrés Pérez, presidente de 1974 a 1979 y de 1988 a 1993, se apropió por esta vía de varios miles de millones de dólares. El gentío que hoy día atesta la plaza Caracas es una consecuencia lógica de esta variante de modernización. Buhoneros por todas partes. El centro urbano se ha convertido en un sitio donde la gente trata de organizar su supervivencia, en arena de la lucha diaria en el capitalismo periférico.

Una cuadra más abajo de la plaza se encuentra el Teatro Municipal, una construcción del siglo XIX atrapada entre sobrios edificios de oficinas, puestos de venta ambulante y calles colapsadas. El teatro allí es como un enclave: suelo de madera oscuro, asientos tapizados, mobiliario gastado, pero sin perder su aspecto solemne. Esta noche, Cipriano, un fotógrafo brasileño, compañero de proyecto, muestra sus trabajos: imágenes de las favelas. Instantáneas artísticas, es decir, estetizantes que a mí sólo me provocan aversión. Una perspectiva de las laderas desde el helicóptero: un mar sin fin de chabolas. La mirada humanizante: caras, niños, fiestas. Sin venir a cuento, el fotógrafo comenta que la alegría y el sufrimiento son particularmente intensos entre los pobres. El ojo erótico: mujeres mostradas por la espalda, semidesnudas detrás de un muro, con una sonrisa misteriosa. Y para acabar: la vida del barrio popular. Callejones y pasajes intrincados.

Vuelven a encender la luz. Un regusto insípido: la estetización deja un desierto de estereotipos. Cipriano dice que no quiere aportar elementos críticos. Ni abstracción ni teorización ni reflexión. Simplemente quiere sacar fotos, fotografías bonitas. También podría decir: transmitir formas, reproducir clichés y crear superficies de proyección. Me acuerdo de una observación de la compañera austriaca: no se puede fotografiar sin determinar ni hacer visibles los contextos.

En *Bowling for Columbine*, el director Michael Moore calleja por el barrio de South Central, en Los Ángeles.

Orondo y sonriente se para en el semáforo del cruce supuestamente más peligroso de los EEUU, y no pasa nada. Sólo se ve el tráfico usual. Su acompañante, otro blanco de clase media, llama la atención de Moore sobre un peligro que es mucho más real que la violencia del gueto que se asocia normalmente con el nombre de South Central: no se pueden ver las letras “Hollywood”, aunque el cerro donde están colocadas no está muy lejos. La neblina de la contaminación es demasiado espesa, dice el acompañante de Moore. Cuando la policía y los equipos de televisión aparecen para cazar a un afroamericano armado supuestamente detectado en la zona, Moore se acerca a uno de los agentes y le pregunta, si no se podría hacer algo contra la contaminación como, por ejemplo, detener a alguien. Al fin y al cabo, se trataría de una amenaza para la salud de todos. El policía no contesta. Está tan metido en su mundo de imágenes que ni comprende la pregunta. Política del imaginario. Política con lo imaginado.

Cuando vi la escena en el cine, me sentí avergonzado. Me acordé de *Menace II Society*, una película de los Hughes Brothers que había visto unos siete años antes. En la película también aparece South Central. Imágenes que parecían representar “lo auténtico”, que dejaban espacio para la ira, que la escenificaban, y que me había gustado mucho. Cuando me encontré con esas mismas calles en el documental de Michael Moore, me di cuenta de que ese gueto no existe. Se construye a través de las miradas, es como una colección de estereotipos. Resulta del deseo de imaginarse lo “otro”. El ensayista y DJ Günther Jakob ya lo advirtió a principios de los noventa: también las miradas de los consumidores blancos de rap construyen el gueto afroamericano. Pero yo entonces no quise saberlo. Preferí ver una película que reconstruyera lo desconocido-extraño y que me emocionara.

Después de la intervención de Cipriano, me siento deprimido. Difícilmente se le puede reprochar a alguien que vea las cosas de la misma manera que uno mismo las

ve muchas veces. Y, aun así, no hay ninguna razón para ponerse a mirar esto: un reportaje de moda desde el gueto, un rebobinado rápido de retrospectivas.

Los Panteras Negras

Si las transformaciones en Venezuela no se pueden explicar por el papel de los partidos políticos o de algunos líderes, con qué entonces, pregunto a un amigo.

«Tienes que irte bien a la base. Aquí se derrumbó todo un mundo político, también las organizaciones revolucionarias. Lo que quedó es el poder local, el comunismo de barrio...»

Domingo, día de carreras. En la plaza de la bola criolla, detrás del bloque 18, unos hombres sentados en la sombra al lado de un kiosco toman cerveza. Polar Ice, casi congelada. La televisión y la radio están encendidas, unos metros más allá un negro con camisa de cuello clara y lentes, de pie junto a un escritorio: la banca. Tiene una lista, una calculadora, una pequeña radio. Vuelve a hacer mucho calor. Estamos sentado de cara a la rampa de la basura. Unos *cbulos* andan rebuscando entre los contenedores. De la cancha de delante del bloque 18 nos llega el griterío de los muchachos jugando a fútbol; los hombres de la mesa contigua están enfrascados en una partida de dominó. Gritos, discusiones, el tableteo de las piezas en la mesa. Cuadernos que pasan de mesa en mesa. Papel delgado, gris, impreso muy tupidamente, como una revista de crucigramas. Un hombre barrigón con una camiseta de Romario me explica las abreviaciones. En cada página hay una lista con nombres, los últimos resultados de las carreras, el jinete, la caballería y el pronóstico. Para la carrera de las 14 horas el hombre me aconseja Racing Star. Para la de las 15 horas Canaima sería el caballo de peor pronóstico. Juan, mi amigo de la organización comunitaria, va a buscar una ronda de cervezas. La cer-

veza aquí siempre viene para todos. Helmut y Sabine proponen no apostar por Racing Star, sino por Miracle. Un margen de ganancia demasiado pequeño. El hombre con la camiseta de Romario nos dice que Miracle hace tres carreras que no llega a la meta. Una pequeña anotación en el cuaderno por 3.500 bolívares. «El cuaderno de 1.500 bolívares es basura». Juan regresa con las cervezas. Tenemos que brindar a pesar de que las últimas botellas todavía no están vacías. Un grupo de hombres se pone a jugar a la bola criolla en la plaza. Al sonido de las fichas de dominó se suma ahora el de las bolas metálicas casi del tamaño de melones. Y de repente alguien da una señal. El hombre de la camisa de cuello, sentado en el escritorio, mira concentrado las anotaciones. El dueño del kiosco aumenta el volumen de la radio. Los hombres de la mesa de dominó se voltean hacia la barra. Toda la atención se concentra ahora en la radio portátil. Al principio apenas entiendo lo que dice el locutor. No es hasta que su voz empieza a subir de tono y a ganar en excitación que me doy cuenta de que está dando nombres de caballos. Los hombres de la mesa de dominó comienzan a repiquetear nerviosamente con el dedo índice y el dedo corazón. Un movimiento divertido, acompañado de un balanceo acompasado de la muñeca. El hombre barrigón con la camiseta de Romario se inclina sobre su cuaderno de apuestas y acompaña al locutor de la radio asintiendo con la cabeza. La tensión va en aumento. Gritos de aliento, los hombres arrugan el ceño, el locutor habla cada vez más rápido y alto. Los caballos parecen estar llegando a la recta final. Juan, al que no le interesan las apuestas —su vida está dedicada a la revolución—, comenta que la cerveza caliente da hipo. Sabine deja su cerveza medio llena a un lado y toma la botella llena y fría. «¡Margarita, Margaritaaaa!», suena desde la radio. Uno de los hombres de la mesa de dominó se sube en su silla, se inclina sobre el aparato y repiquetea todavía más rápido con sus dedos. «¡Margaritaa!», exclama el locutor. «¡Margaritaa!, Margari-

taa!», repite el hombre subido a la silla. «¡¡Margarita!!», suspira finalmente el locutor de radio. Los animales han llegado a la meta. El barrigón con la camiseta de Romario hace una mueca. Los hombres de la mesa de dominó reemprenden el juego como si nada hubiera pasado. El tipo en la silla aprieta el puño y se dirige sonriendo hacia el negro del escritorio para cobrar.

Juan nos presenta a un hombre con muletas. Helmut y Sabine le dan la mano. Yo aprovecho para ir a buscar otra ronda. Cuando regreso, Juan nos cuenta que el hombre de las muletas tiene una bala en la columna. Helmut, Sabine y yo ponemos cara de susto. El hombre con la camiseta de Romario, que hasta ahora sólo parecía interesarse por las carreras de caballos, menciona que 28 personas del 23 de Enero se fueron a Cuba hace unos años, «como brigada». El compañero de las muletas —entonces sin bala en la columna— también habría estado. «Queríamos mostrar nuestra solidaridad», dice. «Nuestra solidaridad simbólica». «En los periódicos», agrega Juan, «escribieron que habíamos recibido entrenamiento militar. En realidad, sembramos patatas». Se encoge de hombros. «Lo usual».

Nos quedamos callados por un instante, luego Sabine le pregunta a qué se dedica a la mujer sentada a su lado, la hija del entrenador deportivo, que hasta ahora no ha abierto la boca. «Soy bombera», responde cuando le traduzco la pregunta, «todavía en formación». Está embarazada y actualmente sólo puede trabajar en la central. «Pero después de la baja de maternidad empiezo de verdad».

Estoy sorprendido. Desde que llegué hace un mes, voy dos veces por semana al 23 de Enero, pero continuo teniendo dificultades para entender este barrio. Siempre que pienso que he entendido su estructura, me doy cuenta de que me equivoqué.

Por la mañana quisimos ir a la misa del padre Coro. Cuando llegamos al barrio, nos dicen que durante la noche hubo un tiroteo junto a la iglesia franciscana —la parroquia está pegada directamente a los bloques controlados por el narcotráfico— y que la gente que nos iba a acompañar a la misa todavía está durmiendo.

Voy a hacer unas llamadas; los otros esperan delante del local de la organización comunitaria. Un vecino me lleva a donde Pibe, el argentino. Éste me comenta que por culpa del tiroteo no pudieron irse a la cama antes de la cuatro y que no es buena idea subir hacia la iglesia. Regresamos al local comunitario, la misa se suspende, pero nos invitan a una actividad: “bailoterapia”; no tengo ni idea de lo que es eso. Un amigo conductor de *carrito* nos lleva —a unas diez personas— a un local recién renovado. Helmut se pone a jugar a basquet, un entrenador de boxeo nos enseña sus instalaciones de entrenamiento. Sabine se plantea inscribirse en alguna actividad deportiva. Después de hora y media de espera, finalmente empieza la actividad anunciada. Algo así como un número de aeróbic. Una mujer gorda con un vestido ceñido es la animadora; treinta mujeres imitan sus pasos. Sabine (Viena), Sabine (Rotterdam) y Liyat se unen al grupo. Con los pasos de salsa, sin embargo, tienen sus dificultades. Como todos los hombres, me apoyo en un pasamanos y las observo. Tengo la sensación de estar en Brooklyn o Puerto Rico. Impresionantes carros norteamericanos de los años setenta, salsa clásica, las vistas de unos bloques de viviendas sociales. El sol, entretanto, ha llegado a su posición vertical. Después de un par de canciones un travesti —«*queer*», me corrige Helmut— viene a hacer compañía a las mujeres. Cabello largo, la cara maquillada, la camisa anudada a la altura del ombligo afeitado, movimientos muy femeninos: otra de las animadoras. Pienso en si un travesti lo tendrá más fácil o más difícil que un homosexual. Éste habla con la gente a su alrededor. No se percibe mayor rechazo. Sólo Pibe observa que él no tiene

nada en contra, pero que, habiendo mujeres tan bonitas en Venezuela, no hacen falta maricones disfrazados de mujer. Pibe, el revolucionario.

Después del espectáculo de aeróbic, Sabine y Helmut me acompañan un rato a apostar a los caballos. Tomamos cerveza y perdemos las dos carreras recomendadas de las 14 horas. Finalmente, se van los dos austriacos. Juan me lleva consigo. Subimos a la parte alta del 23 de Enero, hacia el bloque donde tuvo lugar el tiroteo la noche anterior, el bloque de los Siete Machos, de los que ya murieron seis. Otro kiosco donde se puede apostar a los caballos. Un poco más escondido. Teóricamente, las apuestas son ilegales, pero cuando los policías se acercan por acá es sólo para cobrar su *matraca* o para apostar ellos mismos. Juan me presenta a Robert, un hombre de cara ancha y labio superior levantado en forma de arco, que deja al descubierto los incisivos. Robert estuvo cuatro años en la cárcel. «Por delincuencia común», dice Juan. Robert es el líder de este bloque. De aquí hay sólo unos pocos pasos hasta la parroquia franciscana y el Liceo Manuel Palacio Fajardo. Le pregunto a Robert cómo se mueve uno aquí. En esta parte de la ciudad, donde domina el narcotráfico y los agentes corruptos de la Policía Metropolitana son fuertes. «Con cuidado», responde. A veces hay que ganarse el respeto a la fuerza. Sólo algunos líderes comunitarios muy reconocidos en el barrio se pueden permitir moverse sin protección. «Los otros llevan armas, lamentablemente».

Nos interrumpen. Una chica de diecisiete años se lleva a Robert a un lado. Parece que le está pidiendo consejo. Él escucha atentamente y le responde de vez en cuando en voz baja. Por lo que se ve, los vecinos le consideran también una autoridad en asuntos de carácter personal. Le pregunto a Juan, que sigue a mi lado, si una política así no desarrolla una dinámica imparable. La política de las armas. «Claro, pero tampoco hay alternativa». Pienso: *Black Panther Party*. Quizás lo más comparable con esto sean los inicios del Partido de los Panteras Negras. El vín-

culo entre el trabajo centrado en el barrio, la socialidad de base y la defensa armada fueron los elementos característicos de la organización afroamericana de los años setenta.

La chica se va, Robert regresa. Le pregunto si conoce la razón de los enfrentamientos callejeros frente al liceo la semana pasada. Asiente con la cabeza: «En recuerdo, en recuerdo de un muerto». No entiendo el nombre. Los estudiantes de secundaria habían venido a pedirle permiso para levantar las barricadas.

Reflexiono sobre cómo se puede explicar esto a alguien en Europa, o aunque sólo sea en Altamira, sin despertar la cadena de asociaciones habituales: gueto-violencia.

Al lado de la ventana

Llegó M. de camino hacia Colombia. Fuera está lloviendo. Las gotas de lluvia entran por la ventana semiabierta. La hermana de Carol dijo ayer que Venezuela se está secando.

«Pero si ha llovido... en los últimos días».

«¿Llovido? Eso no ha sido nada».

Se necesitan dos años de lluvias normales para que el agua en la represa que abastece Caracas vuelva a alcanzar su nivel usual.

En el periódico se dice que la hidroeléctrica de Guri sólo está a 1,24 metros de su nivel crítico. Por debajo de 148 metros de altura ya no se puede garantizar el funcionamiento de las turbinas, y cada día el nivel baja entre veinte y treinta centímetros. Guri, la segunda hidroeléctrica más grande del mundo, produce el ochenta por ciento de la electricidad consumida en Venezuela.

Me siento aliviado cuando, por la tarde, el calor agobiante acaba con un aguacero. Una tormenta, un momento para tomar aliento. Sentado al lado de la ventana, con la frente apoyada contra la reja, escucho las gotas golpeando diez pisos más abajo el asfalto del aparcamiento. La lluvia

hace desaparecer primero los cerros de enfrente y luego los edificios vecinos detrás de un velo gris. En la casa contigua una familia ve la televisión sentada en el sofá. M. está en la puerta y estira la mano para tocar la lluvia.

“Okupas”

Caracas, Avenida Baralt. Mangos, CDs, plátanos, ropa interior. Pasando por entre los puestos de los buhoneros, escucho un vallenato colombiano, el aire apesta a gases de escape. En la puerta del Edificio Bolívar, una construcción de cinco pisos y quizás unos cincuenta años, nos topamos con una mujer casi sin dientes y de piel oscura. Le digo que estamos invitados a una reunión del Comité de Tierra Urbana local. La mujer, sin embargo, espera desconfiadamente hasta que venga alguien que nos conozca.

Se nos hace subir por unas escaleras estrechas y oscuras. Cobijas y plásticos separan las habitaciones entre sí, en vez de paredes, en la vivienda del cuarto piso. Sensación de incomodidad. Desde el balcón se puede ver el puente Llaguno que pasa por encima de la avenida Baralt. En el centro del mismo hay colocada una cruz y una bandera venezolana. En el puente Llaguno cayeron los tiros que legitimaron el intento de golpe de Estado contra el gobierno de Chávez en abril de 2002. Legitimaron o pretendieron legitimar.

Salgo al balcón y me pongo a contemplar el puente.

El Edificio Bolívar es una de las doce casas “okupas” de Caracas. Aunque el calificativo de “okupa” tal vez pueda crear asociaciones equivocadas. Lo de la avenida Baralt no tiene nada que ver con espacios liberados de la contracultura, sino con asegurar simplemente un techo donde cobijarse las familias pobres. En total, más de cien personas

viven en las dieciséis viviendas del edificio. Se dice que en otros edificios viven hasta dos veces más personas. Aura es una de las líderes de esta ocupación. Una mujer de unos cincuenta años, afrovenezolana, del oriente del país. Tengo problemas para entenderla, y no sólo por el ruido que penetra desde la avenida Baralt. Irrumpieron en el edificio hace dos años, cuenta, rompiendo un candado. Las habitaciones estaban llenas de basura, así que los ocupantes tuvieron que limpiarlo y arreglarlo todo.

Alguien de nosotros pregunta cómo se les ocurrió ocupar esta casa.

«Fue por necesidad... Pero también porque nos sentimos alentados. Eso nos lo enseñó Chávez. Dijo que esto es una revolución que nos dará dignidad, en la que todos tenemos derecho a la vivienda».

En la izquierda venezolana hay opiniones discordantes respecto hasta qué punto el gobierno va a llevar seriamente a la práctica las transformaciones sociales planteadas y respecto a si realmente se puede hablar de una revolución. Pero nadie puede cuestionar de verdad una cosa: que el jefe de Estado, con su cara marcada por su pertenencia a las clases populares y que no oculta su origen africano e indígena, representa la Venezuela invisible. «*A servant not knowing his place*» —un sirviente que no conoce su lugar— como lo formuló irónicamente William Blume en *Counterpunch*. Si el otrora profesor de un colegio militar aparece varias veces a la semana en la televisión para charlar, exponer y explicar, no lo hace sólo en tanto que presentador estrella y agitador, sino también en tanto que pedagogo popular.

Parafraseando a Maquiavelo, Gramsci denominó al partido una vez «el príncipe colectivo». Dándole la vuelta, se podría decir que Chávez es algo así como un “partido individual”. El señala las contradicciones sociales y contribuye así a que la ruptura social se haga políticamente visible. Lo cual no es poco. Los invisibilizados han recobrado el valor de hablar y actuar. «Nos lo enseñó Chávez».

En la habitación, mientras tanto, se han juntado más de veinte personas. Enfrente de mí se encuentra una mujer con su hija pequeña en el regazo. La niña parece desnutrida y se chupa los dedos. Por alguna razón me deprime observarla. «Yo vi la emisión en la que Chávez habló de eso. Dijo que había demasiados edificios estatales abandonados. Que debíamos fundar cooperativas o simplemente tomármolos. Y así lo hicimos. Ahora queremos ser legalizados».

También esto es singular: un presidente que llama a acciones ilegales contra la propiedad estatal; unos infractores de la ley exigiendo el reconocimiento legal.

«Hemos luchado tanto», un hombre vestido con una camiseta deportiva asume la palabra. «En abril de 2002, casi mataron a mis vecinos. Tuvimos que buscar un lugar seguro para los niños. Había gases lacrimógenos por todas partes. Luego vinieron los registros. Defendimos al gobierno. Tenemos derecho a esta casa».

El 11 de abril de 2002 en la avenida Baralt, directamente delante del Edificio Bolívar y a una cuadra y media del palacio presidencial, diecisiete personas son asesinadas por francotiradores ubicados en los techos de algunos edificios. Entre los muertos hay gente de la oposición, del gobierno y transeúntes. Por la noche, la Comandancia de las Fuerzas Militares aprovecha estas muertes para rebelarse contra el presidente, responsable —según los generales— de los hechos. Chávez es detenido mientras que los francotiradores arrestados por unidades policiales de la DISIP, durante la tarde, curiosamente son puestos en libertad al día siguiente y pueden desaparecer sin dejar rastro. El dirigente empresarial Pedro Carmona asume el poder; en todo el país comienzan las detenciones y los allanamientos, también en el Edificio Bolívar. Los ocupantes viven el fracaso de sus esperanzas, la represión sangrienta, días de resistencia y, cuando ya nadie lo creía posible, el retorno del presidente electo. Todo eso en sólo sesenta horas.

Miro a mi alrededor en el piso. Siendo honesto, no quisiera vivir aquí. Un suelo oscuro y desgastado, paredes

provisionales, el olor de los gases de escape. Para sus habitantes, no obstante, esta casa representa condiciones de vida privilegiadas: en el centro de la ciudad, a una cuadra de la zona gubernamental, a sólo dos de sus lugares de trabajo, los puestos de fruta, de ropa interior y de CDs.

«¿Qué pueden hacer por nosotros?», nos pregunta Aura, subiéndose los lentes.

Es evidente que no podemos hacer nada —a pesar de que entre nosotros hay tres arquitectos—, aparte de hacer un corto recorrido por la casa y una evaluación superficial de la estructura del edificio. No sé si los ocupantes se sentirán decepcionados.

Después de una hora finalmente aparece Andrés, nuestro amigo de La Vega y profesor universitario de Criminología. Los ocupantes del Edificio Bolívar le han pedido información sobre sus derechos, sobre la posibilidad de acogerse al decreto de regularización de tierras. «Disculpen el retraso. Ya saben cómo es Caracas». Andrés sonríe, los ocupantes saben cómo es Caracas y le devuelven la sonrisa. Luego se sienta.

Andrés es un fenómeno: cada día tiene dos o tres reuniones. La oficina técnica encargada de la reforma de la tierra urbana sólo dispone de dos empleados y no puede responder a todas las demandas. Por eso, Andrés les echa un cable siempre que puede.

«Derecho y justicia no son lo mismo», Andrés comienza como siempre: con una pequeña unidad didáctica. «Aquí hay un proceso, pero todavía vivimos en un Estado capitalista que protege la propiedad. Sin embargo, se puede aplicar la justicia también de otra manera. Un francés», Andrés cita a Proudhon sin mencionar el nombre, «dijo una vez que la propiedad siempre es un robo porque antes de que existiera la propiedad privada todo estaba en manos de todos. Lo más importante, por lo tanto, es que ustedes se organi-

cen». Andrés promete buscar abogados que defiendan gratuitamente a los ocupantes. «En caso de amenaza de desalojo tienen que ayudarse mutuamente. La oficina técnica y el gobierno no podrán hacer nada. Tendrán las manos atadas».

Alguien pregunta si existe algo como una red de emergencia de las ocupaciones. La mujer con la niña en su regazo contesta que el año pasado una casa fue desalojada por la Policía Metropolitana.

Siempre la Policía Metropolitana. Para los medios burgueses un baluarte de la resistencia democrática; para las organizaciones comunitarias, en cambio, nada más que sinónimo de corrupción y represión.

«Desde entonces estamos organizados».

Una semana después me enteraré de que las casas ocupadas tampoco están tan organizadas. Se tuvo que cancelar la reunión anunciada de los diferentes grupos debido a severas disputas internas. Hay demasiada gente que quiere asumir el liderazgo sobre los otros grupos de ocupantes.

«Pero tiene que haber alguna posibilidad de conseguir un título legal», dice una chica de quizás dieciocho años. Andrés propone discutir las condiciones de propiedad de los diferentes apartamentos y edificios. Los ocupantes de casas de propiedad privada son los que lo tienen más complicado. En cuanto a las casas de propiedad estatal o del Ejército, en cambio, el asunto sería más fácil. «Ahí encontraremos una solución. Hablaremos con algún militar». En el camino hacia la formalización, los contactos informales con el aparato estatal resultan fructíferos. Félix, arquitecto mexicano afincado en Rotterdam, explica la legislación holandesa para legalizar ocupaciones. Salen a relucir la aceptación política, los derechos fundamentales, la necesidad de un techo donde cobijarse.

Al final, Aura menciona un argumento que me deja absolutamente perplejo: «Vencimos a la delincuencia en la avenida Baralt. Nos poníamos en el balcón y gritábamos cuando alguien intentaba robar a la gente allá abajo. Nosotros hemos restablecido la ley en esta calle».

Ocupantes ilegales como defensores de la ley y el orden, que con su lucha contra la delincuencia no sólo se quieren proteger a sí mismos, sino también conseguir reconocimiento en tanto que ciudadanos de Caracas. En esta ciudad todo fluye realmente sin cesar.

Los Roques

Tres días de excursión, por fin M. y yo salimos de Caracas. Bajo los rotores del avión se extiende el archipiélago: centenares de pequeñas islas alargadas, rodeadas de arrecifes coralinos, aguas de color verde turquesa y playas de arena blanca. Los cayos de Los Roques forman una especie de rectángulo de veinte kilómetros de diámetro. Cuando descendemos, descubro detalles: una línea estrecha de manglares, cabañas, un barco. El avión toma tierra. Asfalto reblandecido y lleno de baches.

Al bajar del aparato, nos fijamos en la única elevación en un radio de 170 kilómetros: una roca pelada de dos cabezas, Gran Roque. La isla apenas si tiene vegetación. Cactus, algunas plantas rastreras de color verde claro resistentes al agua salada, zarzales. Las nubes que cubren el cielo son de un gris plomizo, el aire es pesado, húmedo y pegajoso como el jarabe. Nos ponemos en la fila delante de la casa de los guardias del parque, pagamos un tique y entramos en Disneylandia. Me alegro de que no haga sol. Todavía me sentiría más como un cliente de un paraíso vacacional. El asentamiento de 2.000 habitantes de Gran Roque consta en su mayor parte de restaurantes y pequeñas pensiones pintadas de variados colores, con las correspondientes decoraciones interiores: rústica/pescador/pirata/íntima. Sólo una hilera de casas —la más apartada de la playa— es diferente. Delante de un complejo de edificios amarillo de unos 200 o 300 metros de largo, una docena de mujeres negras están sentadas en el suelo con sus hijos al lado y juegan al bingo. M. y yo dejamos a los amigos para ir a echar un vistazo.

«Vivienda social», nos explica una de las habitantes. «La mayoría de la gente vendió sus cabañas a los hoteleros. Está prohibido construir casas nuevas porque Gran Roque es un parque natural. Entonces el estado puso estas viviendas sociales. La gente las puede habitar, pero no las puede vender».

Olvido, por un momento, que me encuentro en un paraíso vacacional de catálogo. Una zona extraterritorial en territorio extraterritorial. Qué raro.

Quiero quedarme en la isla de las viviendas sociales. Pero nos dicen que las mejores playas se encuentran en otro lugar. Arrecifes coralinos deshabitados y blancos. Nos trasladamos a Francisqui, la isla vecina: quince minutos de ida en una barca a motor. El sol se abre paso entre la capa de nubes gris plomizo, las arenas de las playas blancas me ciegan. Montamos nuestras tiendas de campaña bajo los tres únicos árboles de la isla. Hace un calor despiadado, apenas hay sombra y no hay agua potable. Lo único que se puede hacer es esperar a que el sol vuelva a ponerse. La vida en el paraíso vacacional a veces puede ser dura e inexorable.

Sólo en una de las cincuenta islas más grandes del archipiélago de Los Roques se encuentra agua dulce. No obstante, los indígenas ya poblaron la isla hace más de mil años. No me explico cómo lo hicieron. Recorrer 200 kilómetros en balsas, llegar a un archipiélago desconocido y encontrar justamente ese sitio único con agua potable. Elmar, un amigo de Berlín, dirá lapidariamente algunas semanas más tarde que «seguramente mucha gente habrá reventado» en la empresa. Elmar es profesor de marxismo.

Por la tarde, se nos muestran en toda su dimensión las relaciones de clase globales. Una familia pescadora nativa de Gran Roque se pierde entre un grupo de italianos, turistas alemanes sueltos pero de viaje-todo-incluido y algunos venezolanos superricos (pero no tan bellos) que vienen a pasar unas horas. Con neveras portátiles, grabadoras y sillas de playa, por las que hay que pagar un precio adicio-

nal, se dejan caer en la isla. Más o menos simultáneamente llega media docena de yates. Entre uno y cinco millones de dólares cuesta uno de los barcos con los que se llega a tierra firme cerca de Caracas en apenas cinco horas. Sólo en nuestra parte de la playa, que tendrá unos 200 metros de largo, habrán anclado bienes mobiliarios por valor de unos cuarenta millones de dólares. Los pasajeros de los yates se han traído consigo camareros; sirvientes que les preparan los cócteles y llevan las neveras portátiles. Los propietarios de los yates se sientan a la sombra y comienzan a tomar. Un sonido seductor, el repiqueteo de los cubitos de hielo tiene un efecto sedante. Me recuerda a *La Ciénaga*, esa increíble película de Lucrezia Martel: una familia de clase media dueña de tierras en el norte tropical de Argentina se desmorona y se entrega a su destino emborrachándose. Una clase que naufraga. Era difícil no ver la película como una metáfora. En la Argentina del año 2001 las capas medias cayeron en picado y, por lo menos según la película de Lucrezia Martel, no reaccionaron. Se lamentan de sus problemas y van añadiendo cubitos de hielo en sus vasos siempre llenos de vino tinto.

La comparación cojea un poco, puesto que los propietarios de los yates —a pesar del gobierno de Chávez al que se maldice permanentemente también en esta parte de la playa— están lejos de venirse abajo. Tienen aliados fuertes en el extranjero y además no son de clase media. Y, aun así, persiste ese ruido tan característico, un sonido que evoca pereza y decadencia.

Cuando volvemos a la isla principal, cuatro días después, me pasa una frase contundente de Slavoj Žižek por la cabeza: «Bienvenido al desierto de la realidad». En este caso, el desierto un poco más real es sin duda alguna preferible a la Disneylandia del club de vacaciones, aunque sólo sea por las sombras que dispensan los techos de las casas. De vuelta a Caracas, le diré a Andrés que no es la naturaleza la que hace de Los Roques un destino turístico tan apreciado por las elites —en Venezuela hay playas

más lindas, pueblos con riachuelos de agua dulce y con palmeras que dan sombra—. Les gusta porque allí pueden hacer vacaciones sin tropezarse con la plebe.

«No se ven pobres».

«Sí que se ven», me contradice Andrés, «pero son pobres pintorescos. Pescadores con caras curtidas por el viento y el sol. Representaciones de lo auténtico».

Me compro una botella de vino y echo cubitos de hielo en el vaso.

Huertos urbanos y mejora de las casas

Sigue lloviendo demasiado poco, pero el calor se hace cada día más agobiante. Si enciendes el aire acondicionado en la oficina, no oyes ni tu propia voz. Se ha de escoger entre bochorno y ruido. Algunos de los nuestros han enfermado, se nota en todos que el ritmo y la sensación de tiempo han cambiado. Los movimientos se han hecho palpablemente más lentos.

Voy con tres arquitectos del proyecto a La Vega. Quieren hablar con los habitantes sobre posibles aplicaciones de tecnología alternativa. De camino hacemos un alto en la estación de Parque Central. Hace unas semanas el gobierno comenzó aquí un proyecto piloto: huertos urbanos. Venezuela, que importa un sesenta por ciento de sus alimentos y donde la bonanza petrolera hizo avanzar el proceso de urbanización todavía más que en los países latinoamericanos vecinos —menos del diez por ciento de los venezolanos vive en el campo—, busca recuperar su soberanía alimentaria. Dado que el programa estatal de vuelta al campo sólo ha logrado que una pequeña minoría realmente retorne al agro, el gobierno promueve ahora la creación de pequeños huertos urbanos. Mediante créditos se anima a la población a formar cooperativas agrícolas y a cultivar terrenos abandonados en las periferias de las ciudades. Hay, además, agrónomos que dan cursos en los

que se enseña cómo cosechar cantidades considerables de hortalizas en terrazas y pequeños patios interiores. La oposición está que arde porque el proyecto se basa en modelos experimentales cubanos y senegaleses. ¡Tenían que ser modelos justamente cubanos y senegaleses! El cultivo de productos de subsistencia representa un regreso a la época preindustrial, escriben los medios burgueses. Y señalan, además, que instalando huertos al lado del Caracas Hilton, el gobierno lo que pretende es expulsar a los mendigos que dormían hasta entonces en ese lugar. Precisamente *El Nacional*, órgano de combate de la oposición, preocupándose por los mendigos. Como si la Alcaldía del Área Metropolitana gobernada por la oposición no hubiese tenido originalmente la intención de levantar en el mismo sitio un gran centro comercial.

Si uno sale de la estación del metro de Bellas Artes y dirige su mirada hacia el Parque Central, la primera impresión es impactante. Una vista que recuerda a las películas de ciencia ficción de los años setenta: un pasadizo cubierto lleva desde el metro hasta varios complejos de edificios de cuarenta pisos de bases inclinadas. Las ventanas de las viviendas y oficinas parecen minúsculas desde abajo, y la cierto es que los espacios interiores no tienen mucha luz, por lo menos en los pisos inferiores, si no recuerdo mal. La diferencia más grande con *Blade Runner* consiste en que en Caracas llueve mucho menos que en la ciudad de la película. Al lado de los rascacielos hay dos torres de cristal, de estética de los años ochenta, a cuyos pies pasa la avenida Bolívar, una calle de cuatro carriles que fue pensada como un gran paseo y que lleva por el oeste al Palacio de Justicia, otra construcción ostentosa que nunca se acabó.

La decadencia lo corroe todo. La gran avenida se ha convertido en una vía rápida de semáforos estropeados. En los terrenos baldíos acampan los sin techo; una construcción sin terminar se alza perdida en el polvo.

Busco a un estudiante de Biología que conocí hace unos días y que trabaja en el proyecto piloto de Parque

Central. Un trabajador me contesta malhumorado que no se encuentra «ninguno de los ingenieros». Sin saber muy bien qué hacer, nos quedamos en un rincón contemplando las obras. Hace dos días, Carlos, el estudiante, me había explicado el proyecto de los huertos urbanos. Pondrán una fuente en el centro, distribuyendo los cultivos en forma de anillos alrededor. Así se turnará un anillo de lechugas con otro de pimientos rojos, de manera que los cultivos conformen una imagen que se puede contemplar desde los rascacielos: círculos rojiverdes justo enfrente del Caracas Hilton. Una cooperativa de diecisiete miembros, entre ellos Carlos, se ocupará de los trabajos. Esperan cosechar cuarenta toneladas de hortalizas, no entiendo bien si al mes, al trimestre o al año. Y, ciertamente, algunas semanas más tarde, ya se venden verduras en una pequeña tienda de la cooperativa al lado del hotel de lujo. Para que nadie destruya los canteros, se valla el terreno.

Unos trabajadores colocan postes metálicos cerca de donde nos encontramos. Según la perspectiva de un observador curioso que da a los canteros una interpretación que probablemente éstos no tengan para la mayoría de los trabajadores aquí ocupados: un ejemplo de urbanismo ecológico moderno, un símbolo. Para los trabajadores, en cambio, simplemente uno de los cada vez más escasos puestos de trabajo. La crisis económica se agrava en el año 2003, después de que el paro petrolero convocado por la oposición deparase una pérdida de ingresos de entre cinco y siete mil millones de dólares a Venezuela. Los trabajadores nos apartan de malas maneras. Seguimos sin noticias de Carlos.

Dos de los arquitectos con los que vine se van de compras. Al igual que todo el centro, también el pasadizo que lleva al Parque Central ha caído en manos de los buhoneros. Guy, que se ha dado cuenta de que los DVDs son mucho más baratos aquí que en Canadá —copias piratas—, se pone a buscar películas. Liyat tiene suficiente con una libreta. Me quedo con Marijetica, la eslovena,

que empieza a hablarme de la guerra en la ex Yugoslavia, «la construcción del otro», para pasar luego a elogiar los huertos urbanos. Dice que en El Cairo hay un proyecto de cultivo en terrazas. A Marijetica le entusiasman las iniciativas locales autogestionadas, independientes del Estado. Su posición me parece bastante idiota. Después de que la agricultura latinoamericana fuera destrozada con promesas de bienestar, latifundios y agroindustria, ahora vienen las agencias internacionales de desarrollo a explicarles a los antiguos campesinos que no estaría mal un poco de cultivo de alimentos para el consumo individual en la ciudad.

Una venezolana se nos acerca. Hasta ese momento, me había mirado los huertos urbanos con escepticismo. No acababa de entender por qué en una ciudad con pocos espacios públicos se crean zonas de cultivo bastante costosas que luego se han de vallar para que la gente no las destruya. La mujer, que dice venir del estado oriental de Anzoátegui, nos formula preguntas sobre el proyecto. Quiere emprender una iniciativa parecida en su ciudad. Contestamos que nosotros también hemos venido a informarnos. Un hombre se une a nosotros. Viene de Petare, de un barrio en el este de Caracas. También nos toma por ingenieros. La importancia del color de la piel.

«Donde vivimos, tocando a la autopista hay un terreno abandonado. Allí queremos cultivar. Tenemos que ser productivos».

«No podemos esperar a que el Estado nos lo resuelva todo».

«Tenemos que hacernos cargo de las cosas nosotros mismos».

«Iniciativa propia», asiente la mujer, «iniciativa del pueblo».

«Para eso necesitamos dinero».

Del Estado, pienso.

«Los niños aprenden en los huertos a ocuparse de algo. Mis hijos riegan las plantas todas las mañanas».

Otros dos transeúntes se dirigen a nosotros. También quieren que les expliquemos lo que nosotros tampoco sabemos.

Un interfaz, un punto de intersección: pedagogía, urbanismo, arte en el espacio público. Se cuestiona el modelo de vida vigente y se aportan argumentos al debate sobre microproducción, autonomía frente a las transnacionales de la alimentación y soberanía agroalimentaria; todo basado en la autogestión y financiado por el Estado. Empiezo a comprender.

Las Filas, una de las partes más altas y deprimidas de La Vega. Subimos a pie, a unos veinte minutos de la carretera más cercana. Por el camino, polvoriento, pasamos cerca de un pinar; son los últimos árboles naturales del lugar. Más arriba hay mangos y aguacates plantados por la gente. Las casas se levantan encima de las rocas. Por el otro lado la pendiente es muy pronunciada. También aquí han plantado los habitantes. Algunos frutales y otros árboles simplemente para dar sombra o para frenar la erosión. Dentro de pocas semanas se sumarán dos hectáreas para el cultivo de alimentos en una pequeña meseta. El mismo proyecto que en Bellas Artes.

Miramos hacia abajo, en dirección a la ciudad. Al pie del peñasco se ven bolsas de basura. Resulta agotador llevar la basura hasta los contenedores cuando no hay ni una sola calle ni caminos trazados. Sopla un viento cálido y seco como el aire de un secador.

Nos paramos frente a la casa de una señora mayor. «Abuela», dicen nuestros acompañantes, Roberto y Tania, hermanos y cofundadores de los comités de tierra de la zona. Le preguntan a la vieja si pudo mantener su peso durante la semana pasada, que cómo está de salud, que cuándo quiere que la acompañen al médico.

«¿Al médico? No quiero ir al médico».

Pienso: “trabajo social”, “proyecto político”. Roberto, piel oscura y ojos claros, explica: «Hay un comedor para los más necesitados. En la parta baja de La Vega. La abuela come allí. Pero el camino es duro para ella. Ahí pierde todo el peso que antes ha recuperado. Necesitamos un comedor aquí arriba. Éste es nuestro objetivo».

«¿Un comedor? ¿Pagado por quién?»

«El gobierno proporciona los alimentos y las organizaciones comunitarias ponen la mano de obra».

«¿Y cuántas veces a la semana?»

«Cada día».

Andrés me dijo hace unos días que la nueva relación entre el Estado y las comunidades se caracteriza por la promoción de las iniciativas de base y de la autogestión, sin que eso suponga sustraerse a las obligaciones sociales generales. En los últimos años hubo una discusión bastante dura acerca de este tema en la izquierda venezolana. Cuando la figura emblemática de la izquierda radical, Carlos Lanz, entró como asesor en el Ministerio de Educación, se empezó a propagar la autogestión de las escuelas. Muchos partidarios de los partidos socialdemócratas de izquierdas en el gobierno tildaron esta posición de “neoliberal” y de desplazamiento de las responsabilidades estatales a la población. Ahí está el meollo de la cuestión: cómo encarar una crítica de izquierdas del Estado sin caer en posiciones desestatalizadoras neoliberales. O planteado de otra manera: ¿qué tienen de progresista los aparatos burocráticos de control que se crearon para la puesta en práctica de concepciones keynesianas de socialismo de Estado?

Tania nos hace entrar en la casa de la vieja. Detrás de la puerta hay un loro en un pequeño columpio. Suelo de arcilla, techo metálico oxidado, muebles de gomaespuma desgastados. La pobreza no tiene nada de pintoresco, es deprimente. Tania cuenta que la vieja vive desde hace treinta años en Caracas. «¿De dónde viene, abuela?» «De Sucre». Todos parecen venir de allí. «¿Y todavía tiene familia por allá?» «No. Todos están en Caracas».

En treinta años no logró levantar una casa de ladrillos. Sólo los más pobres no lo consiguen.

Dejamos que la abuela nos cuente algo sobre medicina popular. Sabe bastante de hierbas y pomadas, hace un bálsamo de marihuana, ron y aceite que es muy bueno como tonificante muscular. Pasado un cuarto de hora continuamos nuestro camino. Ante la casa situada en la parte más alta de Las Filas encontramos a los líderes de la comunidad. Trabajadores de la construcción. Aquellos que levantaron Caracas dos veces, como dijo el padre de Francisco —más lacónico que convencido— hace unas semanas: «El centro de día, los barrios de noche». Los arquitectos de nuestro proyecto presentan sus ideas: no vienen a aportar mayores recursos económicos, sino a intercambiar conocimientos, a dar a conocer tecnologías fácilmente aplicables: recogida de aguas de lluvia, sanitarios secos, fuentes de energía alternativa. Se podrían probar estas cosas en una casa para que la gente luego se construya lo que le parezca práctico.

Primera pregunta: ¿qué es lo que necesitan realmente los habitantes de Las Filas?

La luz no es un problema, contestan. La luz viene de la empresa municipal de electricidad. Si la gente tuviera que proveerse a sí misma también de esto, ¿de qué iba a servir entonces todavía el Estado?

«¿Y agua caliente?»

«¿Para qué vamos a necesitar agua caliente?»

La respuesta era imaginable.

Quedan el agua potable y el alcantarillado. «En las casas de las laderas los muros se están desplazando por causa de filtraciones en las conducciones de aguas negras».

«Sanitarios secos», sugiere alguien. «No hay que gastar agua potable y tampoco se necesita una conexión al alcantarillado».

Miramos hacia abajo. En la casa de un vecino el muro ya se ha movido un cuarto de metro. «Y bambú», agrega otro arquitecto. «El bambú ayuda a filtrar las aguas. Y se puede utilizar como material de construcción».

Me pregunto por el sentido de todo esto: sanitarios secos, cañas de bambú. Traer ideas de afuera para que aquellos que consumen menos recursos todavía ahorren más. Por otro lado, uno de los principios de la revolución bolivariana es seguir vías de desarrollo autóctonas. Se intenta recuperar la medicina tradicional, se promueve el cultivo cooperativo alternativo, se plantan huertos en el centro de la ciudad. ¿Por qué no probar con filtros de bambú y sanitarios secos?

A la vuelta, Roberto y Tania nos invitan a su casa. Casualmente, también pasa por allí Andrés. Andrés, la máquina organizadora. Discutimos sobre el decreto de regularización de tierra urbana. Andrés participó en la elaboración del proyecto de ley como representante de la organización comunitaria de La Vega. Nos explica aspectos que no hemos entendido todavía. Dos niñas entran en el cuarto que sirve al mismo tiempo de antecámara, cocina y sala. Vienen de su clase de música, las hijas de Tania. La mayor tiene once años, la pequeña nueve. No me lo puedo creer. La amiga no aparenta tener treinta y tres años. La hija mayor toca el violín, la otra la flauta travesera. Sacan sus instrumentos y tocan Telemann y Vivaldi para nosotros. «Opus 2 para orquesta de cuerda», dice una de las chicas. Tengo que sonreír. Una casa en una barriada. Cuatro habitaciones para diez personas. Delante de la casa un tubo de aguas negras roto. Dos niñas venezolanas nos dan lecciones de música clásica europea.

Una vez que el sol se ha puesto, nos sentamos en el bordillo de la acera frente a una tienda y tomamos una cerveza. Los venezolanos de clase media y alta, por lo general, no tienen ni idea de la vida en las barriadas. Las consideran *no go areas*, espacios inaccesibles donde a uno le acecha la muerte. La verdad es que resulta más fácil entrar que salir de los mismos. Cuando te dispones a marchar, siempre te invitan a otra cerveza.

El panorama del valle: luces centelleantes en los cerros. Casualmente nos encontramos con unos conoci-

dos: un viejo comunista que trabaja en el Ministerio de Energía y Minas, amigos de Tania y una mujer de los Círculos Bolivarianos. El primer miembro de este grupo tan temido por la gente adinerada que conozco personalmente. La mujer lleva una chapa del PT brasileño en su sombrero de paja. Parece agradable. Cuenta que trabajaba antes de maestra en Margarita. «Una isla de turistas», dice, «allí sólo se puede hacer vacaciones». Después del intento de golpe de Estado de abril de 2002, se dio cuenta de que se ha de asumir «responsabilidad en el proceso» y regresó a Caracas. «Soy promotora de la formación de cooperativas». Si éstas son las fuerzas de choque de Chávez, pienso, la ofensiva resultará de lo más cortés. La mujer brinda con nosotros. La cerveza está helada, como siempre, casi congelada. Finalmente, también Carlos —el estudiante que buscábamos al mediodía— acaba recalando allí por casualidad. Ha andado muy liado, se disculpa. La universidad, el proyecto. Con algo de retraso, acabamos recibiendo la información que queríamos sobre los huertos urbanos. Félix, de México, pregunta si realmente es necesario vallar las huertas. «Eso es destrucción del espacio público», dice, «una privatización camuflada. El sitio debería estar abierto por lo menos de día».

Carlos lo mira pensativamente. Todavía no ha reflexionado sobre el tema. «¿Por qué no vienen un día de estos y lo discutimos con el ingeniero? Habría que considerar un argumento como éste».

Baudrillard, el simulacro y el golpe de Estado

En *Simulacros y simulación*, Jean Baudrillard dice que el significado de las imágenes ha cambiado radicalmente en los últimos siglos. Primero, las imágenes habrían sido reflejos de una realidad profunda. Luego, habrían falsificado y deformado esta realidad. En una tercera fase, las imágenes habrían ocultado la ausencia de una realidad

profunda, mientras que actualmente ya no tendrían ningún vínculo con realidad alguna. La imagen se habría convertido en un simulacro puro y autónomo. Disneylandia. Estas reflexiones llevaron a Baudrillard a afirmar provocativamente durante la primera Guerra del Golfo que esa guerra no era real, sino sólo una escenificación televisiva, un puro simulacro.

¿Qué hay de cierto y qué de incierto en todo esto? Las imágenes no se pueden liberar completamente de la realidad. Son imprescindibles para la construcción de consenso social y para la aceptación de las relaciones de dominio existentes. La producción mediática de conciencia social, es decir de ideología, sólo funciona mientras los espectadores creen que las imágenes que les son presentadas realmente reflejan una realidad. Si esta convicción empieza a tambalearse, los espectadores se distancian y el consenso de la dominación se rompe. En consecuencia, el dilema de un mundo de imágenes independizadas de la realidad —que al mismo tiempo no puede perder del todo el contacto con la realidad— tiene que ser resuelto cada día de nuevo. Por ejemplo, escenificando la realidad de tal manera que suministre las imágenes deseadas que, a su vez, alimentan la sensación de realidad.

Hay pocos acontecimientos que muestran esta relación entre imagen, simulacro y realidad más claramente que el intento de golpe de Estado en Venezuela en abril de 2002.

Finales del año 2001, principios del 2002: el gobierno de Chávez anuncia la democratización de los ingresos petroleros e interviene en Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA), “el Estado dentro del Estado”. La Administración estadounidense se muestra preocupada por lo que llama la evolución autoritaria del país sudamericano. Los medios de comunicación venezolanos lanzan una campaña contra el presidente. En febrero, Chávez destituye al director de la empresa petrolera —designado unos meses antes por él mismo—, el general Guaicaipuro Lameda, por

causa de graves discrepancias. La organización empresarial FEDECAMARAS y la dirección sindical de la Central de Trabajadores Venezolanos (CTV), que ya se habían movilizado contra la reforma agraria, convocan un paro general. Los canales de televisión privados y los grandes periódicos hacen publicidad del paro las veinticuatro horas del día. El general de brigada Néstor González, un halcón de derechas que había comandado las unidades de contra-guerrilla en la frontera con Colombia durante mucho tiempo, hace un llamamiento a la desobediencia al resto de oficiales. A pesar de este acto de rebeldía abierta queda en libertad.

Mañana del once de abril: llovizna. Los canales privados de televisión muestran calles vacías y gente camino de la manifestación de la oposición. Caras furiosas y, a veces, llenas de odio. Los entrevistados explican que quieren liberarse «del dictador Chávez». En el Canal 8, en cambio, se ve el metro circulando con normalidad, sindicalistas distanciándose de la cúpula de la CTV y transeúntes explicando que «todo eso es sólo una farsa mediática». Las imágenes expresan más bien desesperación que combatividad.

Una hora más tarde: cientos de miles de personas se han reunido delante de la central de PDVSA. La Asociación de Periodistas Venezolanos reivindica «la información periodística partidista» porque sólo los medios de comunicación están en condiciones de encabezar la lucha contra el gobierno. Un comandante de la Guardia Nacional afirma que Chávez ha ordenado el uso de la violencia contra la oposición. Los canales privados transmiten en vivo la concentración: se escuchan manifestantes lanzando consignas contra el presidente. Al mediodía, el máximo dirigente de la organización patronal, Pedro Carmona, anuncia que la manifestación va a marchar sobre el palacio presidencial.

Mientras tanto en el Canal 8: unos diez mil partidarios del gobierno concentrados ante el Palacio Miraflores. El alcalde de la ciudad de Caracas, Freddy Bernal, califica de

«irresponsable» la convocatoria de Carmona. El dirigente empresarial puede provocar una confrontación violenta entre partidarios del gobierno y de la oposición. Políticos de la izquierda llaman a acudir al palacio; de fondo se oyen los gritos de los manifestantes: «no pasaran» —homenaje a la guerra civil española y a la Nicaragua sandinista—. Poco después, la marcha de la oposición llega al centro. La Guardia Nacional —todavía fiel al gobierno— la mantiene a distancia. Los manifestantes tiran piedras, la guardia granadas de gas lacrimógeno. Los canales privados no muestran a los manifestantes tirando piedras, sólo las granadas de gas.

Hay otros enfrentamientos ocultados a los espectadores por “los medios democráticos”: en la avenida Baralt, una cuadra y media al este del palacio presidencial, algunos chavistas se han apostado sobre el Puente Llaguno, mientras que la Policía Metropolitana mandada por el alcalde perteneciente a la oposición, Alfredo Peña, se acerca desde el sur. Los partidarios del gobierno levantan barricadas, los policías disparan con pistolas, protegidos tras sus tanquetas blindadas. El examen de las grabaciones de vídeo demostraría luego que varios de los agentes llevan guantes para evitar las trazas de pólvora. La Policía Metropolitana tiene prohibido el uso de armas de fuego contra manifestaciones.

Primeras horas de la tarde. La marcha opositora ha llegado a la avenida Baralt, sus participantes se paran para observar las escaramuzas entre la Policía Metropolitana y los chavistas. De repente, alguna gente cae muerta. En total se contarán diecisiete muertos en los alrededores del palacio esa tarde. Son los acontecimientos que legitiman el golpe de Estado. Que le sirven a la Comandancia de las Fuerzas Armadas para anunciar su desobediencia al gobierno. Las televisiones privadas repiten siempre las mismas imágenes: manifestantes de la oposición desangrándose, muriéndose, y al mismo tiempo: partidarios del gobierno, entre ellos el concejal del MVR Richard

Peñalver, disparando con pistolas en el Puente Llaguno. El mensaje es claro. «Una masacre chavista contra una manifestación pacífica». Todavía un año después, muchos opositores andan portando camisetas en las que se puede leer: «Yo sobreviví el once de abril». Lo que sí registran las cámaras de la televisión privada, pero nunca van a transmitir, es lo siguiente: caen muertos manifestantes de ambos lados. De los diecisiete muertos cada parte pone más o menos la mitad. La mayoría de ellos mueren por tiros en la cabeza, disparados desde arriba. Los tiradores del Puente Llaguno mostrados en la televisión se encuentran a unos 300 metros de los manifestantes opositores. A esa distancia difícilmente se puede matar con armas cortas y mucho menos apuntar con precisión. Además, los disparos de los partidarios del gobierno se dirigen contra la Policía Metropolitana que, a su vez, avanza utilizando armas de fuego. Hay también francotiradores en los techos de dos hoteles. Estos hombres, los presuntos responsables de las diecisiete muertes, son detenidos por la policía secreta DISIP durante la tarde, pero puestos en libertad pocas horas después bajo el gobierno golpista de Pedro Carmona.

Se escenifica de tal manera la realidad para que proporcione las imágenes que se necesitan para legitimar determinadas actuaciones, para que un simulacro pueda desarrollar su capacidad de generar realidad. Se proporcionan los muertos necesarios para movilizar a la población contra el «régimen asesino».

La guerra mediática entra en su próxima etapa. Son las 15:15 horas: Chávez obliga a los canales privados a emitir una declaración del gobierno. Los medios privados tapan las imágenes del presidente en el canal estatal y vuelven a emitir imágenes de opositores heridos de bala para acompañar su voz. Por otro lado, el uso de un transmisor de interferencias permite interrumpir la señal durante varios minutos. 16:45: el presidente ordena desconectar las frecuencias de los canales privados por violación de la ley de

telecomunicaciones. Los canales privados parecen estar preparados para una eventualidad así: regresan al éter con emisoras piratas. A las 18 horas, la mayor parte del personal de la televisión estatal Canal 8 abandona el trabajo en vista de las graves amenazas de la oposición. Sus emisiones, sometidas a interferencias continuas, serán interrumpidas definitivamente hacia las 21 horas.

Llega la hora de la Comandancia de las Fuerzas Armadas. Carlos Alfonso Martínez, inspector general de la Guardia Nacional, el ya mencionado general de brigada Néstor González y otros oficiales preparan el terreno en una entrevista de televisión. Llamen a actuar a sus colegas. Finalmente, el comandante Efraín Vázquez Velasco anuncia su desobediencia al gobierno «por el asesinato de inocentes». Y agrega: «Esto no es un golpe de Estado». Tratan de evitar la impresión, a cualquier precio, de una toma ilegal del poder. Otro simulacro con poder de realidad: el orden democrático. El corresponsal de CNN, Otto Neustaldt, comentará unos meses después que había grabado una prueba de la misma declaración de los oficiales ya en la mañana del 11 de abril. Una declaración en la que se hablaba de muertos, cuando todavía no los había. Poco después de esta revelación, Neustaldt lo desmiente todo, explica que ha sido mal interpretado y abandona CNN.

Irrumpe la noche. Los oficiales fieles a Chávez mandan tanques a la ciudad. No se producen enfrentamientos armados. De momento, la lucha por el poder tiene lugar casi exclusivamente en los media. El objetivo de los golpistas consiste ahora en convencer al conjunto de las Fuerzas Armadas de que no se trata de un golpe de Estado, sino de un caso de desobediencia legítima. La infracción de la ley se escenifica como defensa de la ley.

A través de un equipo móvil de Canal 8, el diputado de izquierda Juan Barreto trata de explicar a la opinión pública lo que —según él— pasó en los alrededores del palacio presidencial. «Fuimos *nosotros* los masacrados, no ellos». No logra seguir dando su versión de los acontecimientos.

Unidades insurrectas de la Guardia Nacional desconectan el canal estatal; los golpistas difunden el mensaje de que Chávez ha renunciado. La guerra de la información parece decidida.

22 horas: en el palacio presidencial sólo queda un equipo de filmación irlandés (Kim Bartley y Donnauha O'Brien, autores después del documental *La revolución no será televisada*). El gobierno ya no tiene acceso a los medios de comunicación. La Comandancia de las Fuerzas Militares exige la renuncia de Chávez, pero el presidente sigue resistiéndose.

12 de abril, alrededor de las 0 horas: los generales insurrectos dan un ultimátum. Si Chávez no se rinde, bombardearán el palacio presidencial; una clara referencia a Chile 1973. A las 3:30 de la mañana, Chávez finalmente se entrega, pero sin renunciar. Se rebela contra el simulacro: «Esto sí es un golpe de Estado». Los golpistas llevan al presidente arrestado a la base militar de Fuerte Tiuna.

4:50: el empresario Pedro Carmona informa de la detención de Chávez. 6 de la mañana: en la tertulia de madrugada del canal Venevisión, los periodistas presentes se celebran a sí mismos como vencedores de la dictadura y dan detalles interesantes. Uno de los moderadores cuenta que el primer pronunciamiento público de un alto oficial, la declaración de Néstor González, fue grabada en su casa privada.

Raya el nuevo día. En las urbanizaciones de clase alta de Altamira la gente está de fiesta. Ari Fleischer, portavoz de la Administración estadounidense, saluda el cambio de gobierno. En el palacio presidencial, el dirigente de la patronal Carmona se autoproclama nuevo presidente. Todos los cargos públicos en manos de la izquierda — desde el de fiscal general, pasando por los jueces de la Corte Suprema y los diputados, hasta los diversos gobernadores— se declaran nulos. Se abole la nueva Constitución —votada en un plebiscito popular— y se abandona el nombre de “República Bolivariana de Venezuela” para regresar al antiguo de “República de Venezuela”.

Mañana del 12 de abril. Comienzan los registros y detenciones; la embajada cubana es cercada, se le corta la luz y el agua, el personal es amenazado y sus carros destruidos. Se ve a gente de las zonas residenciales saltando sobre los vehículos de los cubanos y arrancando sus puertas. El rostro grotesco de la revancha: «Ustedes no saldrán vivos de aquí». Los hechos acontecen en el municipio de Chacao, gobernado por Leopoldo López, dirigente del partido Primero Justicia que, a su vez, es apoyado económicamente por la fundación demócratacristiana alemana Konrad Adenauer Stiftung. López se niega a hacer intervenir a la policía municipal, responsable del distrito y declara: «Se trata de una concentración pacífica contra un régimen autoritario». Los cubanos son uno de los objetos de odio preferidos por la oposición. La familia más rica de Venezuela, los Cisneros, en cuya propiedad se encuentra el canal privado Venevisión y el consorcio de empresas más grande del país, son cubanos exiliados. Además, las buenas relaciones entre el gobierno de Chávez y Cuba siempre han enfurecido especialmente a la derecha venezolana.

Pero entonces, el desarrollo de los acontecimientos se escapa del control de los golpistas. Se produce una rebelión masiva contra los medios de comunicación. Una mayoría de la población se sustrae a la maquinaria de dominación. Los medios alternativos han tenido que cerrar por orden del nuevo gobierno, pero las formas de comunicación directa reemplazan a la política de la representación. A través del teléfono, de internet y de los “motorizados” —grupos organizados de chavistas en moto que llevan informaciones de una parte a otra de la ciudad—, se difunde la noticia de que las cosas no son como las emisoras privadas intentan hacer creer. En las cuarenta horas siguientes, se juntará gente en todos los sitios donde se supone que puede estar el presidente secuestrado, sobre todo en las entradas de los cuarteles. Un exiliado chileno afirmará después que la actitud de estos manifestantes habría sido el elemento decisivo para

derrotar el golpe de Estado. La población venezolana, a diferencia de la chilena, se habría dado cuenta de la situación interna en el Ejército, habría comprendido su carácter de institución escindida. Las concentraciones de los pobladores de las barriadas —muchos de ellos amas de casas— delante de los cuarteles habrían profundizado esta división. Los soldados resultan más fáciles de movilizar contra milicianos armados que contra una masa entre la que puede haber también familiares.

Mediodía del 12 de abril: los periodistas de los medios privados reciben órdenes de sus jefes de no entrevistar más a personas que puedan ser partidarias del gobierno anterior. El reportero de televisión Andrés Izarra encuentra esto incompatible con la ética periodística y presenta su dimisión. Por la tarde, se hace visible una primera contradicción abierta. El fiscal general destituido quiere hacer una declaración pública sobre lo sucedido. Los medios de comunicación privados esperan la legitimación tan deseada. “Esto no fue un golpe de Estado”. Pero el fiscal engaña a los periodistas. «No hay ningún documento firmado de renuncia. Es decir, que Hugo Chávez Frías sigue siendo el presidente legítimo y constitucional». Las protestas en la calle van en aumento. Mientras que el gobierno Carmona toma posesión de sus cargos, la Policía Metropolitana y la Guardia Nacional disparan contra los manifestantes. Durante las cuarenta y ocho horas del gobierno golpista, hay por lo menos cuarenta muertos.

Noche del 12 al 13 de abril de 2002: sólo la prensa extranjera informa de las protestas. Los canales privados venezolanos hablan con una sola voz. Es como lo que decía Bourdieu acerca de la televisión privada: «No tengamos miedo de decirlo [...] Se da una censura que es tan eficaz como aquella ejercida por una burocracia central, como la de una intervención política formal; que es incluso más eficaz, porque es más disimulada». En este caso, sin embargo, la censura no es muy disimulada. Ya no se difunden noticias. En los barrios de Caracas se han levantado

barricadas, los pobladores exigen «el respeto a nuestros votos», mientras en la televisión se ven dibujos animados y telenovelas. Simulacro de una normalidad total.

13 de abril, el segundo día del golpe de Estado. Algunos sectores de la Comandancia Militar empiezan a echarse a atrás. La población insurgente y los oficiales fieles a Chávez se han reunido en los alrededores de los cuarteles: «alianza cívico-militar». A pesar de la represión, decenas de miles de personas se juntan también delante del palacio presidencial. Se plantea la pregunta de cómo organizar un nuevo derrocamiento para restituir el orden constitucional. La guardia de honor tiene la respuesta: anuncia que no puede garantizar por más tiempo la seguridad del gobierno de Carmona y que tiene que evacuar el palacio. Los golpistas salen de puntillas y de paisano por la puerta de atrás. Imágenes que producen una no disimulada alegría. Los guardias de honor ubicados en el techo del palacio alzan los puños cerrados bajo una bandera venezolana; ni los adversarios más empedernidos de los militares y del nacionalismo pueden contener las lágrimas.

Pero el problema es que el nuevo cambio de gobierno pasa inicialmente desapercibido. Además, se sigue sin noticias de Chávez. Ni siquiera se sabe si el presidente todavía está vivo. Pedro Carmona declara en CNN: «La situación es completamente normal». “Completamente normal”: una unidad de comandos recupera la televisión estatal Canal 8; los pobladores de las barriadas encolerizados se reúnen ante las estaciones privadas de televisión y amenazan con arrasar los edificios, si éstas no difunden una declaración con la versión de los manifestantes. El golpe de Estado mediático ha sido contrarrestado. De lo que se trata ahora es de convencer al conjunto del Ejército de que el golpe de Estado ha sido un golpe de Estado de verdad. Se quiere restablecer la legalidad, pero sin estar seguros del todo de cuál es el procedimiento jurídico a seguir. Finalmente, a las 22 horas, el presidente de la Asamblea Nacional, William Lara, toma juramento al vicepresidente Diosdado Cabello

como jefe de Estado provisional. Corren rumores de que una avioneta con matrícula estadounidense ha aterrizado en esos momentos en la isla donde Chávez se encuentra arrestado. Los golpistas lo han tenido que trasladar continuamente de un cuartel a otro porque Chávez ha encontrado partidarios en todas partes. Se dice que los golpistas lo quieren matar, lo que tendría consecuencias incalculables para un movimiento que —a pesar de todo— tiene rasgos evidentemente caudillistas. Todo está aún en el aire.

En la noche del 14 de abril, Chávez es liberado de la prisión militar y hacia las tres o las cuatro de la madrugada regresa a Caracas en un helicóptero. Es el fin de un golpe de Estado que demuestra que tras la Guerra Fría todo continúa igual —la democracia burguesa no es más que una miserable maquinaria de consenso y legitimación de las clases dominantes—, aunque hay algunas cosas que sí que han cambiado: los acontecimientos han sido escenificados de tal manera que proporcionaron las imágenes necesarias para poner en marcha nuevas actuaciones. Un golpe de Estado en cuyo centro estratégico se encontraba la imagen.

El gobierno de Washington manifiesta —con notable decepción— que espera que Chávez haya entendido la lección. Los golpistas no son castigados o se exilian en Colombia, EEUU o Costa Rica.

Hip hop

Chacao: el Ayuntamiento ha organizado un pequeño concierto de hip hop para los jóvenes del vecindario en la esquina de la 5.^a Avenida, donde siempre andan tirados los *skaters* y *punks*. O, mejor dicho, los jóvenes que se visten como *skaters* y *punks*. M. y yo nos paramos a mirar el concierto un rato. Un grupo de tres muchachos rapea vestidos con las ropas usuales. Delante de ellos, unos cien jóvenes, muchos de ellos con monopatines bajo el

brazo. Me acuerdo de la conversación con Coro, el franciscano, sobre la cultura “propia” y la “dominante”. Me siento incómodo.

«Plástico», dice M. Parece haber pensado lo mismo. Hay una canción de Rubén Blades que se llama así: *Gente de plástico*. Rubén Blades, además de Willie Colón y Héctor Lavoe, uno de los grandes narradores de la salsa, habla en la canción sobre gente en la que nada parece auténtico.

¿Pero, después de todo, qué quiere decir “auténtico”?

Le cuento a M. la conversación con Coro y le pregunto su opinión acerca de la cultura “propia” y la “dominante”. M. contesta que el criterio decisivo —o, mejor dicho, no dice “criterio”, no utiliza términos que suenen demasiado teóricos; simplemente dice «lo decisivo»— sería si uno realmente siente algo o simplemente lo copia porque lo ha visto en MTV. “Sentir algo”: también se podría traducir como “apropiación”. En muchas favelas brasileñas los jóvenes hicieron suyo el hip hop transformándolo. Mezclaron la cultura de la narración y del *battle* con samba y reggae, fusionaron breakdance con capoeira, fútbol con graffiti. Es verdad que “lo auténtico” no existe. La vida delante del televisor en Berlín-Steglitz es tan real y original como en un arrabal de Rio de Janeiro o de Nueva York. La sensación de estar ante algo “sin sustancia” se produce cuando los procesos culturales se dan sin creación propia. Cuando se convierten en mero folclore o industria cultural, en sencillas reproducciones. *Copias de plástico*. Si la gente en los países del Sur económico-político defiende que hay que proteger “lo propio” no es sólo por un torpe antiamericanismo. Más bien tiene que ver con el hecho de que los sometidos —sociedades, clases e individuo— tienden a identificarse con la cultura dominante. La única salida a su desamparo es la adaptación. Se asume la perspectiva de los opresores para no ser aplastado por la propia debilidad. Todo proceso emancipatorio —tanto individual como colectivo— tiene que romper esta relación de dependencia por identificación, todo movimiento antagónico tiene

que crear su cultura autónoma. Obviamente, también el hip hop puede ser “lo propio”. Si pasa por la gente, como diría M., si la gente se apropia de él, si lo cambia y lo transforma en su instrumento. Su instrumento crítico, porque no hay apropiación sin reflexión.

En este momento, no siento nada de eso. Jóvenes que ven a sus coetáneos de las barriadas como una turba peligrosa han invertido mucho dinero para parecerse a la gente de los suburbios norteamericanos; pero eso sí, bien arregladitos. Lo subalterno convertido en negocio por la industria cultural es imitado por miembros de las capas altas de un Estado subalterno, que esperan conseguir así autenticidad. Autenticidad y pertenencia a una cultura dominante.

¡Que proceso más absurdo e intrincado!

8 Femmes

Cine en Caracas. Con excepción de la Cinemateca Nacional, financiada por el Estado, que pasa ciclos buenísimos de cine internacional a precios tirados y que, por eso, casi siempre está vacía, Hollywood domina el panorama. Normalmente, aunque en estos días tiene lugar el Festival de Cine Francés.

Ocho mujeres, de François Ozon, está en cartelera en el cine del centro comercial más cercano. Una sala de primera categoría: no es un cine de sesión continua. Los cines de sesión continua —abundantes en el centro de Caracas— los asocio siempre con la pornografía, tienen algo de obsceno.

Entro en una sala refrigerada. Los venezolanos tienen una relación curiosa con sus sistemas de aire acondicionado. Los autobuses parecen siempre frigoríficos de cuatro ruedas, y al cine hay que ir con un buen plumón. Quince minutos antes de la presentación, la sala ya está casi llena. El público ha traído cubos de litro y medio de refrescos y vasos del tamaño de canastas para la ropa lle-

nos de palomitas. Tengo que pensar en una proyección de cine donde fui con una amiga. Fue en un pueblucho miserable de Franconia y fuimos a ver justamente la proyección de catorce horas de *El Señor de los Anillos*. Entre el crujir de las palomitas y las imitaciones de pedos apenas se entendían los diálogos; lo que, ciertamente, no es tan grave en el caso de *El Señor de los Anillos*.

No sé por qué los espectadores de cine que comen palomitas me exasperan. Puede que tenga que ver con una mentalidad específicamente alemana de autocontrol —la gente debe contenerse y dejar de embutirse algo permanentemente— o con el asco justificado a la reglamentación industrial del día a día. De todas maneras, me muero de ganas de que finalice la película.

Lo que también se podría explicar por el hecho de que la película es terriblemente lenta. 108 minutos sin tomas exteriores. No hacía falta tampoco que fuera tan antiindustrial.

«Sin la Constitución no habríamos conseguido nada»

Para Gramsci el papel de los intelectuales está claramente estructurado. O uno produce discursos de dominación o discursos de subversión. Tanto si un cura pronuncia su sermón, un escritor redacta novelas o un profesor explica a los niños su lugar en la sociedad; todo se inscribe en las relaciones de dominio existentes. Los intelectuales son meros productores de hegemonía.

En América Latina el asunto parece zanjado. Escritores como el peruano Mario Vargas Llosa, economistas y sociólogos como Hernando de Soto y el ex presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso no son más que la punta del iceberg. En las universidades de Bogotá, Lima o Caracas, hoy día, apenas si hay gente que busque algo más que la mejor solución técnica. Los movimientos sociales del continente que, en cierta manera, son más fuertes que treinta

años atrás, sin embargo, se han proletarizado. Qué absurdo: mientras que antes se reprochaba a la izquierda que reclutaba a su militancia mayoritariamente de las clases medias, actualmente se le acusa de constar casi exclusivamente de campesinos y pobladores de las barriadas.

Por lo que se refiere a la perceptibilidad mediática de la izquierda, esta nueva composición social puede haber tenido evidentes consecuencias negativas, pero no se puede decir lo mismo respecto a su práctica política. Tanto en Colombia como en Venezuela ha surgido en los últimos quince años una izquierda invisible en términos de representación política, pero con tanta más presencia como fuerza social.

Me dispongo a visitar una excepción. El apartamento de Roland Denis, filósofo, izquierdista radical, viceministro de Planificación hasta hace unas semanas. Paredes pintadas de color marrón, cubiertas con ilustraciones francesas, pilas de periódicos amarillentos, dos sofás viejos, algunos guijarros recogidos en la playa y un colchón. Nada indica que Roland proviene de una de las familias más ricas del país.

Cuando conocí a Roland, no me cayó bien. Parecía pertenecer a esos hombres que andan por los cuarenta pasados y que en las fiestas están pendientes sobre todo —por no decir, exclusivamente— de las mujeres jóvenes. Pero conforme lo voy entrevistando me cae cada vez mejor. Lo que tiene que ver con su manera de hablar. Es una de esas personas que describen procesos sociales como otra gente describe paisajes o cuadros hermosos: con satisfacción, pasión y lleno de entrega.

«Lo ocurrido aquí no se entiende con las categorías tradicionales. ¿Okay?»

Asiento con la cabeza.

«Este proceso rompió con todos los esquemas».

Vuelvo a asentir.

«Normalmente, el Estado es un instrumento de las clases pudientes para garantizar la acumulación de capital. En

Venezuela, en cambio, el Estado mismo se convirtió en el lugar de la acumulación capitalista. ¿Okay? Porque la renta petrolera es la única fuente de ingresos real de este país».

Los venezolanos dicen “okay” a menudo. O más bien “okei”. Forma parte del vocabulario regional, como en Argentina el “che” o en Bolivia el “pues”. La cercanía cultural de los EEUU: *beisbol*, enormes autos norteamericanos, restaurantes *fast-food*. Caracas destaca por la densidad más alta de sucursales de McDonald’s de América Latina.

«Okei. Todos los que se movían dentro del Estado se jodieron luego: sindicatos, partidos políticos, la izquierda reformista. Porque se habían convertido en meros componentes del mecanismo de acumulación».

La compañera de Roland entra en el cuarto: se ha metido el teléfono inalámbrico entre hombro y oreja y habla a gritos. Una pelea con alguien del Ministerio. Nos pone un plato con queso, tacha a su interlocutora de burócrata y vuelve a desaparecer. Pienso: linda pareja. Un poco como en las de las películas de la *nouvelle vague*. Pero hoy día todo lo que no es publicidad de perfumes parece *nouvelle vague*. Hasta la publicidad de perfumes.

«En los setenta comenzamos a discutir sobre nuevos caminos de transformación». Roland se mete un pedazo de pan en la boca y esta vez me adelanto a su pregunta.

«Okei».

«Nos despedimos de los conceptos de vanguardias armadas, y la única salida viable parecía ser la insurrección de masas. Ésta, no obstante, tuvo que ser asumida por aquellos sectores dentro del Estado que tenían la capacidad de cambiar la correlación de fuerzas». Me ofrece el plato de queso, pero lo rechazo. Estoy a dieta. En Venezuela se engorda rápidamente. «Estos sectores fueron los militares. Así que comenzamos a construir una alianza con actores dentro del Estado que querían destruir el Estado».

Destruir y reconstruir, pienso: Gramsci. Hace unos días, Roland me había dicho por teléfono que no se podía hacer nada con este Estado. Que los nuevos partidos no

funcionaban de manera diferente que los antiguos. Y que, por eso, no tenía sentido reemplazar alguna gente o exigir puestos ministeriales para las organizaciones de base, sino que había que crear una forma totalmente nueva de gobierno. De cogobierno. Para lo cual era necesario erigir un Estado completamente distinto. Hay que “destruirlo” y “reconstruirlo”, dijo. Y yo agucé el oído. Esos términos son como códigos de reconocimiento.

«Finalmente, con el *Caracazo* en 1989 y los dos levantamientos de militares progresistas en febrero y noviembre de 1992 ese proyecto se hizo realidad». Dice “levantamientos” y no “golpes de Estado”, a pesar de que Roland figura entre aquellos que fueron detenidos y torturados por los militares en 1989. «Las subjetividades entonces surgidas no tienen nada que ver con lo que normalmente se conoce como actores políticos tradicionales: no son partidos, organizaciones o sindicatos. Tienes que ir bien a la base, a las barriadas y los pueblos, para encontrar a los verdaderos actores. Es esto lo que nosotros llamamos *proceso popular constituyente*. No nos hemos concentrado en construir organizaciones, sino en la creación de un nuevo Estado y una constitución. *¿Okei?*»

Ahora sí que me quedo algo confundido. ¿Un movimiento revolucionario que busca, en primer lugar, una reforma constitucional?, ¿cuyo programa político se ha articulado en una asamblea constituyente?, ¿que ha apostado justamente por apoyarse en el elemento más burgués de la sociedad burguesa para hacerla caer?

Debajo de la ventana para un camión de basura que recoge las bolsas amontonadas en la acera. El ruido penetra en el cuarto. Roland se levanta, atraviesa la pieza y pesca un puro de una caja. El salario como ministro era de chiste: 550 dólares mensuales según el cambio oficial; en el mercado negro ni siquiera llegaría a los 400. Incluso el presidente recibe menos de 800 dólares. Pero parece que el sueldo sí alcanza para un poco de esnobismo guevarista. «Los conceptos tradicionales parten de minorías

organizadas de izquierda y de derecha que luchan por el poder. Esto aquí fue un proceso diferente. Un proceso de poder constituyente». Roland me ofrece un puro. «Habanos. ¿Quieres?» Hago un gesto negativo con la mano. Me mareo ya sólo con el olor. «¿Sabías que Negri escribió un libro sobre el poder constituyente? *Pana*, me puse tan alegre al encontrar ese texto. Le regalé un ejemplar a Chávez. No sé si lo leyó».

El camión de la basura arranca y sigue su rumbo. En la habitación de al lado, la compañera de Roland termina su conversación; o, por lo menos, deja de gritar. Negri, comienzo a comprender. Será por eso que Chávez cita regularmente a Negri. Al menos, parece haber hojeado el libro.

«Hay mucha gente que no entiende el conflicto revolucionario. No comprenden a los actores. Aquí no se trata de un conflicto entre un gobierno y la oposición. Aquí hay tres mundos paralelos: un proceso revolucionario sostenido por los movimientos populares; un gobierno que muchas veces no asume una posición clara; y finalmente la oposición derechista apoyada por la oligarquía y las capas medias ideológicamente hegemónicas por ésta».

“Hegemonizar”, “destruir y reconstruir”, “proceso popular constituyente”. A finales de los ochenta, hice algo así como unas prácticas en una organización colombiana denominada «A Luchar», que no era ni un partido ni un movimiento y en la que se habían unido grupos bien diferentes: cristianos, sindicalistas, maoístas, simpatizantes del ELN, pro-cubanos, trotskistas e incluso un par de feministas. Se discutía sobre el “poder popular” y se leía a Marx, Nietzsche, Bakunin, Lenin... y Gramsci. El pensador italiano es el único que me ha quedado en la memoria. En los años treinta, estando ya en la cárcel fascista, escribió sobre la composición de los Estados capitalistas desarrollados: que no podían ser derrocados con la toma del palacio presidencial como había ocurrido en 1917 en Rusia. El poder burgués desarrollado es mucho más que el simple control de la policía, de la

Administración y del Ejército; a saber, un sistema complejo de hegemonía, de consenso asegurado por la fuerza. Conforme a esto, una estrategia revolucionaria necesariamente tiene que tener un carácter fundamentalmente distinto a aquel que le dieron los bolcheviques en 1917.

Estas ideas le servirían luego al PC italiano de justificación para su socialdemocratización silenciosa de los años cincuenta: la creación de un gran diario, la conquista de gobiernos regionales a través de la participación electoral, la vinculación de artistas al partido, la gran fiesta anual de *L'Unità*. En Colombia, en cambio, pasó todo lo contrario. “Destruir y reconstruir” significaba allí contrahegemonía, procesos de apropiación directa, la reconstrucción de 500 años de opresión y resistencia cultural. Para los colombianos, Gramsci había hablado de la superación de las instituciones dominantes y de su sustitución por nuevas formas de poder más radicales: *soviets* en vez de consejos municipales, asambleas obreras en vez de aparatos sindicales, la cultura de la resistencia afroindígena en vez del *american way of life*. Destruir y reconstruir fueron los conceptos principales de una revolución que perseguía algo más que el relevo de las capas dirigentes. Gramsci era mezclado de una manera muy particular con ideas de la pedagogía y teología popular que describían el cambio de la “clase en sí” a la “clase por sí” como un proceso de construcción de subjetividad cultural, social y psíquica. Sólo si los oprimidos lograran dejar de ser masas, escribía Paolo Freire —es decir, si alcanzaran una conciencia como individuos y colectivos activos y se articularan autónomamente—, se abriría una perspectiva de emancipación. Y así se daba a conocer un trabajo cultural que, antes que nada, pretendía que los oprimidos se reconociesen a sí mismos como protagonistas de la historia.

Roland estuvo entonces en una organización llamada Desobediencia Popular. Había roto con su familia, había recibido su parte de herencia y había metido el dinero en una imprenta. Se cuenta que ésta apenas si funcionó unos

meses. En 1989, docenas de activistas fueron arrestados después del *Caracazo*, las máquinas de la imprenta fueron confiscadas y la policía sometió a interrogatorios a Roland y a otros compañeros. Se cuenta que los agentes les preguntaban por las actividades de Desobediencia. Trabajo de base, respondían. «¿Y dónde están esas bases?», insistían los policías. Éstos, por lo que parece, todavía no se podían imaginar que “destruir y reconstruir” no era, principalmente, un asunto de metralletas, artefactos explosivos y escondrijos clandestinos. Y esto a pesar de que Gramsci para entonces ya había sido descubierto por los estrategas de la derecha estadounidense. En el documento Santa Fe II, de influencia decisiva sobre la política de George Bush senior en América Latina, Gramsci es identificado como el ideólogo de una peligrosa infiltración comunista en la cultura y la vida cotidiana. Eran los años en los que los escuadrones de la muerte colombianos se pusieron a matar a mansalva a profesores y a otros supuestos multiplicadores sociales.

Resulta sorprendente cómo pueden moverse fragmentos de discursos por el tiempo y el espacio, para finalmente acabar por convertirse en praxis en nuevos contextos históricos. Desobediencia Popular y A Luchar eran organizaciones hermanas. Organizaron escuelas políticas y foros de debate conjuntos: *Nuestra América*. Hasta que la A Luchar se disolvió en 1992: los maoístas querían hacerse socialdemócratas, los trotskistas estaban decepcionados por no haberse impuesto, y los simpatizantes del ELN se sentían utilizados por los partidos marxista-leninistas. Además 800 activistas habían sido asesinados por los paramilitares del Estado colombiano. Mientras que A Luchar se dispersaba, Desobediencia Popular se dedicó al debate organizativo. No se llegó a la fundación de un partido. En Venezuela la desintegración tuvo un resultado más fructífero.

«No nos hemos dedicado a las estructuras organizativas, sino a los campos de hegemonía: en los medios alternativos, los movimientos campesinos, las redes pedagógicas. Éramos una izquierda difusa. Por eso, Chávez tiene tanta

importancia. Él consiguió juntar y entrelazar las formas organizativas directas. Sin embargo, no representa la vanguardia, sino el carácter masivo del movimiento. Y la Constitución se convirtió en el programa político de esos movimientos dispersos, en nuestro libro rojo. Articula los objetivos siguientes del proceso y es al mismo tiempo el símbolo politizador de este movimiento. ¿Sabes cuánta gente se ha leído la Constitución? Y ahí están ya muchas cosas: la potenciación del cooperativismo, la planificación participativa, la democracia directa, los derechos indígenas, el rechazo al neoliberalismo. Sin la Constitución no habríamos conseguido nada».

Roland chupa satisfecho de su puro. «Esto es un gran triunfo civilizador y cultural». Sacude la ceniza en el cenicero. «En Venezuela se ha demostrado que un proceso social puede ponerse en marcha sin vanguardias orgánicas». El alma *operaísta* salta de júbilo. La suya y la mía. «Puede ponerse en marcha quizás con mucho más éxito». Se recuesta. «Que las redes y los movimientos pueden reemplazar a las formas partidistas clásicas, por lo menos en ciertas fases de un proceso».

Pero buscar la destrucción del Estado no significa necesariamente mantenerse fuera de él. Roland participó en la elaboración de la nueva Constitución en 1999 y fue durante un año viceministro de Planificación en 2002. Por encima de él tuvo a Felipe Pérez, un profesor de economía que proviene de un liberalismo de izquierdas cristiano y plantea organizar la sociedad sobre la base de redes solidarias. Roland animó a las comunidades a desarrollar su propios proyectos de planificación. La rehabilitación de Los Winches se realizó en este contexto. Una nueva relación entre el poder local y la sociedad en su conjunto, un intento de reconciliar el anarquismo con el Estado, para dar respuesta al conflicto no resuelto entre el colectivo directo y el contexto más general.

No sé lo que me gusta más: que un ministro pueda desvelarse como enemigo del Estado o que un enemigo

del Estado pueda hacerse ministro; en cualquier caso, se trata de un experimento. De un triunfo histórico que todavía ha pasado desapercibido.

«¿Seguro que no quieres queso?», Roland vuelve a ofrecermelo el plato. «Es buenísimo. Queso blanco. El queso blanco venezolano es lo mejor».

Calle de la Justicia

Los Encantos. M. discute en el balcón con Francisco, Liyat y un vecino sobre el conflicto de Palestina. Nadie puede entender aquí por qué M. y yo defendemos en parte la posición israelí. Los demás están sentados en la mesa del comedor. Los hombres juegan al dominó. Tableteo de las fichas. La mujer que hace unas semanas nos invitó a cenar sopa de pescado cuenta que el camino de delante de la casa se llama “calle de la Justicia”.

«Porque aquí se hizo justicia. Allá afuera», señala hacia un lugar cerca de la alcantarilla, «fue ajusticiado el tipo».

“Fue ajusticiado”.

No estoy seguro de haberla entendido bien.

«Un malandro. Un delincuente. Un tipo malísimo».

Recorro el cuarto con la vista. Un poco confuso. El padre de familia, un tipo fornido y canoso, tocando los cincuenta, se da cuenta de lo que estoy pensando. «¿Qué podíamos hacer? El tipo nos robaba y amenazaba, había violado a mujeres y hombres».

«¿Hombres también?», pregunta Pedro con cara de interesado. Pedro viene de Colombia.

«El tipo tenía aterrorizado a todo el barrio. Así que le metimos una bala».

«¿Lo mataron así, sin más?»

«El tipo no quiso escuchar».

«Pero tiene que haber habido otra manera de castigarlo».

«A mí no me parece mal», dice Pedro.

«¿Cuál?», replica el padre de la familia. «La policía no

viene por acá. En los barrios somos nosotros mismos los que tenemos que ocuparnos de esto».

En *Sangre Ajena* el escritor colombiano Arturo Alape cuenta la historia del niño Ramón Chatarra. Un niño de las barriadas populares de Bogotá que se escapa de casa con nueve años y huye a Medellín. Va a parar a manos de su padrino y empieza a trabajar para una *oficina*. Las *oficinas* son sitios donde se contrata a los sicarios. Esto no tiene nada que ver con la mafia de las películas norteamericanas. Es más una forma de autoempleo al servicio de las elites que un mundo de complejos códigos de honor.

La novela es una sucesión de asesinatos, consumo de droga, violaciones y atracos. No me convenció, la encontré exagerada. ¿Un sicario de nueve o diez años que se va de putas? Me pareció demasiado ficticio. Pero estos últimos días he estado leyendo unos informes de José Roberto Duque sobre la cultura juvenil urbana en Venezuela. En uno de ellos se habla de un muchacho detenido numerosas veces por agresiones graves, violación y homicidio entre 1989 y 94, que había escapado varias veces de internados y que acabó sus días en un enfrentamiento armado, en 1994, con apenas catorce años.

En Caracas el fenómeno de los asesinatos por encargo está menos extendido que en Medellín. No sé si aquí también hay *oficinas*. Pero el caso es que el terror de las bandas y sicarios forma parte del paisaje. Todos saben que la delincuencia tiene explicaciones sociales y políticas, sólo que de nada sirve conocer esto cuando te ves amenazado por su arbitrariedad.

«Tú sabes que eso pone en marcha una dinámica imparable», le digo a Pedro sin convicción.

«¿A qué te refieres?»

«A lo de Medellín».

En Medellín, los pobladores de las barriadas organizaron milicias, a principios de los noventa, para defenderse de los delincuentes. La idea tuvo éxito. Tanto éxito que al final todos los días alguien caía víctima de las balas de las

milicias. Jóvenes milicianos contra jóvenes delincuentes. «No es tarea de las organizaciones comunitarias jugar a policías».

«¿Y cómo te defiendes entonces?»

La hija mayor de la familia se me queda mirando. «O te haces respetar o esta gente te trata a patadas. Desde que lo hicimos, no ha habido más problemas en nuestra zona».

Me encojo de hombros.

«Fue terrible», admite la mujer. «Yo me encerré en mi cuarto. ¿Pero qué otra opción teníamos?»

Siempre la misma pregunta. Camino del valle, M. dirá poco después que la diferencia estriba en quién es el que castiga. «Un Estado tiene otras opciones antes que matar. Puede encarcelar a la gente, condenarla a trabajar, ponerle una multa y hacérsela pagar. ¿Pero un barrio? Como mucho puede echar a la gente de la zona. Si es que la gente se deja echar...»

Replico con un «estoy en contra de la pena de muerte», aun a sabiendas de que en esa situación eso no es más que una declaración de principios sin mayor utilidad.

Ken Loach

Última hora de la tarde. M. ha partido hacia Colombia, me dirijo a una reunión junto con Liyat. Andrés nos viene a recoger a la estación de metro de La Hoyada y nos conduce por entre los puestos de los buhoneros. Atravesamos los terrenos de la antigua terminal de autobuses Nuevo Circo, de la que hoy sólo parten líneas regionales. Pasamos por licorerías, puestos de venta ambulante y edificios administrativos ahora vacíos. «La ciudad se pudre por dentro», escribe Roger Willemsen —refiriéndose a Johannesburgo— en *Avenida, esquina con la jungla*, «se composta. Sólo se ven ya mercadillos de productos básicos. Luego viene un anillo donde el papel primordial lo desempeñan los insti-

tutos financieros y las grandes empresas y, por último, otro anillo con ciudades satélite encerradas en sí mismas, cuyo centro lo conforman las zonas comerciales». En Caracas la disgregación de la ciudad no está tan avanzada como en la metrópolis sudafricana, pero también aquí se nota que el mercado inmobiliario hace mucho que empezó a explotar nuevas áreas de inversión.

Un *carrito* listo para el desguace nos envuelve en una nube negra de gases de escape, el pesado sabor del gasoil. Pasamos por entre los Chevrolets, cada poco uno de los vehículos da inesperadamente marcha atrás y nos separa. Huele a orines y fruta podrida. Es sorprendente la cantidad de sitios en Caracas que apesta a meadas y basura. Cuando por fin llegamos a un callejón algo más tranquilo, una voces nos llaman: dos conocidos de La Vega. Nos dicen que no tiene sentido ir a la reunión. «Hay demasiada gente». Andrés, sin embargo, no se deja asustar. Entramos en un edificio de oficinas bastante deteriorado y subimos al primer piso: una planta de oficinas vacías, tabiques de cristal translúcido y ambiente sofocante. Nos abrimos camino hasta la sala de la reunión. En realidad se trata de dos cuartos pequeños, dispuestos en ángulo recto y unidos por una puerta abierta. Desde ambas habitaciones se puede ver a la secretaria de actas, pero si alguno de los reunidos toma la palabra, no se le puede ver y apenas si se le puede escuchar desde la otra habitación. En sesenta y cinco metros cuadrados se apiñan unas ciento treinta personas —representantes de comités de tierra— con serios problemas para respirar. Liyat y yo nos hacemos sitio en el suelo entre dos sillas de plástico.

Una mujer —dos tercios de los presentes son mujeres— habla sobre los talleres de catastro. Se alzan voces, alguien llama a la disciplina, los murmullos se calman. «De este asunto Ana María es la que más sabe». Ana María trabaja en la Oficina Técnica para la Regularización de la Tenencia de Tierra Urbana. «Buenas tardes». Llega a la reunión con una hora de atraso, pero eso no es motivo de mayor comenta-

rio. «En Petare esperamos una respuesta desde hace cuatro semanas», dice una mujer joven airadamente. «Nosotros mucho más», le interrumpe otra persona. «Pero hemos definido criterios», Andrés se dirige a la que toma actas. «La semana pasada fijamos las condiciones concretas que se habían de cumplir». Hace calor y hay mucho ruido, la falta de espacio resulta agobiante; todos están alterados.

Talleres de catastro: no hay suficientes técnicos para realizar el catastro de los terrenos, uno de los muchos problemas de la regularización de las barriadas. En el fondo, no hay nada más que problemas. La oficina competente, que se hizo depender de la ministra de Trabajo María Cristina Iglesias, sobre todo porque ella es una de los pocos ministros que no han sido sustituidos por Chávez a los doce meses, padece una falta crónica de personal. 180.000 títulos de tierra tienen que ser entregados en el año 2003, una tercera parte de ellos sólo en Caracas. Pero en muchos casos aún no se ha aclarado la situación de la propiedad: hay terrenos privados, municipales y estatales. No está permitida la expropiación, pero el decreto se fundamenta en el Derecho romano, según el cual se pierden los derechos de propiedad cuando un terreno es abandonado por más de diez años. ¿Pero cómo se quiere comprobar esto en miles de casos particulares? Además, hay problemas con los títulos de propiedad individuales, que contribuyen a la desaparición de las barriadas, puesto que los terrenos vuelven al mercado inmobiliario y se convierten en objeto de especulación así que los pobladores se hacen propietarios. Los títulos colectivos, sin embargo, no están previstos por la legislación. A esto hay que añadir las broncas en el Parlamento, donde la oposición bloquea la aprobación de la ley desde hace más de un año.

Por lo menos para el problema del catastro se ha encontrado una solución. Los pobladores reciben cursos de formación para poder medir sus terrenos ellos mismos. *Empoderamiento*. Desde el punto de vista técnico, posiblemente no resulte muy eficaz soltar a la gente por ahí

con cintas métricas, como advierten los “expertos”. Pero el programa de regularización no persigue ante todo soluciones eficaces. El decreto no tiene mucho que ver con los conceptos del economista peruano Hernando de Soto, uno de los defensores más destacados de la legalización de ocupaciones urbanas en América Latina. El neoliberal De Soto entiende la regularización como una posibilidad de reintegrar partes informales de la economía al circuito económico formal. Las tierras ocupadas vuelven a formar parte de los mercados inmobiliarios, y los desposeídos se convierten en propietarios de capital, que pueden emplear sus terrenos como aval para solicitar créditos.

Para los legisladores venezolanos, en cambio, lo importante no fue el aprovechamiento del potencial empresarial capitalista a pequeña escala, sino generar procesos organizativos. Los ocupantes de tierra sólo pueden conseguir la legalización, si se agrupan primero con sus vecinos y se presentan como actores políticos ante las instituciones. Además, se les anima a formar consejos comunales para participar en los procesos de toma de decisión sobre el uso de los presupuestos municipales (como se practica en la ciudad brasileña de Porto Alegre ya desde hace más de una década). En el marco de la nueva ley sobre la administración participativa de los municipios, en verano de 2003 se constituyeron en toda Venezuela los llamados Consejos Locales de Planificación, partiendo de las filas de organizaciones sociales y culturales de base, entre ellas también los comités de tierra urbana. Los críticos la han descalificado aduciendo que es una medida populista de Chávez para recuperar el control de los pobladores de las barriadas descontentos con el gobierno. Sin embargo, también se puede plantear la cuestión de si este tipo de organización surgida desde abajo resulta controlable a largo plazo. En todo caso, las nuevas leyes de momento han significado una democratización radical de la ciudad.

«No ha de participar todo el mundo». Andrés vuelve a explicar la idea de los talleres. «Hay gente, como yo, que

sacan tres resultados diferentes cuando miden una pared tres veces. Por consiguiente, sería preferible que vinieran sólo aquellos que tengan experiencia con esto: carpinteros, albañiles, trabajadores de la construcción». Todavía más importante —agrega Ana María— sería que hubiera una comisión de barrio en funcionamiento. Sin organización, los trabajos de catastro no tienen sentido. Pienso que tiene razón: las soluciones técnicas sin procesos sociales no sirven de nada. Se plantea, en este contexto, una cuestión básica de la política de desarrollo: cuando se dejan los proyectos en manos de especialistas, los cuales se sienten sometidos al primado de la eficacia, se reproducen en el mejor de los casos las relaciones de poder entre el tecnócrata y el objeto de planificación. En el peor de los casos se potencia este estado de cosas para ocultar los propios intereses y las relaciones de poder tras la lógica de “lo inevitable”. Lo importante no es sólo, ni de manera primordial, conseguir soluciones, sino de qué manera se alcanzaron éstas.

La mujer de Petare alza su voz para decir que hace más de un año que hay una comisión funcionando. Un hombre de bigote y bien entrado en los cincuenta responde que no se debería criticar siempre a aquellas personas que ya están trabajando todo el tiempo. Ana María explica que su oficina no puede trabajar por barrios, sino que tiene que tratar de legalizar terrenos en toda la ciudad. «Unos terrenos en Catia, otros en el 23 y luego unos terceros en Petare, Valle, La Vega. No podemos hacerlo todo a la vez. Tenemos que avanzar paso a paso».

La discusión continúa sin interrupciones. Me inclino hacia Liyat y le pregunto, si el debate no le recuerda también a Ken Loach. En *Tierra y Libertad*, una película sobre la guerra civil española, el cineasta británico hace discutir a unos campesinos sobre la colectivización de tierras. La escena me pareció demasiado pedagógica, toda la película me pareció demasiado pedagógica. Teatro revolucionario maoísta o, mejor dicho, trotskista. Pero, por

otro lado, siempre es de agradecer que alguien quiera seguir hablando de ella: de la sociedad.

Liyat no conoce a Ken Loach.

La secretaria de actas pregunta si la asamblea acepta la programación de los otros talleres. La gente asiente. Tengo la impresión de que el ambiente se está relajando un poco. En ese momento, se levanta un hombre, un poco entrado en carnes, camisa amarilla con cuello y cinturón nuevo de cuero, y dice que quiere hacer una observación sobre las elecciones del pasado jueves. El jueves anterior, los comités de tierra eligieron a tres representantes para la comisión técnica que se reunirá regularmente con el alcalde. «Al final de la reunión alguna gente en las escaleras calificó la derrota de Fernanda», señala a la mujer que levanta acta, «de “triunfo revolucionario”. Ustedes saben que yo trabajo sin ánimo de lucro para la Administración municipal». Me imagino lo que vendrá ahora. «Y les puedo asegurar», el hombre alza su mano de una manera teatral, «que lo mismo pasa con Fernanda».

Alboroto. El interviniente cuestiona la legitimidad de las elecciones sin formular abiertamente la acusación. «No es una cuestión ésta de política partidista aunque —y esto no es ningún secreto— pertenezco y siempre perteneceré por convicción al equipo del alcalde Bernal». O sea que sí que es una cuestión de política partidista, es decir, de lo usual: un aparato, una organización, unos vínculos que han de servir para controlar a las organizaciones de base y convertirlas en masas movilizables. El hombre pertenece al partido del gobierno MVR. La mayoría de la gente de las organizaciones comunitarias ha defendido al MVR contra la oposición, pero esto no quiere decir que se identifique ciegamente con él. Saben que en el MVR hay representantes de los viejos partidos, que no quieren perder sus privilegios, o gente arribista a la que le gustaría llegar a formar parte de una elite nueva.

Franco, portavoz del barrio León Droz Blanco, el único barrio caraqueño con títulos de tierra colectivos —

gracias a que consiguieron que se les aplicara un reglamento para condominios—, pregunta dónde reside el problema. También está en la comisión. La tarea de ésta se limita al intercambio de información con los representantes municipales, dice. «Todos los que quieran pueden participar. No sólo los elegidos, todos los que se interesen por el tema».

«¿Y qué es lo que no ha sido democrático en estas elecciones?» La agresividad contra el hombre del cinturón de cuero crece. Seis, siete personas hablan a la vez. «Además los representantes pueden ser reemplazados en cualquier momento».

«Esto es democracia directa», dice una mujer, «cualquier mandatario puede ser revocado».

«Y esto ni siquiera es un mandato», apunta Andrés.

Dos mujeres sacan la Constitución, el pequeño libro azul de la revolución bolivariana, y la muestran en el aire. «Exactamente, somos una democracia participativa y protagónica».

Tengo que sonreír. Una vanguardia que quiera degradar estos comités a una masa de apoyo tendrá bastantes dificultades.

El hombre del cinturón de cuero se queda callado.

Cuando se calma la situación, Franco empieza a hablar sobre el programa de retorno al campo. El gobierno ofrece tierra y créditos a la gente que se traslada de la ciudad para trabajar el agro. Una mujer que participa en el programa relata sus experiencias. «Esta cosa necesita tiempo». Vive a 100 kilómetros de Caracas en un proyecto. Después de un año y medio, la mitad de las casas todavía están vacías, no se ha podido cosechar ni una sola vez. «No sólo se trata de casas y títulos, sino también de conocimientos, maquinaria y créditos. Hay que preparar el retorno», dice. Iván, otro empleado de la Oficina Técnica, que dos meses después se convertirá en víctima de una intriga del señor del cinturón de cuero, pero que será defendido por los comités de tierra contra las acusaciones, le da la razón. Dice que el obje-

tivo del programa es que las familias que se van al campo mantengan el contacto con los barrios de donde provienen. «Deben producir los alimentos que la gente consume en los barrios. Esto necesita planificación».

Circuitos de producción y consumo, pienso. No es mala idea. Hay muchas buenas ideas en este país, pero demasiados problemas y también demasiada resistencia.

Al cabo de dos horas y media la reunión finaliza. Liyat y yo estamos agotados. Cuando nos proponemos encaminarnos hacia el metro, la gente de los comités de tierra nos retiene. Dicen que es demasiado peligroso, que en el centro se producen demasiados atracos por la noche. Todos los caraqueños te advierten de los peligros de la ciudad, pero siempre refiriéndose a otras partes de la misma. Para los pobladores de las barriadas el centro es lo más peligroso; para la gente de las zonas residenciales, lo son las barriadas; y lo que opina la gente del centro lo desconozco. Uno de los amigos de La Vega nos lleva en su destartalado Malibu de color rojo oxidado hasta la entrada de metro de La Hoyada. «Y si se animan, nos vamos con el carro a la playa el fin de semana. No se puede trabajar siempre». Trabajar, pienso. O participar.

En una escena de Ken Loach.

El indígena

En Caracas no se ven muchos indígenas. Me doy cuenta de que todavía no me había dado cuenta. Felix, el mexicano de Rotterdam, me ha comentado que hay un sitio en el Parque Central donde pasan la noche algunos indígenas. Un par de semanas después, leeré en el periódico que el municipio de Libertador les paga el retorno a sus pueblos de origen, pero que la gente prefiere vivir en las calles de Caracas que en sus pueblos. Me pregunto cómo se sentirán: vienen de la selva o de la sabana y, de repente, se encuentran viviendo en las calles más ruidosas y apesto-

sas de Caracas, con un permanente sabor a gasolina en la boca. Un sabor que la gente dice que cambió cuando se empezó a importar gasolina de Brasil, en diciembre de 2002, durante el paro empresarial. El capitalismo tiene una enorme fuerza homogeneizadora: iguala modelos de vida, formas culturales y hábitos alimenticios. Pero una de las cosas que aparentemente no iguala —aparte de los ingresos— es la composición de los gases de escape.

Estoy sentado en un bar cerca del metro de Chacao. Una zona comercial un poco decaída frecuentada por las clases medias. Los autobuses pasan petardeando. De tanto en tanto, una nube de gases penetra desde la calle. Se ha ido la luz. La mujer de al lado echa pestes. En Cuba, dice, sólo hay electricidad una hora al día. Esto será pronto como Cuba. De la cocina sale un gato caminando sigilosamente y se sienta en el suelo. La propietaria del bar, una señora mayor, aparentemente de origen portugués o canario, le da la razón a la otra. «Mierda de gobierno». Luego le pregunta a la cliente dónde tiene a sus hijos.

«Suiza», responde la otra. «En Suiza».

Un indígena viene por la acera. Echa un vistazo adentro y descubre al gato. La mujer se queja de lo difícil que se han puesto las cosas; con los dólares, por ejemplo. Para frenar la huida de capitales, el gobierno ha suprimido la convertibilidad. El indígena entra y se arrodilla frente al gato. Lo mira fijamente y comienza a acariciarlo. Al otro lado de la calle, dos autos están a punto de chocar. Bocinazos. El indígena permanece en cuclillas, impertérrito, delante del gato.

Me pregunto si lo que estoy presenciando es una autoescenificación o realmente el choque de dos maneras diferentes de vivir. La mirada concentrada de un habitante de la selva en un ser vivo o simplemente la autoidentificación con el prejuicio del “aborigen amante de la tierra y la naturaleza con un sentido totalmente propio del tiempo”. La mujer sigue echando pestes. Pienso que la cosa se va a poner crítica para el gobierno de Chávez, si la luz no

vuelve dentro del próximo cuarto de hora. El indígena parece absorto en sus pensamientos. Afuera estalla un tubo de escape; el gato se sobresalta y echa a correr.

Radio Alternativa de Caracas

«¿Estás seguro de que esta vaina no se va a caer?»

«¿Qué?» Francisco me mira asombrado.

«Esta vaina chirría».

«Esta vaina no chirría», dice el vigilante que en este caso también es ascensorista. «Este ruido es totalmente normal».

“Totalmente normal”; no sé qué puede haber de normal en un ascensor cuyos botones hay que mantener pulsados para que no salten.

El ascensor del final de los tiempos, bastante destartado.

Parque Central: de los muchos lugares extraños de Caracas seguramente el más extraño. Sensación de *Blade Runner*. Edificios que se elevan cuarenta pisos hacia el cielo y que en sus buenos tiempos representaban una promesa de futuro. “Vivir y trabajar como nunca antes”. Hace unas semanas, en la planta bajo del complejo de edificios tuvo lugar aquel Foro Mundial de Solidaridad con la Revolución Bolivariana, en cuya preparación hubo tantas broncas con el responsable de la comisión organizadora Rafael Vargas. La atmósfera de aquellos días continúa extrañamente presente en mis pensamientos. Miles de personas deambulando por los patios laberínticos del complejo, a los que se accede desde pisos a diferentes alturas; los comerciantes del *merchandising* devoto habían expuesto sus mercancías revolucionarias, banderas nacionales y retratos de Chávez; mientras que en la sala de plenarios del Parque Central se apiñaba la gente. En una sala con una alfombra mugrienta, sillas metálicas chirriando y unos aparatos de traducción simultánea defectuosos,

cientos de amas de casa, desempleados y campesinos seguían atentamente las conferencias sobre la hegemonía de los media y sobre política petrolera. “Vivir y trabajar como nunca antes”. Qué raro: una sala de plenarios un poco decaída y un complejo residencial, de cuyos pasadizos se han apropiado los desamparados, se convirtieron en el escenario de una nueva promesa: del futurismo arquitectónico al movimiento antiglobalización.

Llegamos al piso 20 que en realidad es el 40. En el local de Radio Alternativa de Caracas esta noche tendrá lugar un “velorio de la cruz”. Francisco y yo salimos del ascensor. Cuando entramos en el piso —como tantas veces en esta ciudad— me quedo sin aliento. Un espacio totalmente surrealista: un ático que hace treinta y cinco años debía representar el apogeo vanguardista de la vivienda de alto *standing*. Como en la sala de conferencias, también aquí hay una alfombra mugrienta. En los lados de los cuartos que dan hacia el Este y el Oeste —el piso tiene forma de tubo largo y ancho— hay grandes ventanales. La fachada que da al Este es oblicua, de manera que se forman pequeñas terrazas, cerradas con listones metálicos para que nadie pueda caer o tirarse desde allí. El ático es alto, unos cinco metros, calculo; en el último cuarto se ha construido un altillo, como un medio piso con baño propio. En total, el piso se compone de cinco habitaciones grandes, más de 200 metros cuadrados. La vista es impresionante: se puede contemplar toda la ciudad, las barriadas, los rascacielos y las zonas residenciales que, a esta hora, con la luz de la puesta de sol adquieren una tonalidad amarilla intensa. Pero lo más llamativo —una vez más— no es tanto la arquitectura, sino la manera de apropiarse de la misma.

La Radio Alternativa de Caracas es una de las emisoras de izquierdas más antiguas de la ciudad. El espacio fue puesto a disposición del proyecto por una fundación cultural estatal hace unos años, comenta Angélica, una amiga de Francisco. La radio como tal no maneja recursos. Se nota. Aparte

de un pequeño estudio donde se encuentra el equipo rudimentario de producción, los cuartos están prácticamente vacíos. Las salas grandes albergan únicamente algunos equipos y materiales para trabajos de fotografía y diseño gráfico. Tanto más importancia adquiere, por lo tanto, el altar dispuesto para el velorio. En el fondo de la sala se ha colocado una mesa preparada con flores, una canasta con fruta y pan, y adornos hechos con papel rizado.

Saludamos a los presentes con un apretón de manos. Unas treinta personas: la familia de Francisco, vecinos de La Vega, activistas de los comités de tierra. Por alguna razón no me acabo de sentir a gusto: tal vez la altura, el desamparo —por las ventanas abiertas entra el viento— o la sensación de abandono en el edificio.

Normalmente, los medios alternativos tienen algo en común en todo el mundo. Ese ambiente de activismo político y cultural de clase media que se vale de códigos parecidos. Pero aquí es diferente. La gente de la radio son pobladores de las barriadas. Apenas si descubro referentes conocidos. En la puerta del estudio encuentro a María, que limpia la casa de Carol y Greg una vez la semana. Ha venido con sus nietos.

La historia de los medios alternativos de Caracas es sorprendente. Las radios son proyectos creados por las propias comunidades. Hay veintitrés emisoras en la ciudad, de las que sólo trece funcionan en la actualidad. Pero lo decisivo para ellas no es la audiencia ni la frecuencia de los programas, dice Francisco, sino el proceso de organización. Fortalecer las estructuras comunitarias, darles su apoyo, recibir el apoyo de ellas. Blanca, una amiga de Catia TVe —"Catia te ve"—, nos dijo algo parecido hace poco: los proyectos hay que juzgarlos por la cantidad de gente que los lleva a cabo. Catia TVe no tiene redacción central, funciona con equipos de producción autónomos. Los fundadores se concentran en la formación técnica de la gente; en la socialización permanente de los medios de producción, por así decirlo. Con la

capacidad de construir imágenes también se enseña —o eso se pretende— la capacidad de deconstruirlas. Quien entienda cómo funcionan los medios de comunicación cambiará su actitud como espectador.

Pocos días antes, había escuchado una intervención de Blanca durante el Foro de Solidaridad. Hay que construir nuevas, es decir, viejas vías de comunicación, dijo, y volvió a mencionar los días 12 y 13 de abril de 2002, los días de las movilizaciones masivas contra el golpe de Estado. Dado que los canales privados de televisión no mostraban imágenes de las protestas de los pobladores de las barriadas, la gente optó por pasar de las emisoras de radio y televisión y volvió a las vías de comunicación directas: las llamadas telefónicas, la difusión de información por los motorizados, internet.

Una rebelión de masas contra los medios de comunicación masivos, dijo alguien, una primera insurrección del siglo XXI. No había considerado hasta entonces esta cuestión desde esta perspectiva. En el debate acerca del papel de los media para mí lo importante siempre había sido la creación de medios alternativos, como fuente de contrainformación, que comunican *otras* noticias. Pero Blanca tiene razón: tan importante, al menos, como la difusión de informaciones alternativas es la capacidad de oponerse a determinadas formas de práctica mediática y las enseñanzas que puede dejar una radio comunitaria por lo que se refiere a la decodificación de textos e imágenes mediáticas.

Francisco menciona algunas estaciones de radio: Radio Perola: la emisora *in* adonde vienen los DJs a poner música —un poco demasiado de moda—; Catia Libre: la madre de todas las radios, la emisora más antigua de Caracas, en conflicto actualmente con las autoridades de la CONATEL por su licencia de emisión; Radio La Vega: un par de *chamos* hacen el programa desde un colegio de monjas los fines de semana. A veces, hay líos porque los *carajos* hacen allí cosas que sería mejor que no hicieran. Francisco mira a su hermano: trenzas afro con perlititas, tatuaje, pantalones de

talla grande. Su hermano es uno de esos *carajos*. Trece emisoras, pienso, ¿y las escuchará alguien? En nuestra casa no se sintoniza ninguna radio alternativa; la página web de izquierda más importante tiene por artículo entre quinientas y dos mil visitas. Por otro lado: «Si nuestros medios no tuvieran importancia, ¿por qué el gobierno de Carmona los iba a ilegalizar como una de sus primeras medidas después del golpe de Estado?»

Nos llaman para la ceremonia. Volvemos a la sala grande donde la gente se ha reunido alrededor del altar. Afuera ha oscurecido. Las barriadas empiezan a centellejar de esa forma tan peculiar; por alguna razón que se me escapa, su brillo es muy diferente al del centro de la ciudad. Han traído un micrófono del estudio, estamos de pie formando un semicírculo alrededor de la cruz adornada con flores. El locutor, un tipo de la barriada de Cementerio, explica el velorio a la audiencia de casa. Después, Angélica reza un padrenuestro. Descubro a Andrés que acaba de entrar por la puerta. Me sorprende verle entonando la oración. Hace unos días me enteré de que se había convertido al cristianismo. Liyat y yo lo fuimos a visitar a la universidad. Primero hablamos de los barrios, luego Liyat y él empezaron a discutir sobre el Estado de Israel. La existencia de un Estado confesional le resulta inaceptable, dijo Andrés. Independientemente de Auschwitz. Y entonces me enteré de que su abuelo fue un comunista judío emigrado de Alemania. Un comunista que crió a sus hijos como ateos. Andrés se hizo bautizar teniendo más de veinte años porque se identificó con las ideas de la Iglesia de base. Sin embargo, no pensaba que rezara.

Después del padrenuestro, entran en acción los tambores: *fulia*, un ritmo con ciertas reminiscencias de cumbia. Ayari, la hermana de Francisco, una mujer ancha y madre de dos hijos, comienza a cantar. Me olvido de donde nos encontramos. La apropiación del lugar hace desaparecer su forma o la hace intrascendente. Es como si estuviéramos en la plaza de un barrio, celebrando una fiesta africana.

Las celebraciones de la Cruz de Mayo se prolongan durante todo el mes. Son las únicas fiestas durante las cuales la música de los tambores no se ve acompañada por bailes: todos los honores se los lleva la cruz. Se recitan o cantan décimas por turnos, pasando una flor de mano en mano. A quien la tiene le toca cantar, mientras los otros se limitan a repetir el estribillo. Así la fiesta se convierte en una competición: el que sepa construir las mejores rimas se lleva el reconocimiento de todos. No deja de asombrarme siempre en cuántos países existe esta tradición y cuán larga es la historia del hip hop.

Los tambores no paran. En la radio ahora se escuchará el mismo ritmo durante tres horas: un velorio normalmente dura hasta el amanecer. Andrés nos explica la historia de la Cruz de Mayo. Una mezcla de agradecimiento por la cosecha y rito católico. En el año 312, la cruz se le apareció en sueños al emperador romano Constantino. «Bajo este signo vencerás», le dijo una voz, y después de algunas dudas iniciales Constantino se convirtió al cristianismo y con él, el Imperio Romano.

«¡Qué perversidad!», Andrés pone cara de repudio. «El comienzo del fin. De una religión de parias a una ideología de Estado. Desde entonces, la Iglesia copia el aparato jerárquico de Roma. César y el Papa, gobernadores y obispos.»

Perverso, pienso, pero no irreversible. No hay más que observar esta fiesta. Una celebración católica que dice más sobre las tradiciones africanas e indígenas que sobre el propio cristianismo. En ningún otro campo social los procesos de apropiación y reinterpretación son tan contradictorios y a la vez tan fluidos como en la religión. «Lo inaceptable del orden establecido» —escribe Michel de Certeau en *El arte de actuar*— «se expresa en la forma del milagro. En este caso se podría *mantener* la esperanza —en un lenguaje que necesariamente es ajeno al análisis de la realidad socioeconómica— de que el vencido por la historia (es decir, el cuerpo sobre el que recaen continuamente las victorias de los ricos o de sus aliados) puede levantarse en la “figura” del

maltratado “santo” Damiao, gracias a los golpes propinados por el cielo a sus adversarios».

La fe de la clase dominante se convierte así en una promesa de liberación, de huida de la impotencia. La religión no es simplemente el opio del pueblo, también es siempre un campo de apropiación y de promesas subversivas.

Alguien abre una botella de ron y echa unas gotas al suelo, es decir, a la alfombra. Se reparten copas de plástico. Acepto una con gratitud, tengo ganas de emborracharme. Los percussionistas se van turnando, la flor sigue haciendo la ronda; la flor cantante. Hace más de una hora que suenan los tambores. Me pregunto quién escuchará esto en casa. A nadie le gusta pasarse tres horas oyendo la misma melodía y el mismo ritmo. Pero también la propia emisión de los ritmos africanos tiene su significado. «El problema más grande cuando comenzamos con la televisión comunitaria», nos dijo Blanca cuando nuestra primera visita a CatiaTVe, «fue que la gente de los barrios solamente asociaba un tema con su vecindario: la delincuencia. En los medios de comunicación dominantes, la existencia de los barrios se reduce a las noticias sobre crímenes. En consecuencia, se trata también de acabar con los imaginarios dominantes y de construir una percepción propia e independiente».

Desde este punto de vista, las tres horas de tambores también pueden ser vistas como una demostración: “Aquí estamos, invisibles, pero presentes. Ignorados, pero sin embargo poderosos”. “La realidad que duele porque desmiente la mentira”, como dice una pintada en el Parque del Este.

Tras dos horas decido marcharme. Esa noche, unos amigos de París van a filmar un velorio entre los bloques del 23 de Enero. Abandono la fiesta junto con María y sus nietos: menudo cambio. Regreso de una fiesta popular afrovenezolana a *Blade Runner*. Son ya las ocho y media, una hora en la que uno empieza a sentirse inseguro en la mayoría de las grandes urbes latinoamericanas. Los pisos

más altos de los edificios del Parque Central están vacíos. Ante nosotros se extienden pasillos de cientos de metros de longitud, mal iluminados y por los que sopla el viento. Pulsamos el botón del ascensor; ahora se ven por todos lados las barriadas brillando en los cerros. Empiezo a entender la psicosis de las clases medias-altas que continuamente hablan de “los cerros” y que se arman con ahínco para la confrontación que dicen que está por venir. Es la presencia física de lo invisibilizado, que de noche se convierte en un anillo luminoso en torno a la ciudad.

El ascensor no llega. Caminamos por los pasillos y lo intentamos con otro elevador. María también se siente incómoda, dice que por las noches hay muchos drogadic-tos aquí. El segundo ascensor tampoco funciona: signos evidentes de deterioro. Pasamos por una sala abierta que se encuentra medio piso por debajo del nuestro que durante el día sirve de estudio de baile. Hay toda una serie de proyectos culturales que han encontrado asilo en los áticos del Parque Central. Pero a estas horas también esta sala está vacía. Con el tercer ascensor hay más suerte y se enciende la luz. Demora otros quince minutos hasta que el elevador llega hasta nosotros. Cuarenta pisos. Mientras que el viento silba por los pasillos, pienso en lo que pasaría si hubiera un terremoto. Pero María me tranquiliza: «El edificio tiene sistema antisísmico».

Dudo de que exista algo que pueda explicar mejor esta ciudad que esta extraña noche. Confuso, piso tierra firme en la planta baja e intento encontrar la salida en el laberinto de pasadizos.

Los bicheros

Por segunda vez, fuera de Caracas. Una gasolinera entre Barinas y Táchira, 600 kilómetros al suroeste de la capital. Bajamos del Mustang, la lluvia ha escampado un poco, y

nos dirigimos a un *pickup* de cabina grande, dos filas de asientos y ventanas oscuras. Nosotros: Augusto, un joven venezolano de Barinas, y yo. Santiago, un peruano exiliado que me ha llevado de viaje consigo, se ha ido al baño hace un momento.

Me alegro cuando nos montamos en el carro. Parece más seguro que el Mustang del que acabamos de bajar y, además, va una mujer al volante. Las mujeres suelen hacer menos estupideces al volante que los hombres. Agarro *El Nacional*. Para mi sorpresa el periódico publica una entrevista larga con el dirigente de la pequeña Liga Socialista; normalmente, allí no dejan hablar a los partidarios del gobierno. Y miro a la conductora por el retrovisor. Es joven, tendrá unos veintidós años, apenas si saludó cuando nos subimos. Parece actuar con cautela, incluso con un poco de desconfianza.

Santiago regresa del baño, el carro arranca. Aclara un poco. La carretera que lleva a San Fernando de Apure sigue en línea recta hacia el Este. Ni una curva hasta donde alcanza la vista. Me recuesto en el asiento y suelto un profundo suspiro.

Hemos tenido un accidente por la mañana. A las cinco salimos de Barinas, una ciudad ganadera de unos 100.000 habitantes en los Llanos, la gran llanura venezolana. Al cabo de media hora empezó a llover. El paisaje —hacia el Sur y el Este la sabana y algunas palmeras dominaban el panorama, hacia el Norte y el Oeste una cordillera boscosa— se desdibujó, convirtiéndose en una amorfa masa gris. Santiago y el conductor se metieron *chimó* bajo la lengua, una masa de tabaco pegajosa que supuestamente quita el sueño, pero que en casos como el mío sólo crea trastornos circulatorios y náuseas. El agua goteaba dentro del carro y yo trataba de imaginarme cómo habría sido hace unos siglos esta región levemente ondulada, al pie de la cordillera, que se convierte en una tabla lisa a pocos kilómetros de la carretera. La selva de los Llanos nunca fue tupida, pero el arbolado sí que era más alto y denso:

una gran región boscosa, apenas interrumpida por sabanas húmedas, que se extendía desde los Andes hasta la Amazonia. Hoy día, todo esto no son más que pastos.

Apoyé la cabeza en el cristal: cebús, pequeños poblados, los bancos de nubes oscuras abrazando la cordillera, que aquí se alza 5.000 metros sobre el nivel del mar. Los picos Humboldt y Bolívar. Había subido una vez con el teleférico por el otro lado, quizás a unos sesenta kilómetros de distancia en línea recta. Venezuela es un país de contrastes.

El problema con el *chimó* es que el tabaco se convierte en un tipo de decocción venenosa en la boca. Por eso, Santiago y el conductor se iban pasando todo el rato una lata de refresco para escupir la saliva. Hasta que, finalmente, el carro se salió de la carretera. Fuimos a parar a una cuneta de tres o cuatro metros de profundidad, pero tuvimos suerte: el carro no se volteó. Por debajo de la carretera pasaba una pista de tierra y no había árboles. Mucha suerte. En la siguiente estación de peaje uno de los cobradores nos avisó de que el tubo del líquido de frenos estaba suelto. Un problema que el conductor resolvió con un cordón, siguiendo luego manejando a toda velocidad. A 100 kilómetros por hora atravesamos una pared de agua que no permitía reconocer el trazado de la carretera.

Estoy realmente contento de haber bajado del carro de ese tipo.

Continuamos todo derecho durante una hora. La carretera pasa paralela a un terraplén. Los pastos están inundados, los cebús que pacen se hunden hasta las rodillas. Unos treinta kilómetros más tarde nos paran. Dos hombres están arreglando los baches con alquitrán de fabricación casera. Una nueva forma de microempresa que encantaría a los estrategas liberales del mercado laboral. Los dos hacen arreglos en el asfalto y reciben entre 200 y 500 bolívares —entre 10 y 25 céntimos de euro— de los conductores que pasan. De esta manera, ya han sido reparados casi 300 metros de los 400 kilómetros que hay hasta San Fernando.

Un tipo de trabajo muy seguro: cuando los dos hombres lleguen al próximo pueblo, ya podrán volver a comenzar.

Santiago me habla de Perú, de los *bicheros*: tipos de pelo largo, pillados por el cuento de la mística, que se dedicaban a la artesanía. En los noventa, dice, había todo un movimiento *bichero*. Eran hippies que hacían aretes y pulseras, hablaban de la armonía de la sociedad inca, señalaban con pose trascendental a las montañas y siempre parecían algo ensimismados. Ensimismados, pero sin un pelo de tontos.

«Los *bicheros* estaban en todas partes donde había turistas. Es decir, mujeres turistas. Se pasaban media vida en los bares echando su carreta sobre el equilibrio natural, pacha mama y la sabiduría indígena, mientras echaban para atrás sus lindas melenas negras sin apartar la mirada de las turistas, como dándoles a entender a las extranjeras que en ellos, en los *bicheros*, corría la sangre del inca. Claro que esto a las visitantes del Machu Pichu les encantaba. Era la culminación de su *trip* latinoamericano. De esta manera, decenas de miles de peruanos salieron del país. Como compañeros de cama de las turistas. Pues era la única manera de escaparse del Perú. Y seguro que estos *manes* al final llegaron a creerse el cuento ellos mismos: el de la armonía y toda esa mierda». Santiago se ríe.

Me gusta viajar con Santiago. El hombre parece haber dejado las depresiones atrás; demasiadas tragedias. Su organización fue desarticulada, la mayoría de sus amigos están en la cárcel, él mismo lleva siete u ocho años buscado por la justicia peruana. Desde entonces vagabundea por América Latina y Europa, pero no como *bichero*. Para eso tiene la piel demasiado blanca y le falta el largo pelo negro. Además, sus anteojos modernos de marca no encajan muy bien con la imagen de un descendiente de los incas.

Salimos de la troncal principal. Las mujeres nos dejan delante de una casa campesina con techo de palma. Contengo la pregunta de qué toca ahora. Lo normal sería que un grupo de hombres armados saliera de entre los mato-

rrales en el curso de la próxima hora para acompañarnos a una larga caminata. El cielo está cubierto, hace calor, tengo la esperanza de que no vuelva a llover. Augusto se ha alejado unos metros y observa calladamente el área. En Colombia, raras veces he visto a alguien tan concentrado o, para ser exactos, tan tenso. Y mucho menos en el campo, donde la distancia espacial ya es en sí misma una garantía de seguridad. Me fijo en el joven que es realmente este muchacho. Como mucho, andará por los veintidós. Santiago y yo charlamos un poco sobre la nueva película de John Malkovich. Una adaptación cinematográfica de un libro pésimo de Nicholas Shakespeare. El tema: el comandante senderista peruano Abimael Guzmán y su amante bailarina se ponen a planificar la revolución mundial, siguiendo los postulados del Gran Timonel, pero son arrestados a tiempo. Cuando la industria cultural trata de imaginarse la clandestinidad, el resultado siempre es pura basura. Que la película fuese rodada en gran parte en Madrid, según se dice, encaja perfectamente con todo lo demás. Madrid y Lima se parecen tanto como Hamburgo y Kansas City. ¡Y eso que John Malkovich no nos desagrada del todo!

«Sería mejor que el tipo volviera a hacer películas en las que la gente se mete en su cabeza», dice Santiago

«Exactamente. Una película senderista surrealista».

«¿Te comenté alguna vez que en la universidad de Lima siempre lo pasamos de primera con los maoístas? Estos *manes* eran unos poetas de primera, *mano*: “Gusano revisionista al servicio del imperialismo”, “Adelante con la realización y profundización de sello de oro de las líneas del tercer congreso del partido”».

Le digo a Santiago que eso último se lo ha inventado: “realización de sello de oro”.

«No, en serio. “¡Sello de oro!” Lo más chistoso fue que, más o menos por estos tiempos, también sacaron una margarita del mismo nombre. “Sello de oro”. Nunca logramos saber si había sido una estrategia coordinada del partido».

«Margarina maoísta», repito pensativamente.

Faltan pocos minutos para las once cuando un viejo *land rover* se para a nuestro lado. Nos sentamos en la parte trasera donde ya van otras siete personas. Algunas conversan en voz baja. Otra vez la sensación de una tensión exagerada. Al lado del terraplén sobre el que pasa la pista se ven platanales y pastos inundados. El conductor acciona la tracción en las cuatro ruedas; charcos, agujeros, flamencos. Finalmente, llegamos a un río; pienso que es mejor no preguntar por el nombre. Esperamos. Parece que lo más característico de la clandestinidad es la espera. El noventa por ciento del tiempo en viajes como éste se pasa esperando. Algo que se aviene poco con los parámetros de las producciones de Hollywood. Al cabo de un rato aparece una canoa con motor fuera borda en la que nos montamos. Doce personas en una cáscara de nuez que puede zozobrar con cualquier movimiento. Un sentimiento desagradable. El río lleva bastante agua, la corriente es rápida e imprevisible. Espero que lleguemos pronto a la otra orilla. Pero no nos dirigimos a la otra orilla. Las próximas dos horas recorreremos un paisaje de ríos, pantanos y riachuelos donde resulta imposible orientarse. Frontera sur de Venezuela con Colombia.

Un ecoturista estaría encantado de la vida. Un viaje como los de *Discovery Channel*. Garzas, pirañas caribe saltando en el agua —menos sangrientas de lo que dice la gente— y botos. En la región amazónica hay muchas leyendas sobre el boto, el delfín de agua dulce: ciudades pobladas por delfines, visitas inesperadas a fiestas e incluso anécdotas eróticas. Los órganos sexuales de estos animales se parecen a los humanos, por lo que los pescadores llegaron a responsabilizar a estos mamíferos de agua dulce de los embarazos extramatrimoniales.

Todo muy interesante. Pero da la casualidad de que no soy un ecoturista.

Habrá pasado una hora, cuando un helicóptero del Ejército sobrevuela nuestras cabezas. Presionado por los medios, el gobierno ha militarizado la frontera. La dere-

cha informa diariamente sobre la inseguridad en la región y sobre supuestos secuestros de la guerrilla colombiana. Mis acompañantes de viaje miran nerviosamente hacia arriba. Unos instantes más tarde, empieza de nuevo a llover. El sol allá en lo alto, al norte de nosotros —otra razón de mi desorientación—, desaparece tras una espesa capa de nubes.

Comienzo a preguntarme por qué nos castigamos de esta manera. Tras cinco minutos estamos completamente empapados. Tengo frío y no nos podemos mover en la pequeña y frágil canoa. Esta excursión empieza a parecerme una paliza inútil. Aunque se pueda justificar políticamente. Quisiera estar a cubierto y charlar con Santiago sobre los tiempos en que se decía “lacayo del revisionismo” o “gusano imperialista sin realización de sello de oro” a los compañeros de estudio y se evocaba la cosmovisión inca. Pero Santiago se encuentra en el otro extremo de la canoa y no se puede cambiar de sitio sin hacer zozobrar la embarcación. Acercó mis piernas al cuerpo y me pongo en cuclillas pegado a los dos hombres junto a mí debajo de un impermeable. Uno de ellos menciona que es cura lo que, por desgracia, no sirve para protegernos de la lluvia. Nuestras mochilas y maletas, mientras tanto, se van mojando bajo la copiosa lluvia.

Fuerzas Bolivarianas de Liberación

Las FBL son una guerrilla extraña. Probablemente la única en el mundo que dice defender una constitución, denomina «líder legítimo de este proceso» al presidente de su país y, sin embargo, tiene que temer la persecución estatal.

Los fantasmas de los Llanos: aunque los fundadores de las FBL afirman trabajar en su proyecto desde principios de los ochenta, son tan invisibles que muchos izquierdistas en Caracas las tienen por una invención de la derecha. «Un fantasma para desacreditar al gobierno».

Pero sí existen, los guerrilleros son de verdad. Nos encontramos en una pequeña finca a veinte kilómetros de la frontera, rodeados de muchachos uniformados que portan fusiles FAL belgas. Llevan brazaletes rojos con las siglas FBL y pañuelos con los colores nacionales: amarillo, azul y rojo. El sur no es la única región donde la organización trata de construir focos guerrilleros, y las unidades armadas tampoco son el único pilar de las FBL. Hay militantes de la organización trabajando en el movimiento campesino, en las universidades y en algunos comités vecinales. Sin embargo, tengo la impresión de asistir a una farsa. ¿Qué otro adjetivo aparte de “extravagante” se puede utilizar para describir una guerrilla que hace dos años que se mueve por la selva, llevando consigo armas largas que hasta ahora no ha tenido que usar, como si tuviera que demostrarse a sí misma su firmeza?

Nos hacen pasar —a Santiago, a Augusto y a mí— a una carpa allá cerca. Bancos de madera provisorios, un toldo de plástico, tres hombres de entre treinta y cuarenta años con fusiles automáticos. Uno de ellos toma la palabra: Gerónimo, el comandante. «El Ejército y la policía no son nuestros enemigos». La explicación de por qué no están luchando, hasta ahora. «Nos preparamos para una intervención. Los EEUU ya no cerrarán mucho tiempo sus ojos ante el proceso venezolano. Y entonces, un ejército regular no nos servirá para nada. Sólo con una estrategia partisana se puede vencer a una maquinaria de guerra tan superior».

Asiento con la cabeza. Lo que dice el hombre —en la próxima hora hablará casi exclusivamente él— no me parece equivocado. Y sin embargo...

«Sabemos que es ingenuo querer conseguir transformaciones sociales por la fuerza de las armas. No hay proceso sin poder popular, sin la autonomía de las organizaciones de masas. Pero es igualmente ingenuo pensar que esas transformaciones sean posibles sin una estrategia militar. Cuando se profundizan las transformaciones, el imperio siempre recurre a la violencia».

Sale el sol. El sol de la tarde. Por fin, nos secamos. Hago una pregunta. ¿Cómo es posible fortalecer el poder de las bases desde una organización con estructuras militares? Es una contradicción. Una objeción nada original. El comandante Gerónimo asiente de manera enérgica: «Exactamente. Es un gran conflicto. No hay nada menos democrático que un ejército. El arte consiste en no actuar frente a los movimientos sociales de la misma manera como dentro de la organización. Hay que respetar su autonomía y no tratar de controlarlos. Ésta es la diferencia: trabajar en los movimientos, defender sus posiciones allí, pero sin controlarlos».

”No controlarlos”, suena bien, pienso. Muy bien. Menos convincente me parece, entretanto, que un guerrillero a nuestro lado tenga que esperar callado a que el comandante Gerónimo le dé la palabra. Que los comandantes envíen a sus subalternos a traer café y que sean los primeros en recibir la comida. Que hasta mi compañero Santiago, normalmente un espíritu anárquico, empiece a comportarse de otra manera. De manera más sumisa. Como si fuera un honor poder estar aquí. Pero quizás todo esto sólo sea otro elemento de la farsa. Un ejército, que todavía no lo es, tiene que recurrir a las formalidades para reafirmarse en una identidad de la que en el fondo aún duda.

Gerónimo explica los orígenes de las FBL: los años ochenta, Centroamérica, el Partido Comunista Salvadoreño. Se vio entonces que no había otro camino que la lucha armada. Decidieron abandonar la organización juvenil del PC venezolano.

Pregunto por la situación actual. Digo que las reformas del gobierno tampoco son tan espectaculares como hacen creer las reacciones de la oposición. No tan radicales.

Pero Gerónimo es de otro parecer: «Las propuestas de Chávez sí que son revolucionarias. La revolución es movimiento y el proyecto bolivariano está en contradicción abierta con las estrategias de la globalización».

El comandante al lado de Gerónimo sirve un refresco y nos pasa los vasos sonriendo. Un tipo ancho y agradable. Un detalle que se agradece. «Claro», sigue Gerónimo, «el fortalecimiento del sistema cooperativo todavía no es el socialismo. ¿Pero qué significa “socialismo” hoy día? En cuanto a eso, hay más preguntas que respuestas. El proyecto bolivariano avanza hasta donde resulta posible actualmente en el contexto internacional. Puede que en veinte años estas propuestas ya no sean suficientes. Pero de momento han servido para poner en marcha un proceso. Nuestra crítica es otra: creemos que Chávez confía demasiado poco en las organizaciones de base, que subestima la importancia de una conducción política y que desconoce la correlación de fuerzas en el Ejército. Los patriotas no son mayoría allí».

Asiento nuevamente. Ni siquiera la palabra “patriotas” me causa malestar. La afirmación nacionalista permanente —los uniformes con los colores de Venezuela, el canto del himno nacional, las referencias a Bolívar— procede en este caso de un deseo de liberación social. En un país donde la clase dominante se limita a la exportación de los recursos naturales, convirtiéndose así en una mera sucursal del imperio, no resulta extraño que un conflicto social acabe derivando, a la vez, en una lucha por la soberanía nacional. Aun cuando desde Europa todo esto pueda sonar un poco raro.

Conversamos sobre América Latina. Sobre Perú, donde los profesores están en huelga en esos días, sobre el nuevo presidente argentino Kirchner que habría resultado —según los guerrilleros— una sorpresa positiva y sobre la importancia de las elecciones subestimada por la izquierda.

Cae la noche y los mosquitos se muestran más agresivos. Gerónimo comienza a hablar de Colombia. La guerra traspasa permanentemente la frontera. Dice que el ELN lleva veinte años operando en territorio venezolano, las FARC como quince. Al principio, las FBL recibieron apoyo del Frente Domingo Laín, el frente regional del ELN. Desde hace un año, sin embargo, las relaciones se han

enfriado. «O, mejor dicho, se han puesto calientes». Los hombres sentados bajo el toldo de plástico hacen una mueca de preocupación. «Hay amenazas», interviene otro de los comandantes, «el ELN ha asesinado a un compañero nuestro. No respetan nuestra autonomía. Y trabajan con gente muy rara. Por ejemplo, con políticos de los partidos tradicionales venezolanos».

Me deprime lo que oigo. Es cierto que en muchos casos —como en el colombiano— no hay alternativas a la resistencia armada. Pero aun así no deja de ser un fiasco. Por mucho que los protagonistas de una guerra sean conscientes de que la elección de los medios también los cambia siempre a ellos, no saben librarse de esta dinámica. Como me enteraré después, las acusaciones de las FBL son —por lo menos en parte— ciertas. Aunque también hay inculpas igual de graves por parte de los colombianos.

Poco a poco, se va haciendo de noche. Se me han pasado las ganas de conversar.

Comemos en la penumbra, huele a fuego de leña. Me gusta el olor. Los sonidos de la selva son ensordecedores: grillos, sapos, pequeños animales que se mueven en la maleza. Nos quedamos sentados en la oscuridad, me siento mal, la ropa todavía está mojada. Hacia las diez —las noches se hacen largas cuando no hay luz—, por fin, nos vamos a dormir. Tendemos nuestras hamacas en la *veranda* de una cabaña de palmas. Contemplo el techo negro sobre mi cabeza y pienso en Colombia. Lo que más me ha quedado en la memoria de allí es la hospitalidad. Los campesinos colombianos siempre se preocupaban por ti. Te enseñaban —al gringo torpe— cómo hacer un nudo de hamaca rápido de soltar y te ayudaban a pasar con chistes los malos ratos en los que uno era presa de la desesperación, en vista de los acontecimientos de esta guerra inacabable y cruel.

Lo decisivo, pienso antes de dormirme, no son los discursos políticos o los programas. Lo decisivo es, si se logran convertir los discursos de solidaridad en actuacio-

nes concretas que puedan hacer realidad en el presente —por momentos, días o meses— promesas de futuro en colectividad. Como un adelanto de lo posible.

Pero quién sabe si esto también forma parte de la situación: ¿cómo se va a animar a un gringo, cuando uno apenas se ha acostumbrado a esta maldita vida de guerra?

Circo

De nuevo en Barinas. En la carretera de salida se ha instalado un circo: los hermanos Gasca. La carpa brilla en la noche temprana más allá de las casas bajas de la ciudad, elevándose por encima del polideportivo y del asador donde un grupo toca hoy llaneras. Deambulo por las calles. Barinas es como un suburbio grande: construcciones de una sola planta, garajes, jardines de entrada, patios traseros. No parece haber problemas de espacio en los Llanos. Por lo menos, ésta es la primera impresión que le queda a uno.

Oscurece rápidamente. Las nubes bajas son tragadas por la noche, huele a pastos. Paso por delante del asador-restaurante. Los músicos están sacando sus instrumentos: arpa, guitarra y maracas. Resulta enigmático cómo justamente unos vaqueros llegaron a descubrir y hacer suyo el arpa.

En la esquina me espera un terremoto sonoro: ruido de tráfico en una avenida de cuatro carriles de aspecto provinciano, los anuncios típicos con los que un cibercafé intenta llamar la atención de los transeúntes, la tecnocumbia de los baffles colocados en la puerta de un mercadillo. A pesar de la música espantosa, entro en el recinto. Una toalla me vendría bien. Mezcla extraña de productos: artesanía, ropa interior colombiana, zapatos, vídeos piratas. Se acabaron las toallas, mala suerte, sólo queda ropa interior de importación, me dicen.

Salgo del recinto, huyo del radio de acción de las ondas sonoras de la tecnocumbia y de nuevo la vista se me queda

clavada en el circo. De alguna manera me atrae. En las novelas de Gabriel García Márquez hay un tema recurrente que recuerdo particularmente bien: la fascinación por lo pasajero. En la historia de Aureliano Buendía son los gitanos los que traen novedades y sensaciones a la soledad de Macondo. «*Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales daba a conocer los nuevos inventos*».

¿Dónde se podría situar mejor el relato con el que se inicia *Cien Años de Soledad* que en una ciudad como Barinas, una población mediana de los Llanos orientales, tierra de nadie ganadera?

La función del Circo Gasca ya ha comenzado. Me encuentro con el gerente, el cual viene de la población colombiana de Chiquinquirá. Cojea un poco. De pie ante los cercados de los animales —elefantes, camellos, caballos— y unas flamantes caravanas *made in USA*, el gerente me empieza a hablar del circo. Los hermanos Gasca proceden de México, pasan más o menos un año en cada país y van a quedarse tres semanas en Barinas. La vida en el circo es triste y feliz al mismo tiempo porque, por un lado, se conoce el mundo como pocos turistas logran hacerlo, pero, por el otro, no se pueden trabar amistades duraderas en ninguna parte y uno acaba por reducir sus relaciones a la pequeña comunidad del circo. «Sólo los miembros de las familias de artistas aguantan una vida así, los que nunca han conocido otra cosa».

Le pregunto si hay muchas diferencias entre los países; si es importante tener presente dónde se actúa. Asiente. Dice que la gente es muy bruta en algunos lugares. «Indios. Incultos. En Ecuador, por ejemplo, nos tiraron papas porque querían que les devolviéramos el dinero. ¡Menuda gentuza!»

La taquilla ya ha cerrado, pero el gerente me deja entrar sin pagar. Las cuatro quintas partes de los asientos de la carpa están vacíos. Aflora en mí un cierto sentimiento de lástima. El destino de los autores: una gira de lecturas de presentación, poco público, el esfuerzo por quedar bien con todo el mundo, por ganarse la simpatía del espectador —que sólo se aguanta guardando cierta distancia al mismo tiempo—, la duda. En ese sentido, los escritores, los domadores de leones y los músicos de metro se enfrentan a retos parecidos. Aplauzo de manera llamativamente ruidosa y prolongada.

Vienen a continuación los números de circo al uso: payasos, animales, acrobacia. Pero todo muy mexicano. En el trapecio aparece Spiderman con su máscara. Los mexicanos tienen una debilidad por los personajes enmascarados. Los luchadores de *wrestling* pelean casi siempre con disfraces de personajes de cómic. El papel del héroe pop extravagante está tan difundido que en los años ochenta incluso surgió una nueva forma de hacer política en los barrios de México D.F.: Superbarrio fue una organización comunitaria cuyos activistas se escondían tras una máscara de superhéroe, haciéndose pasar por luchadores justicieros en la tradición del Zorro.

Spiderman, figura atlética con botas altas, atadas hasta arriba con cordones rojos, hace sus acrobacias directamente encima de nosotros. Sin red. Spiderman hace sus piruetas en el aire sobre una barra de hierro, sin manos. Me pregunto cómo lo hace. Dónde engancha sus botas para no perder el contacto con la barra. Luego vienen las motos. Tres motos de cross que se mueven en círculo

simultáneamente sobre una esfera metálica de ni siquiera cuatro metros de diámetro, mientras que desde los bafles retumban las electrorrancheras. Este circo es realmente muy mexicano. Haciendo las pruebas para este número tienen que haber arruinado todo un parque móvil.

Pasados treinta minutos, el espectáculo llega a su fin. El gerente del circo —de unos treinta y cinco años— convoca a los artistas a la pista. Los hombres van vestidos de payasos, de Spiderman o con chaquetas de motoristas. Las mujeres llevan bikinis centelleantes.

Vuelvo a casa paseando. Me encuentro a Santiago sentado delante de la puerta. La noche es suave. Tomo una silla y me siento a su lado. Resulta agradable viajar con Santiago. Pertenece a ese tipo de personas que, obligadas a escoger entre el cinismo y la excentricidad, se han decidido por el marxismo de Los Hermanos Marx.

«¿De dónde vienes, *mano*?»

«Del circo», contesto.

«¿Circo?»

«Sí. Le he agarrado el gusto a las escenificaciones».

Hace una mueca de ofendido. Después de todo, la excursión al campamento de los llaneros solitarios fue idea suya. «¿Y cómo ha ido?»

«Chévere. Mujeres atletas en bikinis brillantes y hombres en moto».

«No está mal».

«Y Spiderman».

«Spiderman, uno así no nos iría nada mal».

«¿En los Llanos?», le pregunto burlón. En *Héroes Convocados. Manual para la toma del poder*, de Paco Ignacio Taibo II, el protagonista despliega a todos los superhéroes de su infancia para sacar al movimiento estudiantil derrotado del atolladero. La propuesta no me pareció mal. Los poderes de Superman, Neo y Lucky Luke —“el hombre que dispara más rápido que su sombra”— podrían sernos muy útiles en la lucha de clases. ¿Por no hablar del prestigio que nos darían! ¿Pero Spiderman? «¿Para qué quieres a

un tipo que sabe trepar en una región plana como una mesa de billar?»

Santiago se encoge de hombros. «No me refería para aquí, sino para los comandos urbanos...»

Zamora

Barinas de día. La universidad: un par de edificios que antes albergaban un hotel, un campus inmenso con una piscina vacía y abandonada, estudiantes que pintan pancartas para un congreso nacional. La UNILLEZ, la Universidad de los Llanos Ezequiel Zamora, es una escuela superior experimental. En 2001, el movimiento de reformas fue rechazado en las grandes universidades, las cuales gozan de autonomía universitaria. Fue la primera gran campaña de la oposición contra las reformas en el país; y el rectorado, los estudiantes acomodados de clase media-alta y los medios de comunicación trabajaron mano con mano. Por eso, en la actualidad, las reformas se limitan a las pequeñas universidades experimentales: cuotas para bachilleres de los colegios públicos, becas y una educación integral; el denominado «Modelo Robinson». Se pretende unir práctica y teoría, acortando la carrera universitaria. Lo que es una reivindicación del capital en Europa, sirve aquí para facilitar el acceso de las mayorías a la universidad, ya que las carreras más cortas son más fáciles de financiar.

En el pasillo frente al secretariado la gente de la organización estudiantil charla con el rector. Él comenta que quieren crear una nueva facultad. La de Medicina sería demasiado cara para la UNILLEZ, pero una de acupresura sería viable. El sesenta por ciento de las intervenciones médicas son tratamientos de dolor, y para esos casos no es necesaria la medicina convencional. «La medicina alternativa y los métodos de curación tradicionales pueden jugar un papel mucho más grande. Se debe tener más en consideración la utilidad práctica».

Cuando Santiago y yo regresamos del edificio principal de la UNILLEZ a la parada de autobús, tengo la impresión de estar en una finca en el campo. Los Llanos se parecen bastante al centro-oeste norteamericano: ganado, *pickups*, hombres obesos a los que se les nota el consumo diario de carne y cerveza. Pero también: tiendas de computadores, cibercafés, las grandes parabólicas de las empresas de telefonía móvil. Nos dirigimos a la sede de la organización campesina. Un pequeño local que no es más que una peluquería con un patio interior regentada por una activista. Frente Campesino Ezequiel Zamora: Zamora, general de la guerra civil, comandante de un ejército guerrillero, azote y terror de los ricos, decretó por primera vez una reforma agraria en el siglo XIX por la cual es odiado hasta el presente por la oligarquía venezolana. Un nombre ciertamente apropiado para una asociación campesina.

Santiago me presenta a la gente reunida. Los típicos “sin tierra”: decididos, necesitados, directos. Ramón, el vocero esta noche, lleva una cachucha del MST brasileño. Empieza afirmando que los *Sem Terra* son un ejemplo para todo el continente, para a continuación explicar el proceso de constitución del Frente Ezequiel Zamora. En todas partes me encuentro con las mismas historias: que la gente ha estado dormida hasta hace dos años, que Chávez los ha despertado y que los intentos de golpe de Estado de la derecha les reafirmaron en la convicción de tener que organizarse. Que no sabrían decir cuántos campesinos militan hoy día en el frente porque cada día entra gente nueva. «Estamos creciendo».

Después de los intentos gubernamentales de cambio en el sector educativo, el segundo desencadenante de la ofensiva derechista en 2002 fue la reforma agraria. Y eso que la reforma no es precisamente muy radical. Los latifundios abandonados que excedan cierto tamaño pueden ser confiscados y redistribuidos. No obstante, el Estado tiene que indemnizar a los propietarios pagando el valor real de las tierras en el mercado. Dado que el gobierno

venezolano no tiene recursos para medidas semejantes, a corto y medio plazo serán repartidos sólo terrenos municipales y estatales. Para que los campesinos empobrecidos no vuelvan a vender los nuevos títulos de tierra, repitiendo la historia de la reforma agraria de 1961, esta vez reciben títulos inalienables. El Estado anima a los pequeños agricultores a formar cooperativas y les da apoyo financiero y técnico. Una transformación de la economía hacia un modelo cooperativista. *Teóricamente*. La organización ganadera FEDENAGAS se opone a la reforma agraria. Los latifundistas no aceptan que se cuestione su poder. Ocho campesinos han sido asesinados desde el comienzo de la reforma solamente en el estado de Barinas. Mientras tanto, el Estado hace equilibrios, indeciso, entre los grandes latifundistas y el movimiento de los sin tierra. Esto también es parecido a la situación de Chile en 1973: algunos funcionarios del Estado venezolano han sido víctimas de atentados de derechas, otros se han dejado sobornar por los terratenientes.

«Chávez sí quiere. Pero en su equipo hay muchos saboteadores. En el MVR ha entrado mucha gente de los aparatos políticos tradicionales», dice Ramón. Y otro campesino agrega: «Somos diecinueve cooperativas en Barinas. Nos han prometido 17.000 millones de bolívares para créditos y para la construcción de casas y carreteras». 17.000 millones de bolívares son unos diez millones de euros. «Ahora el Ministerio no quiere soltar el dinero porque los latifundistas dicen que sólo si reciben ellos las subvenciones podrán garantizar el abastecimiento de alimentos».

Un conflicto de objetivos; *teóricamente*. ¿Se quiere asegurar primero el autoabastecimiento del país con alimentos o promover de una vez la construcción de una economía alternativa? ¿Se puede alcanzar la soberanía agroalimentaria, apoyándose en los métodos de cultivo extensivos del latifundio? ¿Es razonable confiar el abastecimiento de alimentos a unas cooperativas recién fundadas de las que nadie sabe si realmente funcionarán?

Pero no se discute en estos términos. Una semana más tarde, 100 familias organizadas en cooperativas son desalojadas en el estado de Barinas. Un ganadero ha sobornado a un juez al que ni siquiera le compete el caso, pero que ha dictado una orden de desalojo. La policía de un municipio gobernado por el MVR lleva a efecto la orden. Juan, mi amigo del 23 de Enero que trabaja en el Ministerio de Agricultura, diría después que la corrupción nunca había sido tan grande como ahora. «Peor que en la IV República».

«Las simientes sí que han llegado», dice Emilia, la mujer de Ramón. «Pero con un mes de retraso. El maíz tiene que llegar hasta las rodillas antes de que empiece el invierno. Si no, la lluvia lo aplasta. Pero sembraremos a pesar de todo. Tenemos que producir. Tenemos que demostrar que hay alternativas».

Producir, producir, producir. Otra cosa que se escucha en todo el país.

En casa, tendido en la hamaca, atosigo a Santiago con preguntas sobre Perú. Sobre el general Velasco, que estuvo en el gobierno de 1968 a 1975. El hombre tenía bastantes semejanzas con Chávez, su programa fue incluso más radical en muchos aspectos. Velasco nacionalizó la banca, los periódicos y las minas, los trabajadores recibieron acciones de las empresas, hubo una reforma agraria y se fortaleció la economía nacional.

«Se intensificaron las relaciones con la Unión Soviética y se empezó a hablar de la vía yugoslava al socialismo. Cuando la revolución iba a entrar en su segunda fase, la derecha dio un golpe de Estado».

«¿Y qué quedó?»

«Una parte de nuestra organización venía del velasquismo».

«Bacano», digo. «Aquellos de tu organización que no fueron liquidados por la policía o por Sendero, hoy están en la cárcel, en el exilio o reinsertados».

Santiago no me hace caso. «Además, el velasquismo

facilitó la aparición de una burguesía peruana. Antes no había una burguesía nacional en el Perú».

«Suena cada vez más maravilloso», comento. «¿Y en Venezuela va a pasar lo mismo ahora?»

Vacila un poco. «Sí, puede ser...»

No hay que burlarse, pienso. Setenta años de la URSS tampoco han dejado más que un montón de basura nuclear, estupendas chaquetas de chándal de segunda mano y el nacimiento de una burguesía. De una burguesía formada por ex funcionarios comunistas y mafiosos.

Leninistas, anarquistas o velasquistas, lo mismo da: la izquierda la constituyen un montón de perdedores en todo el mundo.

«No hay nada seguro», dice Santiago. «En la historia hay que arriesgarse».

Asiento con la cabeza. Es un poco comparable con el número de los hermanos Gasca. Toca hacer acrobacias sin red y el público está pendiente de si alguien se pega el gran leñazo. La vida es un circo.

«A veces sí que me alegro de ser un gringo pendejo que sólo viene a mirar».

Poder popular

Cuando comienza el “invierno”, la época de lluvias, todo cambia. Las laderas de las montañas adquieren un aspecto diferente. Más selvático. Las distancias crecen a pesar de que el aire húmedo parece acercar como un zoom los poblados alejados. Los cerros se tornan misteriosos, uno pierde la orientación. Detrás de una cordillera ya no se eleva la siguiente, sino una pared de neblina. En las copas de los árboles se enredan velos nebulosos, las pendientes brillan de una forma irreal cuando la capa de nubes se entreabre por un momento y, con la tierra mojada, también el resto del paisaje se tiñe de oscuro.

Estamos en la carretera de salida al este de Caracas, a unos kilómetros de Petare, el barrio más grande de América Latina. Es decir, 200, 500 o 800 barriadas que se reúnen bajo el nombre de Petare; se dice que aquí vive un millón de personas. La transición de los cerros secos, cubiertos de matorrales, a las cordilleras montañosas húmedas y boscosas de fuera de la ciudad es abrupta; y, sin embargo, no se puede señalar una frontera exacta.

Viajamos en un *pickup* cubierto. El vehículo arrastra tras de sí una cola de agua, parece abrir surcos en la humedad, y nuestro acompañante, un hombre llamado Luis, nos informa del proyecto de viviendas que vamos a visitar este día. Mientras habla, pienso en Medellín: las calles que recorren las sierras; hace tiempo que quedó atrás la ciudad y uno se sigue encontrando con casas de ladrillo sin revoque bordeando la carretera, los montes parecen una promesa. Por alguna razón, tengo una relación rara con la montaña. Quizás porque me siento protegido en sus faldas; quizás porque representa lo incontrolable —desde un punto de vista topográfico, pero también político—; quizás porque un paisaje intrincado deja preguntas sin respuesta y puertas abiertas a la curiosidad.

Un poco antes de Los Winches, nuevas barriadas de cartón se extienden al lado de la carretera. Luis dice que la oposición promueve nuevas ocupaciones. En los canales privados se informa como nunca antes sobre el desempleo, los niños de la calle y la desnutrición; y las nuevas barracas de madera y cartón les vienen muy bien. No es la primera vez que escucho esta acusación. Hace unos días, una mujer de un comité de tierra del barrio de Las Mayas me dijo que estaba harta de ocupaciones. Antes había que hacerlo porque no existía otra opción. Hoy, en cambio, sólo es una cuestión de comodidad. «Ahora tenemos la posibilidad de diseñar proyectos, solicitar recursos y construir razonablemente». No estaba seguro de si esto era una crítica justificada a unos vecinos que con sus construcciones ponen en peligro la vida de sus congéne-

res o el comentario de una privilegiada. La gente suele olvidar rápidamente su origen social cuando las cosas les empiezan a ir un poco mejor.

Los Winches: la gente de la asamblea vecinal ya nos está esperando en la esquina. Hay tres modelos de rehabilitación diferentes en el barrio. En la parte alta se han reemplazado las barracas por sesenta minichalés adosados; en la del medio está previsto levantar grandes bloques con varios centenares de viviendas en un solar vacío; y en la parte baja simplemente se van a mejorar los *ranchos*. Lo que resulta distintivo del proyecto es que lo desarrollaron los propios vecinos. «Cuando la gente presentó el proyecto», dice Luis, «las autoridades no quisieron creer que había salido del mismo barrio. Preguntaron quién más había detrás del proyecto. Pero no había nadie más detrás».

Subimos la pendiente con la camioneta y luego atravesamos la población a pie. Tocando a Los Winches se extienden campos de cultivo, de campesinos de la zona, pero también de la gente de la barriada. Los voceros nos muestran las casas nuevas. Nos explican que la comunidad está organizada en una cooperativa, que todo es discutido y decidido por la asamblea general. «Es una nueva forma de vivir: poder popular». Y Luis añade que esta forma de democracia, que parte de lo local, mina la institucionalidad dominante y crea, al mismo tiempo, una nueva relación con el Estado. Sólo quien se organiza tiene acceso al dinero. En el caso de Los Winches, el gobierno adjudica recursos a empresas privadas que, a su vez, tienen que emplear a los miembros de la cooperativa como fuerza de trabajo. Los nuevos propietarios tienen que pagar sus casas, pero reciben créditos de bajo interés. Además, se contabiliza el valor de las barracas derribadas y se descuenta del precio de la compra. Una forma de construcción de viviendas sociales sobre bases autogestionarias y que exige la implicación de sus habitantes. Por lo menos para Venezuela, esta idea es algo nuevo.

Visitamos las diferentes barriadas de Los Winches. En total, vivirán aquí unas diez mil personas. Se trabaja por todas partes; como consecuencia de la crisis presupuestaria estatal menos de lo planificado, pero sin embargo bastante.

Al finalizar el recorrido nos encontramos con un oficial. El programa de rehabilitación de viviendas es coordinado por una unidad especial del Ejército: el plan AVISPA. Se produce una discusión breve e inesperada. Luis comenta que muchos suboficiales sufrieron un *shock* en 1989. Durante el “Caracazo” sintieron lo grande que se había hecho la distancia con la población. Tras el asesinato de cientos de civiles, una gran parte de los militares ya no quiso seguir siendo el perro de presa de la oligarquía.

El oficial se siente ofendido. Responde que las Fuerzas Armadas siempre estuvieron del lado del pueblo. ¿Cuántos soldados provienen a caso de las zonas residenciales de clase alta? ¿Dónde viven la mayoría de ellos? Si realmente hubiera una distancia, ¿cómo iban ser respetados como vecinos en todos los barrios humildes? Sin dar tiempo a nada más, el oficial se monta en el carro, declara que se le hace tarde y que todavía tiene muchas cosas por resolver, y se va. Se nota que, a pesar de todas las declaraciones contrarias, la relación entre la izquierda y los militares sigue siendo tensa. Lo que, por otro lado, no es tan sorprendente. Hasta hace poco andaban a tiros.

De regreso a Caracas, pregunto por el término “poder popular”. Luis contesta que los militares no fueron los únicos que se tuvieron que cuestionar en los años ochenta. También para él se derrumbó entonces todo un mundo; Luis militaba en esa época en la guerrilla maoísta Bandera Roja (aliada hoy en día con la ultraderecha).

«Nos tocó vivir en propia carne la debacle de las vanguardias. Nuestros líderes gastaron la plata que nosotros habíamos reunido en viajes a Europa. Se aprovecharon de su posición para acostarse con las compañeras jóvenes y se dedicaron al radicalismo verbal. Después ya no quise entrar en ninguna organización. Comenzamos a trabajar

en proyectos de base, a construir poder popular. Porque teníamos que hacer algo, aunque fuera sin partido».

Mostrador de quesos, hora 5.222

En el supermercado: dos señoras mayores de aspecto adinerado hablan del programa de televisión de la noche anterior.

«¡Tanta miseria! Pero el reportaje fue un golpe para el gobierno».

«Sí. Chávez no lo sobrevivirá».

La oposición no da tregua. La hora 5.222 de la resistencia en la plaza Francia. Entretanto, el indicador digital se ha parado. Después del golpe de Estado fracasado, del paro petrolero y de las campañas mediáticas internacionales contra el supuesto simpatizante de la guerrilla colombiana Chávez, ahora les toca a los pollos. «Escasez de alimentos» titulan los diarios, y gente que apenas sabe de qué lado se tiene una sartén, porque en su casa una sirvienta se encarga de los trabajos domésticos fastidiosos, se juntan cada dos noches para golpear cacerolas como locos: «¡Hambre!». Mi compañera de piso, Carol, me ha dicho que incluso hay CDs con cacerolazos para aquellos a los que eso de aporrear ollas les parece demasiado agotador. No sé si será otra de las exageraciones simpáticas de Carol.

Lo de la escasez de alimentos, por lo menos, no lo es. En diciembre de 2002, la harina de maíz Harinapán desapareció del mercado. La empresa productora, casi un monopolio, retiró del mercado la harina imprescindible para la producción de las arepas, el alimento básico número uno de Venezuela. Para que realmente se sintiera el “paro”. El gobierno, que buscaba frenar el incremento del coste de la vida, había empezado a regular los precios. Desde entonces, sólo hay harina irregularmente.

Algo parecido pasa ahora con la carne de pollo y los huevos. Los productores de pienso, que también actúan

como oligopolios, han aumentado los precios de tal manera que ya no se puede ganar nada con la venta regulada de carne de pollo. Como consecuencia de esto no ha estallado una hambruna, pero la escasez se nota sobre todo entre los más pobres. Los alimentos hechos a base de pollo son la fuente de proteínas más importante de la población con menos ingresos.

La historia de siempre: los gobiernos que no se pueden derrocar, son estrangulados hasta que caen. Chile 1971-1973: paro de los transportistas, ataque a los precios del cobre, desinversión. No es que el gobierno de Chávez no sea capaz de crear caos por sí mismo: ha contado con cincuenta y cinco ministros y secretarios de Estado en cuatro años. Pero como este caos no es suficiente para movilizar a la población contra el presidente, la oposición ahora apuesta por provocar nuevos problemas de abastecimiento.

El Estado y las comunidades reaccionan con la construcción de redes propias de distribución. El gobierno ha instalado en los barrios los llamados «Mercal», tiendas donde se consiguen los productos básicos a precios garantizados. En vista de la falta de infraestructuras, las organizaciones comunitarias, los pequeños comerciantes y las Fuerzas Armadas han sido integrados al proyecto. Los comités de tierra y los tenderos se pueden registrar como vendedores, y vender los productos básicos distribuidos por el Estado a precios bajos regulados. Además, el Ejército y la Guardia Nacional recorren los barrios con camiones vendiendo de manera ambulante artículos subvencionados. Este programa golpea a las cadenas de supermercados, cambia la conciencia de los soldados y posibilita el desarrollo de una política de compras. A fin de promover la transformación de la economía y la integración latinoamericana, el Estado se abastece en las cooperativas agrícolas y en los países vecinos. En algunos barrios se han formado circuitos de producción y consumo. Los comités de tierra se conectan directamente con cooperativas campesinas. Una economía alternativa potenciada desde dos lados.

«Esa gente sufre mucha hambre allí en los barrios», dice la señora delante del mostrador de quesos. Rodeada por estanterías repletas de productos de importación.

«Sí, es una vergüenza», contesta su amiga.

Pongo los ojos en blanco, el vendedor detrás del mostrador sonrío. No sé si por mí o por las mujeres.

Contenido *versus* forma

Carlos R. Villanueva. Por donde quiera que vaya por el centro de Caracas me tropiezo con sus huellas. El Museo de Bellas Artes, el barrio de viviendas sociales 23 de Enero, la universidad, la escuela politécnica. Según los manuales, Villanueva ha sido el arquitecto venezolano más importante del siglo XX. “*Venezolano-europeo*” sería más adecuado. Nacido en Londres en 1900, se fue a los veinte años a estudiar a la École des Beaux Arts de París y hasta 1929 no viajó por primera vez a Venezuela, en donde se convirtió en uno de los representantes más destacados de la modernidad latinoamericana. A diferencia de Oskar Niemeyer, el creador de Brasilia, Villanueva no diseñó ciudades sobre tableros de dibujo. Él dejó su impronta personal en una metrópoli ya existente.

Sin saberlo, yo ya había tenido antes una relación íntima con Villanueva. A principio de los noventa, venía a menudo a la capital venezolana y siempre buscaba sitios donde pasar algunas horas sin tener que gastar mucho dinero. En Caracas no hay muchos sitios tranquilos de acceso público. Por eso, acababa casi siempre en los alrededores de un complejo residencial blanco y de aspecto mediterráneo en el centro. Son edificios de protección oficial de los años cuarenta: cuatro plantas, arcadas y patios espaciosos donde reunirse. El complejo se llama “El Silencio”, y aunque ese nombre no resulte hoy en día más que una burla —los *carritos* compitiendo a bocinazos por los pasajeros, la miseria callejera y los buhoneros

han tomado posesión de calles y aceras—, los edificios de El Silencio siguen irradiando energía y tranquilidad.

El complejo ha dejado de ser un ejemplo, las plazas entre los edificios ya no son un sitio de encuentro. El centro se ha convertido en un ruedo de lucha por la supervivencia. Pero todavía se siente el espíritu de una arquitectura para la cual lo social pesaba más que el beneficio económico; un urbanismo que no reducía la ciudad a las funciones de control, representación y valorización de capital.

La Universidad Central: Helmut y Sabine me acompañan a visitar la obra maestra de Villanueva. Aulas de clase abiertas ventiladas por la corriente de aire, pasadizos con techo que sirven de conexión entre las facultades, la Plaza Cubierta, un pórtico abierto delante del Aula Magna: los espacios interiores y exteriores confluyen aquí de manera armoniosa. Helmut me hace notar la fusión entre funcionalidad y reducción, por un lado, y las formas arqueadas y flotantes por el otro. «Y todo esto se hizo en un tiempo en el que todavía se tenía que dibujar sin recursos técnicos». En el edificio principal uno se encuentra con juegos de luz, los rayos que penetran por las retículas de hormigón que delimitan las salas proyectan dibujos en el suelo. «Inteligencia arquitectónica», dice el amigo austriaco. Pero lo que más le gusta es la integración del arte en los espacios abiertos. De Alexander Calder son las *Nubes* colocadas en la Aula Magna, unas esculturas que refractan, reflejan y aumentan al mismo tiempo la luz de la sala de una manera muy especial. Al aire libre hay murales y esculturas de Jean Arp, Henri Laurens, Fernand Léger y Víctor Vasarely. «Increíble», dice Helmut, «cómo Villanueva dio acogida a la vanguardia de entonces». En plena dictadura. La mayor parte de las obras modernas venezolanas fueron realizadas bajo el gobierno del general Marcos Pérez Jiménez, entre 1948 y 1958. Aunque tampoco resulta tan sorprendente; el urbanismo latinoamericano se ha visto vinculado más de una vez con gobiernos autoritarios. ¿Quién, si no, hubiera podido concebir ciudades de una manera tan radicalmente nueva?

Se trata, en consecuencia, de un espacio de concepción progresista a pesar del patrocinio de un dictador. De una arquitectura que anula los antagonismos: interior contra exterior, arte contra cotidianidad, ociosidad contra funcionalidad; y que, sobre todo, construye espacios que reconocen lo social. Hay pocos sitios en la Universidad Central que no sean aptos para el encuentro. Este carácter progresista, sin embargo, no se transforma en práctica social. Las limitaciones de la forma, se me ocurre. No es verdad que la forma y el contenido constituyan un unidad inseparable. Es una de las afirmaciones a la defensiva menos consistentes de los artistas. Ni siquiera las formas concebidas de manera más inteligente pueden retener el contenido. Éste se ve sometido siempre de nuevo a la negociación: es objeto de interpretación y reinterpretación continuas por las prácticas sociales, transformado en su contrario, reconstruido. Y así, la Universidad Central figura hoy día entre los sitios más conservadores de Venezuela, donde apenas se nota el proceso de transformación. No hay euforia democrático-participativa, no se palpa una nueva autoconciencia, no se escuchan las referencias continuas a la nueva Constitución. Sí que hay, en cambio, *reacción*, en el sentido literal de la palabra. Actitud de defensa, rechazo de las reformas en curso, estereotipos de desprecio.

Camino de la biblioteca, un estudiante nos cuenta que el problema principal de Caracas estriba en el gran número de pobladores de las barriadas, la mayoría de ellos extranjeros, que no quieren trabajar. Gente que siempre tiende la mano para exigir ayuda del Estado. Le hago una pregunta. Resulta que el estudiante nunca ha estado en una barriada. Debido a la delincuencia, por supuesto. Hablar es a veces peor todavía que el silencio. La invisibilización de las barriadas resulta a veces más fácil de aguantar que el hecho de que se le atribuyan continuamente atributos desde afuera.

Nos vamos a visitar a Andrés a su despacho. Allá se ve obligado a bajar la voz cuando habla de política. Los docentes de izquierdas corren el peligro de ser despedidos; el rectorado se encuentra en manos de la oposición. Fue en la universidad donde la derecha logró parar al gobierno por primera vez. «En el año 2001», narra Andrés, «algunos estudiantes ocuparon el rectorado para reclamar cuotas y becas para hijos de familias pobres. Entretanto, el ochenta por ciento de los estudiantes provienen de colegios privados. La dirección de la universidad, los media y muchos estudiantes se movilizaron en contra de esta ocupación. La reforma fue rechazada y los protagonistas de la protesta fueron expulsados». Me acuerdo: un amigo del 23 de Enero tuvo que dejar por este motivo la universidad. «Fue la primera campaña concertada contra el movimiento de reformas en el país».

Me viene a la mente la afirmación de un escritor amigo: «La forma sin contenido es diseño». En Caracas, a veces, me hago la pregunta contraria: ¿qué pasa cuando el contenido se independiza de la forma, cuando el contenido se apropia de la forma de una manera totalmente imprevista? La universidad, caracterizada por la modernidad arquitectónica, es decir, por una promesa de emancipación, resulta ser una bastión de la antirreforma.

En el distrito del 23 de Enero, que fue codiseñado también por Villanueva fundamentándose en las concepciones de Le Corbusier, los bloques de viviendas —originalmente planeados para pacificar y controlar a la población empobrecida— se han acabado convirtiendo en un área autogestionada. En los techos ondean banderas rojinegras; en las paredes se ven murales con luchadores de la resistencia chilena y con Alí Primera, el gran cantante de canción protesta venezolano. Aquí la historia se podría decir que ha transcurrido en sentido opuesto. Los edificios fueron simplemente ocupados por el movimiento de resistencia. Surgieron nuevas barriadas entre los bloques concebidos para la desaparición de las barriadas; y entre las casas de ladrillo y las

viviendas sociales nació una conciencia distintiva de oposición radical a las clases dominantes. Tenemos, por otro lado, el complejo de edificios de Parque Central, el área de *Blade Runner*, en cuyo ático una radio alternativa celebra ritos afrocatólicos.

Si la forma sin contenido es diseño, ¿qué es entonces una forma arquitectónica que es interpretada por el contenido de una manera totalmente distinta a la planeada originalmente? ¿Los bastidores?

Después de la conversación con Andrés, me voy a pasear con Helmut y Sabine por los parques de la Universidad Central. Nos ponemos a contemplar mosaicos, canchas deportivas y aulas de clase. Puede ser que la Universidad Central sea una obra arquitectónica peculiar, pero aun así me siento incómodo. Al final lo que prima son las preferencias. A los estudiantes seguro que les gustan las plazas de la universidad, pues se juntan allí para conversar. Pero que hablen de algo más que de marcas deportivas y el tipo de prácticas sociales que desarrollen depende de cosas totalmente distintas a la forma arquitectónica. Y lo cierto es que muchas veces la comunicación y la acción social se desarrollan incluso más rápidamente en aquellos sitios donde no están previstas.

Por una actitud de rechazo.

En casa de M.

Algunos días en Bogotá. No hace más de quince meses que estuve aquí por última vez y, sin embargo, el *shock* no puede resultar más fuerte. En el centro de la capital colombiana se manifiesta el progreso. La mayoría de los *gamines* han sido expulsados del centro; el barrio colonial se encuentra en proceso de rehabilitación. Una nueva línea de autobuses privada, el Transmilenio, atraviesa las calles del centro histórico bajo protección policial. En las anti-

guas tiendas se han abierto bares con decoraciones interiores de estilo europeo. Subimos de paseo por la 6.^a Carrera.

Plan Colombia: una tanqueta, la nueva unidad antiterrorista del Ejército con uniformes estadounidenses, una docena de policías en la esquina, patrullas militares, dos camiones del Ejército, agentes en moto: los copilotos empuñando el fusil listo para disparar. Al día siguiente — Día de la Independencia, ¿día de la independencia de quién?— cinco helicópteros sobrevuelan dando vueltas la ciudad. Tengo frío.

El siglo XXI se aparece por todas partes. *Colombia: laboratorio del neoliberalismo*. Un laboratorio para examinar hasta dónde llega el aguante de la gente. Un Estado saneado y reducido a su mínima expresión se limita a sus funciones centrales: una carta normal a Europa cuesta el salario diario de un obrero. En la calle, M. y yo nos topamos con dos mujeres campesinas: la vieja lleva un bebé en sus brazos, está muy enfermo. Las mujeres nos cuentan que no las habían admitido en ningún hospital. Les faltan 18.000 pesos —cinco euros— para la visita médica. El sistema de salud público ha dejado de existir. El presupuesto de salud y educación equivale a un tercio del del Ejército. *Laboratorio de lo grotesco*: nuestros amigos de las organizaciones sociales disponen de guardaespaldas. Gracias a las campañas internacionales consiguieron, por lo menos, que el Estado se haga cargo de esta protección. Aun así, nunca se sabe lo que le espera a uno cuando sale de las sedes sindicales o las oficinas de derechos humanos previa mirada por la cámara exterior. *Laboratorio de la mentira*: el gobierno negocia con los paramilitares. Consigo mismo. Después de decenas de miles de muertos, los escuadrones de la muerte salen impunes: son los mismos grupos que controlan el narcotráfico. Mientras, los EEUU ordenan fumigar gran parte del campo colombiano con herbicidas; supuestamente para luchar contra el narcotráfico. *Laboratorio del terror*: el vicepresidente Santos declara ante la prensa que la política de seguridad del

gobierno es un éxito. Para juzgar si tiene razón se debería saber qué objetivos persigue el gobierno. La cifra de masacres ha disminuido, pero la de los asesinatos selectivos va en aumento. La Comisión Colombiana de Juristas cuenta 11.000 muertos en los primeros doce meses de la presidencia de Uribe. Cuatro años antes habían sido 6.800 casos en el mismo lapso de tiempo. *Laboratorio del silencio*: Camilo, un estudiante amigo de M., cuenta que su hermano fue asesinado unas semanas atrás; lo mataron a patadas los paramilitares. Ha habido 150 muertos sólo en dos barrios de Bogotá. Sin que se haya publicado una sola nota en los periódicos. Los políticos, empresarios, periodistas y el personal diplomático, no obstante, se sienten más seguros que nunca; un punto de vista de clase. *Laboratorio de la apatía*: la población ha dejado de sentir. Guerra. El intento colectivo de no pensar. Según la prensa, la popularidad de Uribe asciende al setenta por ciento. Con sólo hacer la pregunta adecuada en este país todo el mundo te contesta afirmativamente. ¡Que no se le ocurra a nadie parecer algo reacio! *Laboratorio del hambre*: el gobierno promueve el cultivo de semillas genéticamente manipuladas y el asentamiento de *maquilas* —centros de montaje de piezas fabricadas en el exterior, que no conducen a ningún tipo de desarrollo de la industria nacional—: zona de libre comercio, ALCA. Un amigo sindicalista comenta que Colombia se ha convertido en uno de los veinte Estados con más hambre en el mundo. Un país que dispone de todos los recursos posibles y de abundantes tierras fértiles. *Laboratorio de la limpieza*: la Alcaldía de Bogotá prohíbe el comercio ambulante para velar por el orden en la capital. Y esto con cifras oficiales de un veinte por ciento de desempleados y un sesenta por ciento de la población económicamente activa en el sector informal. No obstante, los urbanistas y técnicos de planificación celebran mundialmente el “modelo Bogotá”. El mundo académico es, a veces, de las cosas más cínicas que se pueden encontrar. *Laboratorio de la ira*: de noche, sueño

alguna vez con un atentado que lo destruya todo. El presidente ha avisado de que las ONGs y los movimientos sociales tendrán que decidir de qué lado están. Del lado del Estado o del de los terroristas. Puestos a elegir y sin otra opción —pienso—, mejor del lado de los terroristas. *Laboratorio de la guerra*: en el aeropuerto internacional de El Dorado diez estadounidenses hacen cola conmigo. Pelo corto, figura deportiva, unidades especiales del Ejército; se van de vacaciones, están contentos. El día anterior, nuestro amigo Teo, dirigente campesino del sur del departamento de Bolívar, me había hablado de las fumigaciones en su tierra natal. En los valles afectados todos los cultivos han sido destruidos, la comida escasea. Las plantaciones de coca ubicadas en la parte llana del departamento controlada por el Ejército, en cambio, no habían sido tocadas. Cuando los soldados de elite tienen motivos para estar contentos, a los demás no les aguarda, por lo general, más que desesperación.

Cuando me bajo del avión en Maiquetía, en Venezuela, después de dos semanas en el país vecino, siento alivio. No creo que se pueda cambiar una sociedad sólo accediendo al gobierno. Pero hay casos en los que los gobiernos hacen posibles cosas elementales. La supervivencia, por ejemplo.

Y cuando abro el periódico en el autobús de vuelta a Caracas también me doy cuenta de que lo he extrañado. Al compañero Hugo Chávez Frías. Un líder producto tanto de la autoorganización popular como promotor central él mismo, al mismo tiempo, de este proceso; un hombre que representa un obstáculo para un proceso de democracia de base y que, a la vez, es su condición imprescindible. Un enigma.

Imprenta Municipal

En la Imprenta Municipal, taller de encuadernación: la plegadora traquetea. Joel, el responsable de plegado, está de pie al lado de la KOLBUS ajustándole los tornillos. La KOLBUS sopla hojas de la pila de papel, las hace avanzar una a una, las pliega una primera vez, arrastra el pliego doblado hacia atrás, la hoja llega a la parte posterior de la KOLBUS, la pliega una segunda vez, la hoja vuelve a llegar a uno de los extremos laterales de la KOLBUS y ésta la reduce a su mitad por tercera vez. Y todo esto a una velocidad de 120 pliegos por minuto.

Saco las hojas del depósito —dieciséis páginas, todavía sin cortar—, los amontoño y controlo. Los que no se pueden apilar es porque tienen un defecto de plegado. No botamos nada. Estos impresos tienen valor de uso. Valor de uso político.

Página 7, pregunta (en cursiva), Marta Harnecker: «*Dijiste que has estudiado a Marx, aunque —como reconoces—, sólo superficialmente, así que no se te puede denominar marxista, pero tampoco antimarxista. Dices que Marx no es suficiente ya que no existe una clase trabajadora en el sentido clásico en América Latina...*»

No alcanzo a ver la respuesta de Chávez. Si alguien no forma parte de la clase obrera, en el sentido clásico, ése soy yo. En el depósito lateral de la KOLBUS vuelven a acumularse los pliegos. En un nuevo gesto de amabilidad —todos en la Imprenta Municipal son llamativamente amables con los voluntarios—, el capataz me pone una persona de apoyo. Rafael, un tipo bajito y calvo, este sí bastante representativo de la clase obrera clásica, se interesa poco por la revolución, pero tanto más por las compañeras del taller de clasificación. Entre pliego y pliego, me presenta a Clara —para alguien como Rafael 120 pliegos por minutos evidentemente son una minucia—: «A Clara le gustan los alemanes». Clara, afrovenezolana de unos cuarenta años, coloca los pliegos doblados en el orden correcto del libro. «Un *pana*

mío de los andes», Rafael chasquea con la lengua, «un *catire*, ¿sabes?, no se podía poner a salvo de las mujeres allí abajo, en Barlovento. Allí se enloquecen por los *catires*. Se peleaban por él. Y eso que ni siquiera es alemán. Sólo *catire*».

No profundizamos en el tema. La KOLBUS hace un sonido raro. Joel me pide que mueva manualmente el rodillo para poder hacer los ajustes necesarios y me explica el funcionamiento de la máquina. «Para que aprendas algo». En la Imprenta Municipal todos se esfuerzan por que los voluntarios también aprendan algo.

La empresa, oficialmente de propiedad de la Alcaldía de Caracas, es una fábrica socializada. Aunque socializada no tanto por el personal como por la dirección. Después del cambio de gobierno en el año 2000, un par de izquierdistas asumieron la administración y pusieron la empresa al servicio de las organizaciones comunitarias y de los pobladores de las barriadas.

Hace un par de días que me enteré de esto por casualidad. Estaba tomando unas cervezas en la salida trasera de un almacén con el director de producción Víctor y el maquetista Manolín, mientras que dentro la brigada de solidaridad anual de Askapena informaba sobre la situación en Euskal Herria. Y en estas que Manolín comentó que originalmente nunca habían querido trabajar en una institución. «*Pana*, sabes, el Estado... El Estado era lo peor para nosotros. Pero Víctor y Rubén se metieron». Y Víctor añadió que eso que hacen en la imprenta, «en el sentido estricto de la palabra, es ilegal. ¿Pero, bueno, qué quiere decir después de todo “ilegal”? Esto es una revolución, ¿no?... O, por lo menos, esperamos que lo sea algún día».

“Ilegal en el sentido estricto de la palabra”: en las paredes de la imprenta se ven afiches del Che, en el almacén de la salida la semana pasada pernoctó una delegación colombiana, y la semana anterior estuvieron un par de catalanes. Y aparte del personal, unos 200 obreros, siempre hay un número considerable de voluntarios que trabajan de manera no remunerada. «Bueno, sin salario...

Hay un fondo donde los trabajadores fijos pueden ingresar voluntariamente dinero, y ese dinero es luego repartido entre todos».

Me quedé inmediatamente entusiasmado por esta empresa tan especial. El anarquismo, tal como se le presenta a uno normalmente, me parece una cosa bastante aburrida, una forma más de sectarismo. Pero un anarquismo que nace del Estado, eso sí que me parece creativo. «Me gustaría echarle un vistazo». Y Víctor me corrigió: «¿Echar un vistazo? Si quieres conocerla, te tocará ponerte a trabajar».

Ésta es la razón de que me encuentre ahora ante una plegadora apilando papeles. Primero: «*Has dicho que estudiaste también a Marx*»; luego: «*contrarrevolución sin revolución*», finalmente: «*Chávez: Me acuerdo de Toni Negri y de sus escritos sobre el poder constituyente*». Rafael ha desaparecido entretanto sin dejar rastro; probablemente se ha ido donde las compañeras clasificadoras. El capataz vuelve a estar ocupado nuevamente ajustando tornillos. En este momento entra otro compañero. Son las dos de la tarde. La pregunta obligatoria: «¿Has aprendido algo?» Es el responsable del seguimiento de los voluntarios. «Ahora sigues en el secretariado. Para que aprendas algo diferente». Después de amontonar pliegos durante cuatros horas, nuevas tareas me esperan.

Nuevas tareas: una compañera, que me presentan como Antonia, me explica el manejo de la fotocopiadora. No pertenezco a la clase obrera en el sentido clásico, pero sí que he manejado unas cuantas fotocopiadoras. Es decir, justamente por eso las he manejado. Mientras que la máquina escupe invitaciones de un foro contra el ALCA —«*20 argumentos de por qué la zona de libre comercio consolidará la relación imperialista entre los EEUU y América Latina*»—, Antonia me cuenta que también es una voluntaria. ¿Qué quiere decir “también”? Una *verdadera* voluntaria: «Siete días a la semana». Pongo cara de asustado, pero ella sonríe. Originalmente, proviene de

una asociación deportiva. Otra cosa característica de Caracas. Muchos activistas políticos salen de asociaciones culturales o deportivas. Incluso hay una organización de deportistas revolucionarios. «Aquí estamos permanentemente treinta voluntarios en la imprenta. Pero también hay gente que sólo viene de vez en cuando».

«¿Siete días?» El horror no se ha ido todavía de mi cara.

«Sí, aquí siempre hay alguien. Incluso de noche». Eso es verdad. Hace unos días, vine a las once de la noche y me encontré a Rubén, el director, jugando a las cartas en el almacén de entregas. Rubén tiene una apariencia bastante tranquila; me refiero, para ser comandante de un *sovjós*. Fuera del almacén algunos niños juegan a fútbol.

El ruido de la fotocopiadora cesa, el papel se ha acabado. «Vamos al taller de impresión». Antonia señala hacia afuera desde la ventana. En el edificio principal se encuentran la administración, el diseño gráfico y el taller de encuadernación. Las otras dependencias están al otro extremo del terreno.

Salimos del edificio y cruzamos un estacionamiento. Pasan por allí unos agentes de la Policía Metropolitana. No les saludamos. En este terreno se encuentra la sede de varias instituciones oficiales. Hay una oficina de la Policaracas, la policía de Caracas, dependiente del municipio Libertador, gobernado por la izquierda; pero también un estacionamiento de la Policía Metropolitana, controlada por la oposición. Caracas es realmente una ciudad bastante extraña. Le pregunto a Antonia si los trabajadores fijos no ven a los voluntarios como competidores. «¿No se sienten molestos?»

«No», contesta, «a muchos les parece bien. Aunque a muchos otros no». Porque muchos están a favor del «proceso revolucionario», pero otros en contra. Muy dialéctico.

Antonia se hace cortar pliegos de papel al formato DIN A4 con una máquina cortadora. «Es más barato que comprarlos así». Llevo los paquetes al secretariado, pero no me permiten poner las hojas en la fotocopiadora por la

cuestión del tratamiento de las pilas de papel: «primero hay que separar las hojas soplando para que luego no atasquen la entrada», una tarea sólo para iniciados.

El trabajo de fotocopiar dura media hora, durante la cual el autor del volante se descubre como un veterano guerrillero de los años sesenta. Se pone a hablar de los reformistas, de los pro-chinos y de las desviaciones de derecha que fueron responsables del fracaso de la revolución venezolana. Después de irse el viejo, ya no queda nada que hacer en el secretariado. Se han hecho las cuatro de la tarde. Trabajando, uno se pregunta a veces dónde ha ido a parar el tiempo.

Hago una visita a los del equipo de encolado que, según Antonia, han creado una «zona liberada» en la imprenta. Por desgracia, no puedo hablar con ellos porque el responsable de encuadernación me manda a empacar 20.000 volantes de un concejal que esperan a ser atadas. Me lanzo a la tarea con buen ánimo, aunque de entrada me une más bien poco con los diputados del MVR. Hace siete años, trabajé en una empresa alemana de *software* en el departamento de venta por catálogo. Todavía recuerdo los precios de correos del año 96. Empaco los volantes con tiras de papel, lo que me resulta bastante más difícil que entonces, ya que en vez de cinta adhesiva sólo dispongo de unas tiras de cartón y una cola que no sirve para nada. Trato de hacerlo lo mejor posible; ato los paquetes y celebro en silencio el carácter anarquista de la primera revolución del siglo XXI.

Exposición en Bellas Artes

En el Museo de Bellas Artes hay una exposición del grupo de artistas venezolano Techo de Ballena. Han tenido que pasar treinta y cinco años para que el grupo sea reconocido públicamente de esta manera. Inspirados en el dadaísmo, sus protagonistas trataron de llevar las rupturas

sociales y políticas de la sociedad venezolana al arte. “Transformar la vida, transformar el mundo”. Se respondía de una manera independiente al impulso de la revolución cubana y a otros cambios señalados de los años sesenta. No sólo el orden exterior, también el interior debía ser cuestionado. Los artistas se interesaron por la abstracción, las formas, los medios de trabajo, los sentimientos inmediatos: el asco, la ironía, la ira.

La exposición se limita a dos salas no muy grandes. Paseo algo desorientado entre los cuadros. Media hora más tarde, hay una conferencia sobre “informalismo”. Somos diez oyentes. El señor mayor detrás del micrófono destaca la independencia del informalismo de Techo de Ballena.

Se oye el zumbido del aire acondicionado, lucho con mi somnolencia y, observando a este hombre mayor y simpático que parece haber permanecido fiel a sí mismo, me hago la pregunta de hasta qué punto puede ser autónomo el arte. No sólo en Venezuela, pero sobre todo aquí. Los artistas e intelectuales que conocemos estos meses evitan hacer comentarios que podrían interpretarse como tomas de posición respecto al conflicto político. Lo llaman “ser sutil”, pero tengo la impresión de que su actitud tiene sobre todo que ver con el hecho de que la colección más importante del arte contemporáneo se encuentra en manos de la familia Cisneros; de aquellos cubanos exiliados que son dueños de un grandísimo conglomerado de empresas del país y propietarios de la cadena de televisión Venevisión. En un país donde apenas hay becas y el mercado de arte es pequeño, un artista tiene que guardarse de no perder la simpatía de los pocos patrocinadores. Si no, a uno le puede pasar lo mismo que a Techo de Ballena: ser olvidado.

De esta manera, la revolución que todavía no es, pero que podría convertirse en una, se queda sola: los intelectuales y artistas se mantienen distantes de esa radicalidad que —aunque sea de manera abstracta— deberían cele-

brar. Cuando la idea y el interés se encuentran —creo que dijo Marx—, la idea siempre sale perdiendo. En el momento decisivo, la necesidad material se impone a cualquier otra motivación.

Hasenbergl

Un día de época de lluvias: caluroso, nublado, se sabe que sólo es cuestión de tiempo hasta que vuelva a haber precipitaciones. Lluvia de verano. Paseo por Altamira norte. Edificios residenciales, pájaros que gorjean, mangos, villas que aquí se llaman “quintas”. Alrededor de los terrenos, los propietarios han tendido vallas eléctricas y alambradas; por todas partes se ven vigilantes. No obstante, me gusta pasear por aquí. Es una zona verde y las calles son poco transitadas.

Pienso en mi profesor L., un fenómeno. Enseñaba latín, griego e historia. En el colegio se comentaba que se había convertido en antifascista en Atenas. Había estudiado allí durante la dictadura obrista. L., sin embargo, siempre se mostró cauteloso. Un profesor un poco chinchón, sin ser mala gente, pero algo inaccesible. Una de las pocas cosas que sabíamos de él era que vivía en Hasenbergl, un área de viviendas sociales en la periferia de Múnich que tenía en nuestra ciudad más o menos el mismo papel que las barriadas en Caracas. Toda la gente hablaba del polígono de viviendas sociales y todos sabían lo terrible que era todo allí: un nido de delincuencia y miseria en manos de extranjeros. Los medios de comunicación sólo discutían sobre si el barrio debía ser saneado a fondo, vallado o simplemente demolido. En cuanto a eso, los discursos urbanistas se asemejan en todo el mundo.

L. no hablaba mucho de su barrio, lo que nosotros interpretamos como otra prueba de sus convicciones políticas: eran los años de la inhabilitación profesional contra los comunistas. Nos sentimos definitivamente afir-

mados cuando L. ofreció una materia optativa rara titulada “Historia e ideología del comunismo”. Entusiasmados, luchamos para juntar el número de estudiantes obligatorio y aprendimos finalmente cosas dignas de saber sobre la historia del patriarcado —ya que L., fiel a su profesión, se interesaba por los antecedentes históricos—, el teatro griego, la lucha de sexos en la comedia, la paleolingüística, las raíces de las palabras masculinas y femeninas, la *Historia de la propiedad* de Engels y, hacia el final, también sobre la plusvalía y la mercancía. En la fiesta de final de bachillerato, cuando destacamos su curso frente a la basura restante que habíamos aprendido, L. se mostró como siempre: molesto. Parece que sintió el elogio como un tipo de denuncia. Creo que se enfadó de verdad. Cuando un compañero de clase topó con L. muchos años después y le contó que escribía una novela, el profesor le espetó impertinente: «¿Contra quién?» Buena pregunta.

Me acuerdo de L. porque solemos discutir mucho sobre la visibilidad de la contradicción de clases en estos meses. Los venezolanos de clase media siempre se muestran molestos cuando se les dice lo polarizada que estaría su sociedad también sin un presidente Chávez. No les gusta oír que se puede reconocer a la oposición por su apariencia externa. Respecto a este tema, mi profesor L. dijo una vez una frase lúcida que no he olvidado nunca: no es de extrañar, soltó de repente en una clase de latín, que las clases populares tengan un aspecto más desagradable, por lo general. La miseria y la pobreza no le sientan bien a nadie. Claro que la pertenencia a las elites mundiales tampoco influye obligatoriamente de manera positiva sobre la apariencia, como lo demuestra cualquier visita a un reservado VIP o a un club de golf en cualquier parte del mundo globalizado. Pero aparte de esto, L. tenía razón. La pobreza marca. En Caracas es fácil distinguir una manifestación de la oposición de una de los chavistas. Uno puede ver las imágenes en la televisión sin sonido y, a pesar de que en ambos lugares ondean banderas venezolanas y la

gente va vestida con cachuchas y camisetas con los colores nacionales, uno reconoce inmediatamente de quién se trata. La oposición tiene la mejor dentadura.

Evidentemente, el color de la piel también es un distintivo social. Pero no es tan obvio. Los ricos han tenido con frecuencia concubinas negras —ya desde la época colonial— y, por consiguiente, siempre hay también gente de color entre las capas medias. En cuanto a los dientes, el asunto está más claro. Sólo el cuarenta por ciento más privilegiado de la sociedad tiene dinero para arreglarse la dentadura.

Probablemente, éste será uno de los rasgos característicos más importantes de la sociedad de clases en el siglo XXI. Se reconocerá al proletariado por sus mellas. Los ricos, en cambio, siguen poniéndose frenillos dentales todavía pasados los cuarenta para mostrar su estatus social. Me gustaría saber qué pensaría L. al respecto. Creo que llegaríamos a las mismas conclusiones.

San Juan

Carapita, sur de Caracas. El Malibu de color rojo oxidado se ha quedado tirado en la avenida principal, la multitud lo esquiva en su itinerario de subida por el barrio. En las aceras hay puestos de comida con grasa hirviendo a borbotones, morcillas e intestinos asados. El camino sigue por una cuesta empinada. Se siente el olor de incienso, el sol quema aunque la capa de nubes está casi cerrada, en el cerro de enfrente que todavía no ha sido tragado por la ciudad la vegetación conserva aún su color ocre, casi gris. Ha comenzado a llover, pero al parecer no en todas partes de la ciudad. Rastrojos secos, plantas que tienen que esperar tres o cuatro años hasta que pueden volver a brotar: el Caribe.

En cabeza de la procesión se ven banderas amarillas, azules, rojas, verdes y violetas; detrás vienen las figuras de los santos. Dos hombres y una mujer —los tres en

torno a los cuarenta años de edad— llevan unas vitrinas de cristal con pequeñas estatuas de San Juan Bautista sobre la cabeza. Las figuras tienen de cincuenta a sesenta centímetros de altura y llevan ropas bordadas y coronas de flores. Los adultos caminan solemnemente; los jóvenes van en medio de la multitud, cerca de los tambores. Protegen sus cabezas con pañuelos o cachuchas de beisbol —estilo rapero— y, a diferencia de los mayores, se mueven de manera acelerada: los San Juanes que llevan saltan como pequeños barquitos por encima del mar de cabezas de la gente. Una multitud de ojos les contempla: las 200 o 300 personas que les acompañamos subiendo al cerro, vecinos asomados en puertas, ventanas y balcones, niños encaramados en muros, dos gordos padres de familia con bustos desnudos y barrigas asomando de sus pantalones sentados en el techo de su casa tomando cerveza, y, finalmente, los pasajeros de los todoterrenos Toyota atrapados en la calle en medio del gentío.

En los barrios los vehículos de tracción en las cuatro ruedas y asientos para diez personas reemplazan a los autobuses. Las pendientes son demasiado empinadas para vehículos normales.

Me dejo llevar por la música. Por primera vez desde hace mucho. *Sanguero*: un ritmo que se adapta al paso normal, pero que rebosa energía. Vista panorámica de la ciudad. Detrás de cada cerro que ascendemos se alza otro cerro todavía más alto. Los barrios de color ladrillo parecen una ciudad italiana medieval.

Cuando estuvimos en La Vega por primera vez, el padre de Francisco nos estuvo contando cosas sobre San Juan y las celebraciones religiosas de junio durante una hora. No lo comprendí entonces: un líder comunitario, activista político de toda la vida, que asocia la palabra “resistencia” con una procesión religiosa. 500 años de cultura africana e indígena, dijo, «San Juan es un santo de esclavos». Desde aquel día hemos pasado por situaciones parecidas varias veces. Un locutor de Radio Alternativa de

Caracas discutiendo con un grupo de ska sobre dioses africanos, ritmos y colonialismo; en el 23 de Enero activistas de izquierda organizando la celebración de la Cruz de Mayo; un amigo que trabaja como voluntario en la comisión internacional del partido gubernamental MVR calificando la reapropiación del arte médico tradicional de los curanderos como “estratégica” para la revolución, y ahora, para acabar, San Juan. Hay afiches por todas las paredes del barrio. Una figura de madera, el anuncio de la procesión y debajo los nombres de los convocantes: la Alcaldía de Caracas, las redes socioculturales, algunas organizaciones barriales. Un conocido nos presenta al hombre que ha organizado la procesión. Él la denomina “la manifestación”. Hace nueve años, cuenta, que celebran la fiesta. Los muchachos ensayan tres o cuatro años, aprenden algo sobre la historia y las tradiciones africanas que se esconden detrás, porque San Juan Bautista es sólo la fachada, la superficie, una excusa.

Me doy cuenta de lo absurdo que resulta que la izquierda alemana equipare generalmente cultura popular con folclore reaccionario. Olvidan que la opresión no sólo es una relación de explotación, sino también un mecanismo de humillación. De asimilación forzosa y de pérdida de la autoestima. Los oprimidos deben dejar de reconocerse. Se les obliga a identificarse con las relaciones dominantes. Además, la construcción de la subjetividad y de una estructura social siempre preceden a la acción política. No hay colectivo social o actor político que no haya sido construido culturalmente: el entendimiento a partir de una identidad colectiva, el hecho de compartir experiencias y buenos momentos, el festejo.

Subimos por el cerro, la multitud canta. Los esclavos africanos no tenían un idioma común, hacían música. *Se comunicaban a través de la música*. El *sangueo* relata la historia de gentes que, a pesar de todo, no han desaparecido. El mismo argumento que hace un par de semanas en la emisora.

Cruzo un albañal lleno de basura. Un muchacho, con un helado de cucurucho en la boca y caminando hacia atrás, toca un solo en un tambor que lleva otro joven colgando sobre su barriga. Mientras que éste aporrea la piel del tambor, el chico del helado golpea la madera con baquetas. El solo suena rápido y atrayente. No obstante, el muchacho sigue lamiendo tranquilamente su helado.

Fundación Konrad Adenauer

La Fundación Konrad Adenauer y la alianza opositora Coordinadora Democrática organizan una conferencia sobre el estado de la democracia venezolana. Invitada especial: una representante de la Democracia Cristiana chilena. Alguien le pregunta a la conferenciante: ¿a quién se parece más Chávez: a Allende o a Pinochet? A ambos, contesta la conferenciante. Y *El Universal* —algo así como *El Mundo* venezolano— lo repite tan felizmente: Chávez es Allende y Pinochet a la vez.

A veces tengo remordimientos de poder estar en Caracas a costa de otros y hacer lo que me da la gana. Pero, en días como hoy, todas mis dudas se esfuman. Política de intervención de las fundaciones de los partidos alemanes: repensar la contradicción. En el fondo, se sospechaba desde siempre; todo es lo mismo: torturar y ser torturado, encerrar a la gente en los estadios y exiliarse, fusilar y ser fusilado.

La Fundación Konrad Adenauer revoluciona el pensamiento.

País portátil

La Oficina, cerca de la plaza Venezuela. En Caracas no hay bares de verdad. Hay sitios para tomar, quioscos, McDonalds, restaurantes Sushi, areperas y clubs, pero no hay

bares. A diferencia de en Bogotá, las ostentosas decoraciones de interior todavía no han hecho su aparición. El mejor ejemplo: La Oficina. Se dice que hay tantos grupos de trabajo que hacen sus reuniones aquí que se optó, simplemente, por cambiar el nombre del local por el de “La Oficina”. Pero también es posible que esta medida sólo fuera un truco para poder hacer pasar la borrachera por una reunión de trabajo. El ambiente, de todas maneras, parece más bien funcional; manteles de hule, sillas metálicas baratas, en las paredes la publicidad obligatoria de las diferentes marcas de cerveza: Polar, Regional, Brahma. Los clientes están sentados casi en la calle, la mitad del local consiste en un especie de invernadero; aunque evidentemente en este sitio no hay ni invierno ni plantas. Sólo una reja nos separa de la acera.

Las diez de la noche: seis personas sentadas en la mesa. Ambiente caluroso, pero no demasiado sofocante. Unos muchachos apoyados en la baranda le sablean marihuana a Ernesto, rapero del grupo Sontizon. Su *pana* Alberto filosofa sobre qué bebida sería más conveniente pedir. La cerveza Brahma se ha acabado y la Polar se encuentra en la lista de boicot desde que la empresa fabricante se vio involucrada en los intentos de golpe de Estado. Katharina, de Alemania, hace planes de viaje. Yo me fijo en la publicidad de cervezas en la pared: «¿Te vas a arrugar?» Una mujer de pelo rubio posa en bikini, dejando entrever nalgas y senos. «Es la *catira* que manda». Mujer *catira*, cerveza *catira*. A su lado, una botella de cerveza sobredimensionada. En cuanto a esto, no hay mucha diferencia entre Regional, Polar y Brahma: las botellas como falos enormes, lo que supone convertir precisamente a los borrachines en máquinas de sexo. En Venezuela la publicidad cervecera es como los calendarios de automóviles deportivos en Europa: señuelos de silicona sobre un fondo de boxes de atractivo más bien pobre. Le pregunto a Alberto a qué se dedica.

Estudia.

«¿Qué?»

La *catira* cervecera sigue mirándonos como si estuviera congelada.

«Literatura».

Literatura. No se me hubiera ocurrido que todavía se puede estudiar literatura en Venezuela. Se lee poco en este país. Los libros siguen rodeados del aura de lo intelectual, son de difícil acceso en muchas partes y muy costosos: una novela común y corriente fácilmente puede valer el cuarto de un salario mínimo mensual. Hace unos días, tuvo lugar la feria del libro en el parque Los Caobos. Había una sola hilera de puestos de libros; la mayoría de las editoriales pertenecían a fundaciones o universidades. En dos horas, se podía tener una visión completa de lo que pasa en el mercado del libro venezolano.

«¿Qué me aconsejarías? Me refiero respecto a literatura contemporánea...»

Ernesto, el rapero, le dice a los muchachos que lo abordaron en la calle que no lleva nada para fumar. Pero Alberto les pasa algo de hierba.

«Carlos Noguera». Vacila. «Julio Garmendía». Eduardo Liendo, pienso, pero Alberto no lo menciona. «Luis Britto García. Y, evidentemente, Bolívar. Bolívar fue un tigre...»

Durante mucho tiempo, lo tuve por una manía. Que aquí siempre tengan que estar hablando de sus héroes de independencia, sobre todo de Bolívar. Desde Potosí, Bolivia, en el sur hasta Guajira, Colombia, en el norte, no hay despacho oficial ni en el más perdido de los pueblos donde no se encuentre un cuadro del enjuto general. En Venezuela, toda la vida oficial es “bolivariana”: la Constitución, la república, el partido gubernamental, los movimientos sociales.

Cuando conocí a T., éste me explicó por qué Bolívar es más que un santo de despacho generador de identidad nacional. T. es un tipo chévere. Hace unos años, se escapó con otros setenta presos políticos de una cárcel de Bogotá. Unidades de guerrilla urbana rodearon la prisión

y volaron el muro, mientras que los comandos de presos adentro mantenían a raya a los guardias. Fue la variante más práctica de amnistía política parcial de los últimos veinte años en el mundo, de la que por razones evidentes se pudo leer bien poco en la prensa internacional.

El caso es que, dos años después de su fuga, me encontraba paseando con T. en la periferia de una metrópoli latinoamericana lluviosa, recibiendo un discurso encendido sobre Bolívar: «Fue un republicano que predijo el siglo estadounidense cuando la dominación inglesa acababa de tomar el relevo de la española. Que defendió la liberación de los esclavos y el continentalismo latinoamericano. Que persiguió reformas sociales, se enfrentó a la oligarquía criolla, anticipó el antiimperialismo y que, sobre todo, hizo surgir nuevos movimientos insurreccionales de la nada allá por donde pasó».

Estaba claro que esto último era lo que más le gustaba a F.

«¿Un tigre?», pregunto a Alberto, el estudiante de literatura.

«El tipo supo escribir que te jodes».

Me pongo a pensar en lo que conozco de la literatura venezolana. Alejo Carpentier escribió una novela sobre Venezuela, *Los pasos perdidos*, que se desenvuelve sobre todo en el sur apartado y que muestra pocas coincidencias con el país actual. Caracas como un poblacho provinciano sacudido por movimientos golpistas incomprensibles. Además, Carpentier no era venezolano. De Rómulo Gallegos, el escritor nacional más conocido, hace unos años leí *Doña Bárbara*. Es un clásico latinoamericano cuya historia, sin embargo, no recuerdo ni fragmentariamente. Y, finalmente, está *País portátil* de Adriano González León.

«¿Y qué piensas de *País portátil*?»

«Sórdido», contesta Alberto.

Tengo que consultar un diccionario para ver lo que significa esa palabra y comprender lo que me quiere decir.

Un amigo docente de Literatura —sí que hay profesores de Literatura venezolanos, pero dan clases en Estados Unidos— me dijo una vez que esta novela simboliza el inicio de lo que sería la literatura de la derrota.

«La escalera cubre la cola del pájaro pintado. Se levantan las hojas. Se devuelven los tres muchachos a la salida del bar y suena un pito. Mas allá van las caderas de las dos mujeres, las dos rayas, el movimiento en olas, verdes ondas de tela verde: el movimiento que va de las nalgas al tacón. Los tacones juntos, golpeando a un solo ritmo, cruzan la rejilla, la tapa de hierro que dice C.A.L.E.V. Las dos nalgas, los dos rabos, las dos colas, hacen sombra movida contra la pared o las rejas de metal. Las tres hileras de automóviles se mueven otra vez. Hay varios golpes, leña y herrumbre, cuando las palancas cambian la velocidad. Trassss... chan... y van todos a caer contra el parachoques de todos, haciéndose toques obscenos, baboseándose con humo y aceite y olor. Ir detrás, en la cocina, resulta incómodo grasoso. Todos los olores de todos los pies de todo el mundo se han adherido al cuero, se han mezclado a la mugre de los pasamanos, se aquietan gomosos, densos, con pedazos de colillas y viejas ceras de chiclets ferruginosos, húmedos, sofocantes en el asiento de atrás».

La perspectiva desde un autobús. Andrés, el protagonista, va camino de un piso clandestino. Tráfico, miedo, miradas hacia atrás. Son los años en los que el movimiento estudiantil se politiza. Años de represión. Se politiza, se radicaliza y se aísla; años de derrota. Pero esto solamente es la superficie, el arco dramático. *País Portátil* es un libro de voces. De monólogos interiores, de recuerdos, de historias de un abuelo. También en Venezuela el siglo XIX es un período de guerras civiles e, igual que Gabriel García Márquez, también González León narra la historia de las rebeliones eternamente repetidas. La diferencia es que no la cuenta de manera mágica, sino oscura; no la rodea de un halo literario, sino que la muestra como algo repugnante. Generales, vida en el campo, la destruc-

ción de biografías. Una narración astillada, fragmentada. Los lenguajes chocan frontalmente. Se hace difícil seguir el hilo de la historia, hacerse con ella. Pero eso es lógico, puesto que la estructura del libro es un reflejo de la del país. De la urbanización acelerada. De la violencia de este proceso. Del desmoronamiento de un mundo, de identidades destrozadas. Cuando la existencia es demolida permanentemente para recomponerla bajo criterios de valorización económica, el narrador no puede hacer como si fuera posible seguir escribiendo historias con principio y fin, como en el siglo XIX. Una forma no crea necesariamente contenido, pero —a la inversa— el contenido sí que presupone una forma.

«Es una novela extraña», dice el estudiante. «Narrada en lenguajes muy diferentes. Muy urbana, pero también muy rural. Con dialectos, monólogos y descripciones fotográficas».

«Un collage sórdido», comento, y Alberto señala que González León luego se convirtió en un alcohólico y que no ha vuelto a publicar nada importante después de *País Portátil*. En los años sesenta fue un activista de Techo de Ballena. Me sorprende, a pesar de que me lo hubiera podido imaginar.

«Los del Techo crearon una nueva radicalidad. Dejaron espacio para lo repugnante, la abstracción, para nuevos materiales de trabajo y para la ira».

«Y para el collage», añadido.

El estudiante asiente.

«¿Sabes que leí el libro tres veces?», agregó. «No he entendido muy bien hasta ahora de qué trata. Pero, sin embargo, siempre me ha gustado».

«Bastante torpe»

Mi último mes. La oposición entrega las firmas para el referéndum revocatorio contra el presidente. Según la nueva Constitución, los mandatarios pueden ser sometidos a un plebiscito a mitad de su mandato, si más del veinte por ciento de la población con derecho a voto firma tal petición. En el caso de Chávez esto equivale a 2,4 millones de firmas sobre un total de 12 millones de personas. Luego, en el referéndum, tendrá que votar contra la continuidad del mandatario como mínimo tanta gente como votos había recibido antes, es decir, 3,7 millones de personas.

Los canales privados de televisión transmiten en directo la entrega de las firmas. En nuestra vecindad, en Chacao, los comerciantes han cerrado sus negocios para que el personal pueda ir a la manifestación. “Para que pueda ir” o “para que vaya”.

Llego a la plaza Venezuela en metro. Topo con manifestantes en todas las estaciones: banderas nacionales, bocinas, pitos, ambiente de fiesta. Subo hacia la avenida Libertador y sigo la autovía de cuatro carriles hacia el oeste. Los manifestantes están a punto de irse, el mitin acaba de terminar. Desde la estación de metro a la tribuna de oradores he necesitado unos quince minutos; el tramo llenado por los manifestantes debe tener unos 800 metros de largo. Comienzo a entender por qué los organizadores han realizado la manifestación precisamente aquí. Hacia el Este se alza un puente que tapa la vista. De esta manera, la multitud parece inmensa desde las cámaras colocadas en la tarima. Nuevamente, se plantea la cuestión del poder del simulacro; de cómo se generan imágenes para producir así cierta realidad.

Atravieso la masa de gente. El ambiente es menos agresivo que en marzo, pero se sigue sintiendo la tensión. La oposición está indignada estos días por dos nuevos programas del gobierno: las *misiones* Robinson y Barrio

Adentro. La *misión* Robinson es un proyecto para la alfabetización de adultos. «El primer poder del pueblo es el conocimiento». Más de 100.000 personas se han inscrito en todo el país como voluntarios; el programa se basa en un método de enseñanza cubano difundido por vídeo que motiva a los alumnos a asociar letras con números. Los promotores tienen más bien el papel de asistentes que de profesores. En *El Universal* se habla de la indoctrinación cubana, pero mis amigos del 23 de Enero están contentos: «¿Qué cosa más noble hay que enseñarle a leer y escribir a la gente?» En su barrio hay más voluntarios que analfabetos inscritos para los cursos.

También Barrio Adentro es motivo de agitación contra los cubanos. El plan consiste en enviar médicos, la gran mayoría de ellos cubanos, a los cinturones de miseria. Un proyecto muy exitoso: nueve meses más tarde habrá dispensarios nuevos en todos los barrios de Caracas. También los programas de educación se amplían y extienden. A la *misión* Robinson se le suma la *misión* Ribas, que permite sacarse el bachillerato a aquellos que tuvieron que dejar los estudios.

Mientras tanto, la Cámara Nacional de Médicos se queja de la competencia; los medios de comunicación hablan de una supuesta calificación insuficiente de los profesionales caribeños. El periódico *2001* vuelve a difundir rumores sobre la infiltración de los servicios secretos cubanos en las barriadas. Finalmente, incluso un tribunal de distrito declara ilegal la presencia de los médicos cubanos. Extrañamente sólo la de los cubanos. En septiembre, la antigua odontóloga de Greg, mi compañero de piso, viene de Alemania para trabajar en el marco de Barrio Adentro.

No es la única incoherencia en la argumentación de la oposición. Es verdad que hay un número considerable de médicos venezolanos desempleados, pero también es verdad que éstos, pertenecientes a las clases media y alta, no están dispuestos a trabajar en las zonas marginales. Grotasca parece también la acusación de la indoctrina-

ción comunista a través de los médicos, si se sabe en qué otros países están prestando éstos sus servicios: en Mali, Guatemala, Gambia, Níger y Brasil, entre otros.

«A veces, la oposición es bastante torpe», dice Greg cuando regreso a casa después de la marcha. «Debería ser obvio que a la gente pobre no les va a gustar que les quiten precisamente los primeros médicos que aparecen en sus barrios en cuarenta años».

Y, aun así, no estamos seguros de que la oposición no vaya a lograr finalmente juntar las firmas necesarias para el referéndum e incluso ganarlo. Demasiado grande es su poder económico y mediático.

San Juan II

Terraza número 5. Del sur cae un viento fresco. Por primera vez siento frío, a pesar de mi jersey. Estamos 400 o 500 metros por encima de la ciudad. El centro se encuentra en una cuenca delante de nosotros, alrededor hay cerros, el Ávila se levanta oscuro en el fondo. Es extraño: el centro brilla, las barriadas centellean. No sé por qué las luces de la ciudad son siempre tan diferentes.

La terraza número 5 todavía está medio vacía; unas 150 personas. Aproximadamente tanta gente de afuera como de La Vega. Las organizaciones comunitarias tienen una larga tradición en el barrio y por eso siempre vienen delegaciones, amigos de Europa, grupos hermanos. Los tres vascos de la brigada de Askapena se aburren, estamos esperando desde las seis de la tarde. Algunos vecinos venden arepas, carne asada y cerveza en el borde de la calle. Nada indica que esta noche vaya a tener lugar una fiesta aquí. Nada excepto el altar floreado que ya vi en la celebración de la Cruz de Mayo en Radio Alternativa de Caracas. Katu, de Bilbao, pregunta si alguien lleva una cazadora.

Son las diez y media cuando dos personas salen entre el público y se dirigen a la estatua colocada en el altar:

San Juan Bautista. La gente empieza a cantar décimas: «Al cruce te llevaremos, sin ánimo de molestar...». Ayari, la hermana de Francisco, se pone la figura en la cabeza, a su izquierda y derecha se forman dos filas de mujeres ondeando banderas. Detrás siguen los hombres portando tambores. El cortejo arranca.

Sanguero: avanzamos por la noche. Una imagen parecida a la de hace dos semanas en Carapita. Vecinos asomados a las puertas, hombres dándole a la cerveza, niños que observan desde la cancha de básquet de enfrente. Un kilómetro más abajo, la procesión se para en un cruce: “Cuatro esquinas”. Y por primera vez el ambiente sufre un vuelco. La procesión religiosa se convierte en un encuentro de las comunidades, casi en una manifestación de poder. Llegan cortejos de los cuatro puntos cardinales: otras tres estatuas de San Juan y una figura de Santa Bárbara que, aun siendo blanca, representa al dios africano Changó. Los santos —que, como en Carapita, bailan como pequeños barquitos por encima del gentío— alcanzan en este momento un nuevo significado. Códigos en flujo permanente: de símbolo católico a africano, de símbolo religioso a político-cultural.

23 horas. La multitud, ahora más de mil personas, vuelve a subir hasta la terraza. Los extranjeros estamos en minoría ahora. Los extranjeros y los blancos. Los caraqueños de clase media y alta no suelen acercarse por las fiestas de barrio. Normalmente, no pisan nunca las zonas pobres. De las fiestas con raíces africanas como la de San Juan saben, como mucho, solamente por la televisión o por algunas vacaciones en la costa. Miami y París están más cerca para ellos que La Vega o Petare.

Se celebra una misa en la plaza. Un jesuita pronuncia un discurso llamando a la autoorganización: «Tenemos que prepararnos. Los próximos meses serán duros. Tenemos que confiar en nosotros mismos». Resistencia contra la oposición, pero también desconfianza respecto a partes del aparato gubernamental. Se comparte el pan, diez

barras para centenares de personas. «No es una eucaristía», dice el jesuita, «es un acto social común. El pan se reparte entre todos los presentes». A continuación, comienza la fiesta. Hasta este instante, he actuado como observador. Un europeo que, no siendo parte del colectivo, tampoco tiene por qué sentirse exageradamente forastero. Pero ahora es como si se hubiera abierto otra puerta totalmente diferente.

Perra: rápido, agresivo, de la costa, tocado con tambores. Entran en acción las guaruras: unas caracolas que suenan como cuernos. Un sonido raro, embriagador. Mágico, muy intenso. Una guarura bajo entona, otras tres más altas replican. Tensión. Sin embargo, la gente no baila. Parece esperar a algo. No sé qué hacer con mi cuerpo. Expresión grotesca: “hacer algo con tu cuerpo”. Considerar el cuerpo como “lo otro”, el objeto. Los tambores me arrastran, pero cualquier movimiento que hago parece inapropiado. En la plaza reina un silencio singular. Al poco rato, de repente, alguien entre la multitud explota. Él o ella —no lo veo exactamente— se hace sitio con el culo. Se forma un pequeño círculo, un hombre y una mujer bailan. De manera “sexualizada” sería la descripción usual, pero “sexualizado” no es el término más apropiado. Se trata de una manifestación obvia, casi penetrante de sexualidad, pero la palabra “sexualizado” produce asociaciones equivocadas. Una forma ritualizada de corporalidad abierta, una presencia física que uno no puede rehuir. La multitud no baila, rodea a los otros dos y los observa. Hasta que otro hombre u otra mujer entre en el círculo y *tumbe* al hombre o a la mujer que han estado bailando hasta ahora. “Tumbar”: en el sentido de empujar fuera, pero también de bailar mejor y de derrotar. Una variante del *battle*: alguien me contó que antes pasaban la noche juntos el hombre y la mujer que hubiesen vencido a los otros hombres y mujeres en el baile. Pero Ayari me explicará esa noche que la verdadera “batalla” tiene lugar entre la pareja bailadora. Se provocan y se ponen límites al mismo

tiempo. La mujer incita al hombre y lo rechaza, se le acerca, hasta lograr que éste parezca confundido o amedrentado; el hombre trata de atrapar a la mujer...

El ambiente me intimida: el enfrentamiento físico abierto, una forma de competencia. Me acuerdo de una situación en la que me sentí de manera parecida. Un club en los EEUU, un concierto de hip hop contra la represión policial: un ejercicio de fuerza física que me desconcertó. A la mayoría de los tipos se les veía bien entrenados. Alguien me contó las biografías de un par de raperos; historial carcelario abultado. Evidentemente, es un estereotipo racista que la cultura afroamericana sea más corporal que la europea. La reducción de los seres humanos a su naturaleza responde al punto de vista del negrero. Éste reconoce en ellos a máquinas de trabajo y objetos sexuales, piensa en categorías de explotación y violación porque quiere reducir los seres humanos precisamente a esto: a máquinas de trabajo y objetos sexuales. Y, aun así, es cierto que en este momento se manifiesta un tipo de corporalidad que no sé descifrar y en la que no puedo participar. Decido apañarme yo sólo con mi confusión.

La gente ha pasado a bailar en tres o cuatro círculos en la plaza: muchachos de diez años con mujeres adultas, muchachas con hombres mayores; la edad no tiene mayor importancia. Lo que cuenta es el movimiento de los cuerpos, la capacidad de traspasar límites y, a la vez, reconocerlos.

Las guaruras siguen empujando. Como no sé cómo volverme parte de la gente de otra manera, le pido a Edgar que me explique los tambores. El *tamunangue*: de Barquisimeto, con instrumentos de cuerda. El *sanmillán*: tambores, algo más suaves, del estado de Aragua. La *parranda*: se toca con el “cuatro”, un instrumento de cuatro cuerdas; la gente la tiene por música navideña, pero en realidad no lo es. La *fulía*: una canción que se toca durante las celebraciones de la Cruz de Mayo. Es el único ritmo de tambores con el que no se baila porque el homenaje está destinado

exclusivamente a la cruz. La *culoepuya* y la *quichimba* son imitaciones burlescas de la música de salón blanca; suenan un poco lentos, los bailarones imitan las posiciones y los gestos de los antiguos bailes cortesianos españoles. No son los únicos ritmos con reminiscencias españolas: los *galerones* recuerdan al flamenco...

Petroleros

En el autobús, pasado Valencia.

Lo hago todo al revés: pongo a Marx cabeza abajo. Lo más importante al final. La base como apéndice.

Voy camino de la refinería de El Palito.

Venezuela es un país petrolero. Lo es hasta tal punto que prácticamente es más petrolero que país. Uno no entiende nada si no entiende eso. Con 3,4 millones de barriles extraídos diariamente, está entre los cinco mayores productores de petróleo del mundo. Ingresos de 18 a 22.000 millones de dólares anuales, un suministrador estratégico del mercado estadounidense; según dicen, las terceras reservas petroleras conocidas más grandes del planeta. Los yacimientos están repartidos por todo el territorio venezolano. Hay pozos de crudo en el sureño estado de Barinas; en el este, en el delta del Orinoco, limítrofe con Trinidad y Guyana; y, principalmente, en el oeste, en el Lago de Maracaibo, al que la riqueza petrolera, por cierto, ha convertido en un cementerio de residuos. El otrora paraíso natural hoy día parece una cloaca. Antes de la bonanza petrolera, Venezuela era uno de los países más pobres del hemisferio. Con su estatus de provincia y no de virreinato —a diferencia de Colombia, Perú y México—, el país jugaba sólo un papel subordinado dentro del imperio colonial como productor de cacao y caña de azúcar. Vastas partes del territorio quedaron sin explorar hasta mediados del siglo XX. La situación no empezó a cambiar un poco hasta los años cuarenta. Los ingresos petroleros

parecían posibilitar una modernización tardía. Durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, Caracas recibió una imagen nueva: las construcciones del arquitecto Carlos Raúl Villanueva, símbolo de la modernidad venezolana. Tras el derrocamiento de Pérez Jiménez, en 1958, crecieron las expectativas en el país de poder integrarse en el Primer Mundo bajo el liderazgo de los partidos dominantes, la socialdemócrata Acción Democrática y el partido demócratacristiano COPEI. Cerca de Mérida se construyó, a 5.000 metros de altura, la estación de teleférico más alta del mundo. Se levantó un puente de 8,7 kilómetros sobre el lago de Maracaibo, se erigieron edificios futuristas en la avenida Bolívar de Caracas, se creó de la nada la industria del aluminio en el sudeste del país y en Guri se hizo la central hidroeléctrica más grande de su época.

En 1976, la industria petrolera fue nacionalizada por las continuas presiones de la izquierda, y el presidente Carlos Andrés Pérez, de la AD, intentó ganar prestigio con un programa populista y nacionalista: subsidios alimenticios, precios garantizados de la gasolina y el transporte, regalos a la población, programas de infraestructura. Tardó un tiempo hasta que la gente empezó a darse cuenta de que estas medidas no eran más que una cortina de humo. CAP, el presidente, el cual proviene de una familia sin grandes recursos, se convirtió en uno de los hombres más ricos de América Latina. Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA), la empresa estatal petrolera, resultó ser una maquinaria de enriquecimiento en manos de la oligarquía venezolana y se convirtió en un feudo de poder autónomo respecto al resto de la sociedad. Mientras que las elites no sabían qué hacer con tanto dinero, las deudas del Estado se fueron incrementando exponencialmente.

El conductor me deja en la salida de la autopista. Me suelen gustar los emplazamientos de las refinerías. La ciudad de Barrancabermeja, en la orilla del Río Magdalena, en el centro de Colombia, donde las antorchas petroleras dominan como fanales el paisaje tropical; la ciudad alema-

na de Schwedt, en Brandenburgo, donde el PCK, el Combinado Petro-Químico, aparece inesperadamente entre colinas arenosas detrás de una curva de la vía del tren; la refinería en la llanura del Rin cerca de Leverkusen.

El Palito, no obstante, es diferente: el cielo y el mar se funden en un color gris plomizo directamente al lado de la carretera. Laderas peladas y secas, indefensas ante el inexorable sol caribeño. Al caminar los últimos metros hasta la entrada de la planta industrial, me siento un poco como un astronauta en un planeta hostil y lejano. Aire húmedo y pesado que te roba el aliento; el mar inmóvil y pegajoso.

Delante de la planta, unas 200 personas están sentadas a la sombra de unos matojos. Han colocado pancartas en la valla detrás de ellos. No estoy seguro de por qué protestan. Mi visita planeada para la semana anterior tuvo que ser aplazada porque se había aprobado un plan de emergencia para prevenir posibles actos de sabotaje en las industrias clave tras las últimas movilizaciones de la oposición. Pero las pancartas no tienen nada que ver con el referéndum. «¿Por qué los *escuálidos* no bloquean la planta de El Palito?» “Escuálidos” es el insulto más usado para referirse a los partidarios de la oposición. Pregunta y respuesta retóricas. «Porque ya están en la dirección de la empresa». Y: «¡Limpieza en PDVSA ya!»

Me dirijo a los vigilantes que controlan la entrada. Mi visita está anunciada. Me dan un carné y me mandan a un *bungalow* con aire acondicionado. Tomo asiento delante de las oficinas del sindicato petrolero. Alivio. El calor afuera es realmente insorpotable.

Después del intento de golpe de Estado del 11 al 13 de abril de 2002, la derecha venezolana vuelve a intentarlo en diciembre del mismo año. El dos de diciembre, la organización empresarial FEDECAMARAS y la cúpula sindical de la CTV convocan un paro nacional que en la mayoría de los sectores no pasa de un *lock-out*. Sólo en la industria petrolera hay una cantidad considerable de trabajadores

que se declara en huelga. Buques petroleros de la marina mercante estatal bloquean el acceso al lago de Maracaibo y a diferentes refinerías, impidiendo así el embarque de la producción. El noventa por ciento del personal de El Palito se va a casa después de que la dirección de la planta manda parar la producción. Los trabajadores que se quedan tratan de hacerse cargo de los servicios mínimos. Unas treinta o cuarenta personas duermen en la planta y hacen turnos de veinticuatro horas. El mayor problema es la falta de conocimientos. Los responsables de la sala de control han abandonado la refinería. Se moviliza a trabajadores jubilados y a técnicos que están de vacaciones. Cinco días más tarde, los tanques están completamente llenos y no queda otra opción que parar la planta. Es una decisión de graves consecuencias. Normalmente, el arranque de una refinería tarda tres meses; diariamente se pierde una producción de 140.000 barriles de carburante y unos 60 millones de dólares de ingresos. No es hasta las Navidades de 2002 que, tras tres semanas de bloqueo, el gobierno recupera el control de varios buques, logra importar y distribuir gasolina de Brasil, y comienza a poner en marcha nuevamente la producción petrolera apoyándose en personal recién formado. 19.000 de los 28.000 empleados fijos de PDVSA —trabajadores, técnicos y directivos— han participado en una huelga nunca votada, no se presentan en sus lugares de trabajo y son despedidos. A finales de enero, el paro petrolero que ha llevado al gobierno al borde de la caída termina definitivamente. Con apenas 9.000 trabajadores, en mayo se logra volver a alcanzar la antigua cuota de producción petrolera.

Me viene a recoger José, un sindicalista que conocí en Caracas durante el congreso fundador de la nueva central sindical Unión Nacional de Trabajadores (UNT). Nos montamos en un *pickup* de cuatro puertas. Otra vez, el ambiente raro de un frigorífico con ruedas. Hay otros dos colegas más en el carro. Lucen la barriga de rigor. Por alguna razón para mí inexplicable, los sindicalistas latinoame-

ricanos casi siempre tienen una buena panza. Atravesamos la planta, dejando atrás tuberías, tanques y válvulas gigantes. El mar sigue con su aspecto irreal, como una plancha metálica pesada de fondo. Los tres me comentan los conflictos del año 2002. Del paro que precedió al primer intento golpista en abril cuando la dirección de la planta hizo parar partes de la refinería en menos de dos horas.

«Querían que explotara toda la joda. Normalmente, necesitas cuatro veces más tiempo para parar la producción. Si no, el metal se puede torcer al enfriarse». Luego comenzaron los despidos. «El gobierno de Carmona quiso sacar a los trabajadores revolucionarios. Pero por desgracia para ellos, se les quedó corto el tiempo». José y sus colegas sonríen.

El intento de golpe de Estado fracasó, cuentan, pero el gobierno de Chávez no tomó medidas contra los directivos implicados en el levantamiento.

«Nadie aquí lo ha entendido. Por qué dejaron a los directivos que habían participado en el golpe de abril».

Paramos delante de un pequeño edificio donde se encuentra la sala de control de la refinería: «su corazón». Nos bajamos del frigorífico con ruedas, entramos en el calor de un sol de mediodía en su cenit, para volver a adentrarnos de nuevo en una zona de aire acondicionado.

«Estos directivos que no fueron despedidos por Chávez aprovecharon luego el tiempo, entre abril y diciembre de 2002, para preparar el próximo golpe de Estado. En abril, quizás un cuarenta por ciento de los trabajadores de El Palito se declaró en huelga. En diciembre, el paro ya alcanzó al noventa por ciento».

Se me ocurre una explicación estándar: los obreros petroleros han participado en la huelga porque de hecho forman parte de las clases privilegiadas. Gente de bien. Pero los clichés siempre tienen un problema: por lo general, nunca aciertan.

«¡Qué va!», dice el hombre que hace un momento estuvo en el asiento del copiloto y que ahora me mantiene la

puerta abierta. «Los salarios aquí están entre 800.000 y 900.000 bolívares» —500 dólares según el cambio oficial—, «con todas las gratificaciones llegas quizás a 1,2 millones. No es mal dinero pero tampoco eres rico con eso... No. La derecha simplemente hizo un trabajo muy bueno. Cualquier grupo de izquierdas podría sentirse orgulloso del mismo. Politizaron la refinería y organizaron cada día una acción contra el gobierno. Un día la gente tenía que ponerse camisetas amarillas, el otro, colocarse brazaletes negros. Los directivos hacían de compañeros, se preocupaban por el personal, preparaban asados con la gente los fines de semana. Y había manifestaciones permanentemente. De esta manera, la dirección y los trabajadores se fueron juntando. Tenemos que reconocerlo: hicieron un trabajo organizativo del que todos podemos aprender».

Entramos en la sala de control. Pantallas y consolas de los años setenta, un par de sillas de oficina, hombres que a cada instante agarran los walkie-talkies dispuestos a su lado para dar instrucciones. Un colega venezolano de nuestro proyecto me habló en Caracas de los accidentes de trabajo que ahora ocurren casi a diario en la refinería de El Palito. Desde que la industria petrolera funciona sin el concurso de los antiguos profesionales de clase media, los medios de comunicación informan regularmente sobre estos accidentes. Como si quisieran confirmarse a sí mismos que “los otros” no se pueden valer por sí mismos.

«Sin apoyo exterior no lo hubieran logrado». José se refiere al trabajo organizativo de la antigua dirección. «Recibieron formación. De los servicios secretos gringos. ¿Cómo se explica, si no, que las direcciones cambiaran su forma de actuar en todos los sitios de producción a la vez? Eso no se les hubiera ocurrido nunca. Alguien de afuera se lo enseñó».

La ruptura atraviesa Venezuela: las percepciones son diametralmente opuestas. Dos grandes narrativas sin ningún punto de contacto.

El hombre que maneja la consola se llama Francisco. Cuenta que, en realidad, está jubilado desde 1994. Pero cuando pararon la refinería, volvió a su sitio de trabajo. No porque tenga demasiado cariño por el gobierno de Chávez, sino porque le dolía ver la planta parada. El orgullo trabajador, el sentimiento de hacer algo importante por su país y su población. Sin embargo, no consiente que alguien critique a sus colegas despedidos. «Los compañeros son los compañeros. He trabajado treinta años con ellos».

Treinta años. Me pregunto lo que pasa cuando unas personas que han trabajado juntas tanto tiempo, que han sido compañeros y que han tenido que confiar en los otros en situaciones extremas, de repente se dividen en facciones irreconciliables. ¿Qué hacen aquellos que no quieren encasillarse ni en un lado ni en el otro? ¿Cómo se vive la pérdida de la solidaridad cotidiana cuando una contradicción, que por lo menos al principio es algo abstracta, rompe una comunidad?

José y los otros dos sindicalistas me dejan solo. Me dicen que hable con los trabajadores a solas. Dos de los seis técnicos de la sala de control regresaron después de la huelga. Algunos explicaron que habían sido engañados por la dirección, otros alegaron haber estado de vacaciones. José me aconseja hacerme mi propia idea.

Nada más empezar con las preguntas, noto la desconfianza. Mis dos interlocutores evaden las preguntas como si se sintieran interrogados. Trato de entender su situación y me imagino el peso que soportan: los vecinos o familiares pertenecen a la oposición y los consideran unos traidores, mientras que, por otro lado, se tienen que justificar permanentemente ante los compañeros que se quedaron en la refinería en diciembre. Siempre nadando entre dos aguas. Aunque eso también tiene algo de gratificante: la posición intermedia, que es normalmente el hogar de los oportunistas, puede convertirse en un terreno bastante desagradable.

«Nunca votamos la huelga».
«La dirección nos ordenó parar la producción».
«Y después ya no se podía llegar a la planta».
«No sabemos lo que hacen los antiguos colegas. Ya no mantenemos mucho contacto».

Se defienden. La industria petrolera es un sector sensible. La oposición trata de mantenerse informada sobre los puntos débiles de la producción. A la inversa, los partidarios del gobierno se dedican a destapar a supuestos infiltrados.

Debe resultar bastante desagradable trabajar en estas condiciones.

El responsable del departamento se me presenta. También pertenece al viejo personal. Un ingeniero, uno de los pocos que no se fueron en diciembre. Cuenta que de repente un día se encontró en una lista negra. Como “golpista”, a pesar de que estaba de vacaciones durante el paro y no tenía nada que ver con el asunto. «Me fui con toda mi familia a hablar con el responsable de PDVSA. Fue un insulto para nosotros, también para mis hijos. PDVSA me dio la razón y me volvió a emplear. Bueno, iborrón y cuenta nueva!»

Charlamos un rato hasta que José y los otros dos sindicalistas vienen a recogerme. Me despido, los amigos me llevan al todoterreno aparcado en la puerta. Los responsables de vigilancia me han prohibido pasear por la planta. Sin permiso especial, los visitantes sólo pueden moverse en carro. Lentamente rodamos por la planta mientras que los sindicalistas me explican el funcionamiento de las instalaciones. José menciona el poder obrero. Soy algo escéptico. El personal de las consolas de control me acaba de decir que la organización del trabajo sigue siendo la misma de siempre. Cuando les pregunto por las nuevas leyes de cogestión en las industrias petrolera y de electricidad, resulta que no saben ni que tales leyes existen. Justo en este instante se aparece en el horizonte la planta eléctrica de Morón, al oeste de la refinería.

Con sus 2.000 megavatios de potencia, es supuestamente la planta termoeléctrica más grande de América Latina. José me presentó a un delegado sindical de Morón hace unas semanas en el congreso de la UNT. El hombre dijo que querían un tipo de cogestión diferente a la alemana. Que buscaban un modelo asambleario donde la cogestión no condujera a la identificación de los sindicatos con las direcciones de las empresas. «Aspiramos a una participación desde abajo». Y luego comentó que el sector eléctrico fue de los pocos donde la derecha no se esforzó por parar la producción en diciembre de 2002. «No querían que se fuera la luz. Si no, la gente ya no hubiera podido ver la televisión».

Expreso mis dudas en cuanto al “poder obrero”, y José contesta que todo es un proceso. Que hasta ahora sólo una minoría quería llegar más allá. «Pero tenemos muchas más discusiones que antes. Entre los trabajadores petroleros y también entre los movimientos sociales, las comunidades y los sindicatos».

Viramos a la izquierda, pasamos ante dos piscinas llenas de residuos petrolíferos y una estación de bombeo. «Aquí se decidió el destino del gobierno», dice José. No intenta ocultar su orgullo. «Si la oposición hubiera logrado el control de esta bomba, Chávez habría caído».

Me fijo en la casita de bombeo que pasa lentamente ante mis ojos. 3,5 millones de barriles de petróleo extraídos diariamente: se lee como una simple estadística. Pero cuando las cosas penden de un hilo, las casualidades y acciones individuales alcanzan una importancia inesperada.

Alejo Carpentier: *Los pasos perdidos*

Los últimos días en Venezuela después de una estancia de siete meses. Para acabar, me he propuesto lo usual: el viaje al sur, a la frontera brasileña, a la Gran Sabana. Todos los turistas escogen este camino.

Mi padre viene conmigo. Volamos de Maiquetía a Ciudad Bolívar, una ciudad pintoresca cuyo centro colonial ha sido convertido en una atracción turística. Las fachadas remozadas en plan bonito. Desde allí la autopista nos lleva, en dirección al Este, hasta el gran centro siderúrgico y de producción de aluminio en Ciudad Guayana. Un sensación rara, la de atravesar antiguos territorios selváticos por una autopista de cuatro carriles. Al lado de la carretera se entrevé el curso del Orinoco tragado por la noche tropical. Leo *Canaima* de Rómulo Gallegos. El sur venezolano, tierra de mineros y caucheros, la estepa ganadera, la selva impenetrable, una mancha verde en los mapas. Los años veinte.

Indicadores de distancia. El talud de la carretera pasa volando. Me recuerda la llanura que recorre el río Po. Un cauce amplio, el calor propio del verano, una autopista de cuatro carriles que divide el paisaje como una infinita raya recta. Por las ventanas abiertas del autobús entra un aire que huele a pastos.

El círculo se cierra. De la promesa de modernización formulada por Chávez en *Aló Presidente* en marzo a los monumentos de la modernización paralizada ahora delante de mis ojos. Ciudad Guayana consta de dos ciudades: San Félix, ubicada en la desembocadura del río Caroní, en el Orinoco, y Puerto Ordaz, un pueblo fundado en 1952. Las dos ciudades fueron fusionadas en 1961. Éste había de ser el centro de la industria metalúrgica emergente. Dos años más tarde comenzaron las obras de la central hidroeléctrica de Guri. El lago de la represa cubre hoy un territorio de 4.000 kilómetros cuadrados, penetrando profundamente en las tierras antes cubiertas por la selva. Con 10.000 megavatios de potencia, Guri no sólo provee de energía a toda Venezuela y una parte del norte del Brasil, sino también a la industria del aluminio tan despilfarradora de electricidad de Ciudad Guayana. En medio de la soledad del sudeste venezolano se ha creado de la nada una metrópoli industrial.

Es de noche. Al principio, sólo se distingue un brillo en el horizonte, luego las luces de las plantas siderúrgicas, finalmente la ciudad. Parece irreal su emplazamiento a orillas del río Caroní: edificios altos, bloques de viviendas, complejos de oficinas. Una ciudad satélite iluminada que no gira alrededor de un centro, sino de plantas industriales. Fue en Ciudad Guayana, a finales de los años setenta, donde surgió el nuevo movimiento sindical que después dio vida primero al partido de izquierdas Causa R y luego al PPT. ¿Una ciudad proletaria?

Cruzamos un puente. En el horizonte se adivina el muro de la represa de Guri, gigantesco. Al lado de la carretera se suceden las tiendas de automóviles y los *drive-ins*. Panorámica estadounidense. Comparado con esto, la terminal de autobuses de San Félix parece sorprendentemente modesta. En uno de los andenes hay sentados unos indígenas. Unas cincuenta personas que han tendido hamacas entre los pilares de hormigón. No alcanzo a ver equipajes. Intento descubrir algo así como un centro de la ciudad. Noche profunda.

Desde que viajo a América Latina, siempre he pensado en el sur venezolano. El halo de inaccesibilidad, de sitio legendario. «*Con el cuerpo algo adolorido salí de la churuata, miré, y me detuve estupefacto, con la boca llena de exclamaciones que nada podían por librarme de mi asombro. Allí, detrás de los árboles gigantes, se alzaban unas moles de roca negra, enormes, macizas, de flancos verticales, como tiradas a plomada, que eran presencia y verdad de monumentos fabulosos*». Aquí se encuentran los *tepuys*, —unas formaciones montañosas en forma de mesas sobre cuyos orígenes se ha especulado tanto— y la tierra de asentamiento de los indígenas yanomami, considerada el rincón más aislado de la selva amazónica. En las partes que no están cubiertas de selva, se extiende una vasta sabana interrumpida sólo por raras formaciones de roca; un paisaje como no hay otro igual en ningún lugar de América Latina. «*Tenía mi memoria que irse al mundo del Bosco, a las Babeles imagi-*

narias de los pintores de lo fantástico, de los más alucinados ilustradores de tentaciones de santos, para ballar algo semejante a lo que estaba contemplando. Y aun cuando encontraba una analogía, tenía que renunciar a ella, al punto, por una cuestión de proporciones». El supuesto fin del mundo. Un lugar para perderse: no registrado hasta su último rincón, no sometido todavía a la acelerada homogeneización; objeto de proyecciones. Selva, monte, misterio. «*Esto que miraba era algo como una titánica ciudad —ciudad de edificaciones múltiples y espaciadas—, con escaleras ciclópeas, mausoleos metidos en las nubes, explanadas inmensas dominadas por extrañas fortalezas de obsidiana, sin almenas ni troneras, que parecían estar ahí para defender la entrada de algún reino prohibido al hombre. Y allá, sobre aquel fondo de cirros, se afirmaba la Capital de las Formas: una increíble catedral gótica, de una milla de alto, con sus dos torres, su nave, su ábside y sus arbotantes, montada sobre un peñón cónico hecho de una materia extraña, con sombrías irisaciones de bulla. Los campanarios eran barridos por nieblas espesas que se atorbellinaban al ser rotas por los hilos del granito. En las proporciones de esas Formas rematadas por vertiginosas terrazas, flanqueadas con tuberías de órgano, había algo tan fuera de lo real —morada de dioses, tronos y graderios destinados a la celebración de algún Juicio Final— que el ánimo, pasmado, no buscaba la menor interpretación de aquella desconcertante arquitectura telúrica, aceptando sin razonar su belleza vertical e inexorable».* El problema de la romantización del sur venezolano es que se nutre de este anhelo antiilustrador que intenta cargar el mundo de significados misteriosos y seguir contando el mito de lo “extraño” y “desconocido”; oscuro o claro, malo o noble, pero siempre claramente delimitable.

Alejo Carpentier, sin embargo, no era un romántico, sino un comunista hecho y derecho. La razón por la que el protagonista de su novela, un investigador de la música que se gana la vida componiendo cuñas publicitarias,

toma el camino de la selva es otra. Es el asco que siente por una civilización que generó guerra y fascismo. *Los pasos perdidos* fue publicado en 1954 y muchas partes de la novela remiten a *La Dialéctica de la Iluminación* de Horkheimer y Adorno.

Aprovechando el pretexto de un viaje de exploración, el narrador en primera persona de Carpentier deja primero a su esposa, luego también a su amante esotérica para irse adentrando cada vez más en la selva y acabar por encontrar algo parecido a una satisfacción: descubrir el cuerpo, los sentidos, el ritmo. En su viaje vive unos contrastes que no pueden ser más drásticos: la metrópoli estadounidense, el pueblucho venezolano, un asentamiento minero, la comunidad indígena, la tribu nómada de la selva que parece vivir todavía en la Edad de Piedra y que se alimenta recolectando. El único punto de referencia constante del viajero es un mito que él mismo ha traído y que representa, a la vez, tanto la prehistoria como el apogeo cultural, tanto lo arcaico como lo civilizado; el mito de Ulises, inmortal: libro, cita, proyecto musical. Más bien por un error que por propia decisión, el narrador regresa al final a los Estados Unidos. La puerta hacia el “afuera” queda cerrada.

El avión Cessna con el que salimos por la mañana hace una escala. Wonkén: un pueblo con una escuela agrícola y altos tepuys de fondo. Aire primaveral, las golondrinas gorjean. Doy algunos pasos en la dura y pedrosa tierra de la sabana; el polvo rojizo se queda pegado en los zapatos. Ante mi vista afloran unas casas, algunos niños que juegan y mujeres que parecen esperar al lado de la pista de aterrizaje.

Que esperan o que simplemente viven muy despacio.

Por un breve instante, se puede mantener la ilusión del lugar “extraño”. No hay ninguna carretera que llegue hasta aquí, nuestro avión monomotor tiene un aspecto desvencijado, los bosques entre los tepuys parecían una gran alfombra verde desde el aire. Una de nuestros com-

pañeros de viaje, una profesora de la escuela agrícola, saca, con gran esfuerzo, sus pesadas maletas de plástico rojiblanco de la avioneta, se baja y se queda en un margen de la pista. Lo que no es producido en el pueblo tiene que ser traído por vía aérea.

Sin embargo, apenas veinte minutos más tarde, en Santa Elena de Uairén se hace obvio que ya no existe un “afuera”. «*Good morning*», se nos acerca un indígena, «*can I see your voucher, please?*» Ahí donde Alejo Carpentier todavía encontró el prototipo de un pueblo pionero y donde no había comunicación terrestre hasta mediados de los ochenta, la primera pregunta que se hace hoy día es por el recibo de la agencia de viajes.

El guía es oriundo de un pueblo de Guyana, la antigua colonia británica. Gente muy requerida por la industria turística local: hablan inglés, es decir, saben comunicarse con los visitantes extranjeros en el idioma de uso global, pero representan también algo exótico, o sea, auténtico. Partimos hacia el Roraima, uno de los tepuys descritos por Carpentier, de unos 2.700 metros de altura. Se dice que en la cima se extiende un paisaje lunar característico. Son tres días de camino hasta la cumbre, tres días atravesando una sabana quemada por el sol. El guía nos cuenta que los indígenas explican la existencia de estas mesas con la leyenda de un árbol talado hace mucho tiempo. El Jardín del Edén habría sido destruido y desde entonces corre agua del tronco; de hecho, todas las aguas de los alrededores nacen en el tepuy. Además, se cuenta también que por aquel entonces los indígenas de aquella región cazaban con fuego. Espantados por los incendios, los venados y los tapires huyeron de sus escondites. Los esqueletos de los árboles negros quemados al pie de las paredes rocosas son testimonio de ello. La tierra pelada se seca. Mientras que las cimas de los tepuys parecen paisajes lunares, en la llanura de abajo uno se siente más bien como en Marte. La tesis del supuesto equilibrio armónico del indígena con su entorno es una proyección romántica.

Sensación de moverse bajo una campana, bien lejos de Venezuela. Impresiones de Disneylandia, como ya sucediera en Los Roques. Por la noche, los jóvenes mochileros se ponen a discutir a la luz de las velas en qué playa venezolana la relación precio-servicios es la más ventajosa para los turistas. No hay nada que parezca tan desangelado como el sujeto de masas que trata de afirmarse en su individualidad.

Tras seis días de caminata sin mayores dilaciones, regresamos a aquella ciudad que en *Los pasos perdidos* lleva el nombre de Santa Mónica de los Venados. Sigue siendo un sitio muy peculiar, pero por otras razones que en la novela de Alejo Carpentier: ciudad fronteriza, atracción turística, burdel, centro comercial de toda la región. Los conductores brasileños vienen a por gasolina; en Venezuela los carburantes son más baratos que el agua. Viajeros alternativos europeos compran alimentos para sus *trekkings*; los buscadores de oro y diamantes cambian sus hallazgos por ropa, herramientas, alcohol y sexo. De Santa Elena de Uairén a la frontera hay sólo quince minutos. Después de más de medio año he llegado al otro extremo del país. De la ruptura o del cambio no se nota nada aquí. Una sola vez me veo confrontado por un breve instante con las contradicciones venezolanas. Dos muchachos amables de veintipico años que conocí subiendo al Roraima pasan en su carro. Uno de los dos me contó en el tepuy que trabajaba para el Ministerio de Planificación y Desarrollo; un antiguo colaborador de Roland Denis, mi amigo postoperaísta. El caminante joven y simpático no resultó ser sólo un funcionario de alto rango, sino también un adversario decidido del gobierno. Dijo que Chávez era una mierda. Argumentos: la crisis económica, la reforma agraria, la polarización de la sociedad. «Los que apoyan al presidente son unos borrachos, violentos e incultos. ¿Has estado alguna vez en un acto de ellos?» Contesté afirmativamente, pero el tipo no se dejó frenar. «Por culpa de Chávez se ha venido abajo la clase media. Nos acabó. Estamos completamente jodidos».

Su compañero, un médico, asintió con la cabeza, y yo me pregunté cómo se quiere construir un nuevo país con funcionarios así: que entienden los cambios como ataques directos a su clase.

Los dos pasan ahora de largo en su carro. En un todoterreno nuevo de color metálico. Lo extraño de este país y su ruptura pienso, mirando a la colina detrás de la cual se esconde la frontera venezolano-brasileña, es que las experiencias que uno tiene dependen mucho más que en otras partes de uno mismo. Expresión de una sociedad que se desmorona. O que se desmoronó ya hace mucho. La cercanía ya no tiene nada que ver con un vínculo territorial. La gente se construye sus propios espacios. En un todoterreno de color metálico, en el barrio de La Vega, en los senderos de *trekking* turísticos: territorios sin conexiones o referencias mutuas. Las narrativas paralelas siguen su curso sin necesidad de concordancias. Y, de repente, añoro terriblemente Caracas. Una tarde de sábado en el 23 de Enero. En el local de la Coordinadora Simón Bolívar se escucha el televisor: Canal 8, un discurso, la gente sentada junto a una mesa de plástico discute sobre la corrupción y el avance titubeante de las reformas. Delante de los comercios —una panadería, el zapatero, dos licorerías, la videoteca, una peluquería— los vecinos se reúnen para charlar y tomar unas cervezas. Me quedo mirando un mural con el rostro de Silvio Rodríguez, desde la cancha de fútbol se escuchan gritos. Se respira un ambiente sosegado y, por un momento —demasiado corto—, tengo la sensación de sentirme en casa.

El mito del sur venezolano se ha desvanecido. Los sitios de Alejo Carpentier han dejado de existir, ya no quedan grandes misterios: mucho mejor. Hace tiempo que el proyecto violento de modernización alcanzó también a aquellos sitios que hace treinta años todavía eran considerados “afuera”. Pero, paradójicamente, la modernización que sólo cumplió con sus amenazas y no con sus promesas, provocando rupturas, ha hecho surgir de nuevo “lo otro”: en forma de la esperanza de una alternativa. Una amiga que me

encuentro en Caracas antes de partir hacia Europa me dirá que en Venezuela lo que está en juego es la formación de una nación, pues ese momento constituyente de la modernidad es algo que los imperios postcoloniales siempre le habrían negado al continente. «La pieza clave del proceso en Venezuela es esta *nation building* y la conquista de la soberanía nacional. En Europa esto puede sonar más bien a reaccionario. Pero en Venezuela esto se suma a otro elemento fundamental: la crisis de todo tipo de representación. Los protagonistas del proceso ya no confían ni en los medios de comunicación de masas ni en los partidos políticos, ni en las vanguardias ni en los intelectuales. La gente ha aceptado a Chávez como dirigente político en los últimos años, pero más que eso se ha descubierto a sí misma como protagonista y sujeto histórico. Este rechazo de la representación lleva a un tipo de ruptura que sobrepasa las fronteras venezolanas. Y evidentemente también el marco del conflicto “gobierno *versus* oposición”, “izquierda contra derecha”. Es una cuestión que, aun estando relacionada hasta cierto punto con las categorías políticas clásicas, en realidad no tiene mucho que ver con las mismas».

Estoy parado en la acera de una calle en Santa Elena, mirando el todoterreno de color metálico del simpático funcionario estatal opositor, defensor de posiciones sociales racistas y siento, de repente, una sed terrible. Los seis días de caminata bajo el sol han trastocado mi equilibrio hídrico. Mi padre propone ir a buscar algo para beber.

«¿Una cerveza o algo así? Para relajarnos un poco... también anímicamente».

Conforme se va haciendo mayor, va ganando en sensibilidad para estas situaciones.

«Estupendo», contesto, asintiendo con la cabeza, muy agradecido.

Glosario

arepa: tortita a base de maíz
bacano: excelente, muy bueno
botar: tirar, desechar
buhonero: vendedor ambulante
cachucha: gorra con visera
cantero: bancal, cuadro de tierra donde se cultivan hortalizas
carrito: microbús
carro: coche
catire: persona rubia
chamo: muchacho
charro: muchacho
chévere: magnífico, estupendo
chimó: masa compuesta de tabaco, salvia, cáscara de plátano y otros ingredientes cocidos
chulo: buitre americano
cobija: manta
doméstica: sirvienta, criada
echar su carreta: soltar el rollo, comer el coco
gamín: niño de la calle
kinder: guardería
man/es: hombre/s
malandro: malhechor
matraca: *mordida*, pago para eludir una amenaza o un castigo
pana: colega
quinta: villa, chalet, casa con jardín
rancho: cobertizo o chabola
tomar: ingerir bebidas alcohólicas
vocero: portavoz

Epílogo

Diez meses más tarde me encuentro de nuevo en Caracas: tiempos de campaña electoral. La oposición ha reunido los 2,4 millones de firmas que necesitaba para la convocatoria de un referéndum revocatorio contra el presidente Chávez. Tras mucho trasiego, la fecha del plebiscito se ha fijado finalmente para el 15 de agosto. Después de que buena parte de los esfuerzos de la oposición se han concentrado durante un año en la preparación del referéndum, ahora que éste se va a celebrar parece que ya sólo la parte gubernamental está interesada en la campaña electoral. Las pancartas y carteles rojos con el «No» se ven por todas partes. De la campaña de la oposición, en cambio, apenas si se ve rastro ni siquiera en los barrios de clase media.

Pero lo decisivo para el resultado final de la consulta no será en primera línea la movilización política de las últimas semanas. Más importante es el desarrollo de las *misiones*. Cuando voy a visitar a la familia de Francisco, en La Vega, me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado todo en pocos meses. Sólo en la parte superior de esta barriada popular se han abierto seis consultorios médicos y tres supermercados Mercal nuevos. Una voluntaria del consultorio médico explica que ahora tocan a un puesto de salud por cada mil habitantes. Las *misiones* financiadas por el gobierno y por PDVSA han dado sus frutos. Lo interesante de todo esto es que las *misiones* progresan la mayoría de los casos apoyándose en el proceso organizativo de la gente. En La Vega cada puesto de salud se sostiene por la colaboración de entre diez y veinte personas de la vecindad. El médico cubano es el responsable de los tratamientos médicos. Las tareas organizativas, los programas de medicina preventiva y el servicio de enfermería son asumidos por los voluntarios.

Esta tendencia a la autoayuda no se limita sólo a la campaña de salud «Barrio adentro». También las *misiones*

Robinson —de alfabetización de adultos— y Ribas —una especie de segundo camino formativo para gente que no pudo acabar primaria— se han extendido por las barriadas. En casi todos los vecindarios se ha constituido una clase que puede aprender ahora con los medios puestos a su disposición por el Estado: aparatos de vídeo, televisores, lecciones en cintas de vídeo y libros. En los salones de casa, parvularios, salas municipales y escuelas se puede ver por las noches a grupos de adultos que se reúnen para seguir las explicaciones de los llamados «facilitadores». Además, en el sector de Casitas se junta un grupo de mujeres que con los alimentos que les hace llegar gratuitamente Mercal cocinan para las personas necesitadas del barrio. En total, sólo en La Vega, hay al parecer en torno a las 7.000 personas organizadas de esta manera: en asociaciones de vecinos, comités de voluntarios de salud o de educación, consejos de planificación local o en las unidades de batalla electoral que promueven el «No» en la campaña del referéndum.

Aun así, en estos días de julio y agosto los nervios hacen presa al menos en nosotros, los extranjeros. Mientras que nuestros amigos venezolanos están completamente convencidos del resultado positivo de la consulta, nosotros no podemos dejar de pensar en Nicaragua, donde en 1990 sólo se discutía acerca de la dimensión de la victoria y donde los sandinistas acabaron por sufrir una amarga derrota. Aunque los nacionales tienen razón, desde luego, cuando afirman que Venezuela no es Nicaragua. Hasta el momento la derecha venezolana —a pesar de los esfuerzos denodados— no ha conseguido desencadenar una situación de guerra civil que conduzca a un voto de cansancio, al voto de «mejor el viejo orden que la continuación de la revolución en medio de una guerra». Que esto no haya sucedido todavía en este país sudamericano tiene también que ver con el hecho de que, dada la guerra de Irak y el elevado precio del petróleo, los EEUU y la UE están interesados sobre todo en su estabilidad.

El resultado del referéndum se convertiría en una bofetada para la mundo de la prensa y esos políticos «razonables» que siempre subrayan que no se puede gobernar «de esta manera», de la manera que lo hace Chávez. El presidente que es calificado por los grandes medios de comunicación internacionales, alternativamente, de «populista», «golpista» y «amigo de Fidel», sería confirmado en su cargo —con la participación electoral más alta en la historia de Venezuela— con el 59% de los votos depositados. Seguramente ningún otro jefe de gobierno del mundo occidental podría contar actualmente con un resultado similar a mitad de su mandato. La victoria en la consulta supone un cambio con repercusiones fuera de las fronteras de Venezuela. Vuelve a poner en el orden del día proyectos de transformación de carácter estatal que supuestamente yo no serían posibles en el mundo del capitalismo globalizado.

La oposición reacciona a su nueva derrota como siempre lo ha hecho hasta ahora: se aferra a su posición clasista. A pesar de que el sistema de votación electrónica y con papeleta, de doble seguridad, hace prácticamente imposible un fraude, la oposición sigue afirmando que Chávez le robó la victoria. Tampoco el reconocimiento, por parte de los observadores internacionales de la Organización de Estados Americanos y de la Fundación Carter, de los resultados publicados por el Consejo Nacional Electoral ha movido un ápice a la oposición de su interpretación de los hechos.

Estando las cosas así, es de temer que algunos sectores de la oposición optarán por proseguir la vía de la violencia. Ya en mayo de 2004 fueron detectados más de cien paramilitares colombianos en una zona residencial de Caracas. Al parecer estaban preparando acciones armadas en la capital. En las regiones en donde hay enfrentamientos por la posesión de la tierra entre los movimientos campesinos y los terratenientes, hace años que los escuadrones de la muerte forman parte del día a día. Dadas las

circunstancias, en los años venideros será más importante que nunca apoyar la continuidad del proceso de transformación venezolano —esa peculiar primera revolución reformista del siglo XXI— y defenderlo contra una presión internacional cada vez más agresiva.

Raul Zelik, agosto de 2004

ARGENTINA

Apuntes para el nuevo protagonismo social

Colectivo Situaciones

Los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre en Argentina, con motivo de la congelación de los depósitos bancarios, dieron lugar a una revuelta popular de dimensiones hasta ese momento desconocidas, pero que avivaron y enriquecieron experiencias anteriores de resistencia popular, y dieron lugar a una amplia red de piquetes, asambleas, escraches, ocupaciones de fábricas y nudos de trueque. El Colectivo Situaciones, de Argentina, nos presenta los hechos y nos analiza lo novedoso de una práctica política asamblearia que cuestiona las formas políticas tradicionales, y se plantea cómo se pueden estructurar formas de intervención política comunes sin sacrificar la autonomía y horizontalidad de las asambleas.



256 págs., 12 □, ISBN: 84-96044-10-6

BRAVA GENTE

El MST y la lucha por la tierra en el Brasil

Bernardo Mançano Fernandes,
João Pedro Stédile

Sobre la base de una entrevista del profesor Bernardo Mançano Fernandes, miembro del Sector de Educación del MST, a João Pedro Stédile, uno de los fundadores y miembro de la dirección nacional del Movimiento, el presente libro permite al lector/a familiarizarse con los orígenes y principios del MST, saber cómo funcionan sus cooperativas y asentamientos, de qué forma se hacen las ocupaciones de tierras improductivas, la represión, las dificultades, etc.; todo lo cual nos permite comprender cómo se han llegado a los actuales 500 campamentos con más de 100.000 familias ocupando tierras a la espera de una verdadera reforma agraria.



184 págs., 10 □, ISBN: 84-96044-00-9



EZLN
20 y 10 el fuego y la palabra
Gloria Muñoz Ramírez

«El 17 de noviembre del año 1983, hace 20 años, se fundó el EZLN, y como EZLN empezamos a caminar las montañas del sureste mexicano, cargando una pequeña bandera de fondo negro con una estrella roja de cinco puntas y las letras “EZLN”, también en rojo, al pie de la estrella. Aún cargo esa bandera. Está llena de remiendos y maltratada, pero todavía ondea airosa

en la Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional».

Subcomandante Insurgente Marcos

320 págs., 12 €, ISBN: 84-96044-39-4



OPERACIÓN CÓNDOR
Del Archivo del Terror
y el asesinato de Letelier al caso
Berrios
Samuel Blixen

Un concienzudo trabajo de investigación periodística permite a Samuel Blixen desvelar la existencia de una red de intercambio y apoyo entre los servicios secretos de las diferentes dictaduras de la zona. La Operación Cóndor habría de servir durante años para la

persecución y eliminación, incluso fuera de fronteras, de los disidentes políticos.

268 págs., 10,80 €, ISBN 84-88455-61-5

www.viruseditorial.net
www.altediciones.com